



Jus

17151 NÚMERO 49, 2005

GABRIEL ZAID, EL TIEMPO REDIMIDO

ixtus



espíritu y cultura



Gabriel Zaid El tiempo redimido

Abuxapqui • Hornedo • Hubard • Montelongo
Osuna • Venegas • Villarreal • Zapotek

Poesía de Gabriel Zaid

Obra pictórica de Eduardo Ballester

2005
Número 49
Año XII

\$65

□ **JOSÉ MONTELONGO**
Quincalla

El comandante Vallarta intenta desenredar un caso de secuestro infantil. Conforme se adentra en el caso, se topa con una madeja más sutil: el nudo de su vida. De su infancia en Jalisco a su oficio de placa y pistola, el comandante busca el significado de un verbo ambiguo: actuar, que es realizar actos libres y conscientes, pero también interpretar un papel sobre el escenario.

□ **NARCISO PÉREZ LARA**
Matrimonio católico y nulidad eclesiástica

De manera breve y sencilla, este libro pretende explicar la doctrina de la iglesia sobre el matrimonio católico, y las principales causales de nulidad matrimonial establecidas por la Iglesia.

□ **MAURICIO BEUCHOT**
Manual de historia de la filosofía medieval

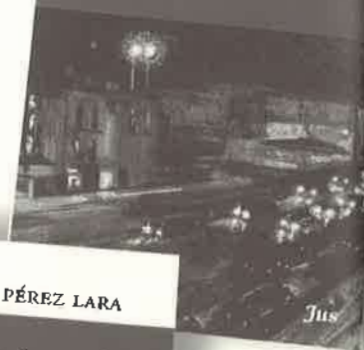
Con la finalidad de introducir al lector en el vasto ámbito de la filosofía medieval, esta obra ofrece una primera aproximación a la vida, obra y teorías de los grandes pensadores de la Antigüedad y la Edad Media.

□ **HUMBERTO BECK**
Gabriel Zaid
Lectura y conversación

En la obra de Gabriel Zaid nos atrae y sorprende una singular conjunción de poesía y crítica, de poemas como teoremas y razonamientos como poemas, de escritor e ingeniero, que parece efectuar un intercambio de lugares entre las matemáticas y la literatura.

JOSÉ MONTELONGO

Quincalla



NARCISO PÉREZ LARA

Matrimonio católico
y nulidad eclesiástica



MAURICIO BEUCHOT

Manual de historia
de la filosofía medieval



Humberto Beck
Gabriel Zaid
lectura y conversación



Desconfío de los que proclaman su fe a los demás, sobre todo cuando pretenden convertirlos. La fe no está hecha para predicarse, sino para vivirse. Entonces es cuando se propagará por sí misma.

Mahatma Gandhi

Gabriel Zaid

El tiempo redimido



En este número presentamos la obra artística de Eduardo Ballester

OJO DE AGUA



EDITORIAL

5

Cuestionando

Patricia Gutiérrez-Otero
La vida verdadera

10

Epimeteo

José María Sbert
Los nuevos humanistas

12

La bendición de Babel

Rafael Jiménez Cataño
Notas sobre cortesía africana

16

Ricardo Venegas

Gabriel Zaid: el poeta y el lector

20

POEMAS

Breve antología poética

Gabriel Zaid

Nota y selección de Humberto Beck

70

REDES



Encuentros y Alternativas

Comida, no bombas

Roberto Ochoa y Humberto Beck

119

TOCANDO FONDO



PATRICIA MONTELONGO

Gabriel Zaid, pensador sorprendente y prolífico

24

JULIO HUBARD

¿De Zaid? Que lleva la poesía a su molino

40

BRAULIO HORNEDO

Gabriel Zaid. Una poética libertaria para bailar danzón en bicicleta

46

MINERVA MARGARITA VILLARREAL

Gabriel Zaid, setenta años de práctica mortal

54

MIGUEL ÁNGEL OSUNA

Gabriel Zaid: las proporciones de la inteligencia

62

PATRICIA MONTELONGO

La poética en clave zaidiana

90

PATRICIA ABUXAPQUI

Frente al tiempo de un Reloj de sol

96

ÉMILE ZAPOTEX

Gabriel Zaid
o cómo salir del marasmo empleocentrista

102

Obras de Gabriel Zaid

116

Aseroría: Ana Luisa Valle Prieto.

Consejo técnico: Jorge Abascal, Alejandro Benítez, Miguel Dada, José Luis Escalera, Carlos Escandón, Cecilia Landerreche, Tomás Reynoso, Jorge Silva.

Redacción: Nogales 71, Fracc. Primavera, Col. Delicias, 62330 Cuernavaca, Morelos, México, A.P. 405-3, 62251. Tel/Fax (777) 316 2491. Correo electrónico: ixtus@correoweb.com

Diseño: Daniel Markus, Josep Palau.

Diseño original: Ricardo Newman.

Formación: Francisco Alanís.

Asistencia técnica: Xóchitl Carachure, Berenice Juárez, Margarita Pizarro.

Suscripciones, publicidad y distribución: Av. Constituyentes 647, 3er. piso Col.

16 de septiembre, C.P. 1180, México, D.F. Tel (55) 5093 1968. Fax (55) 5093 1961.

Correo electrónico: suscripciones@ixtus.com.mx

Administración: Ernestina Loyo.

Contabilidad: Jorge González.

Distribución: Javier Gutiérrez.

Posproducción: David A. León de los Ríos.

Suscripciones: Enka Castillo; ecastillo@ixtus.com.mx

Presencia y difusión: Claudia Posadas, (55) 50 93 19 97

IXTUS, espíritu y cultura es una publicación periódica de Arnón, A.C., en coedición con la editorial Jus. Certificados de licitud de título y contenido núm. 6920 y 5231, respectivamente; expedidos el 13 de mayo y el 15 de septiembre de 1993 por la comisión calificadora de publicaciones y revistas ilustradas. Certificado de reserva de derecho al uso exclusivo núm. 04-2001-121717491600-102 expedido el 17 de diciembre de 2001 por la Dirección General de Derechos de Autor. Publicación periódica registro núm. 051 0494, características 219451210. Autorizado por SEPOMEX.

Impresión en México por Printed Boxes

Periodicidad bimestral. Edición núm. 49, año xii, enero-febrero 2005. ISSN 1405-552X. Circulación: 1000 ejemplares.

Ixtus no responde por textos no solicitados. Si le interesa reproducir parcial o totalmente algún número de la revista, por favor solicite una autorización escrita del director.



Ixtus es la aliteración latinizada del acrónimo griego ΙΧΘΥΣ (IXTHUS) de Ἰησους Χριστο Θεου Υιος Σωτηρ "Jesús Cristo, Hijo de Dios, Salvador". Como en griego *Ixthus* significa también pez, este acrónimo se volvió el signo de reconocimiento de los cristianos de los primeros siglos.



EDITORIAL

— Lo que distingue a Occidente de todas las demás culturas del orbe es, decía Iván Illich, la discusión, la convicción de que es posible llegar a la verdad a través del diálogo. Hasta antes de su nacimiento, en todo el mundo, incluyendo el arcaico Mediterráneo, la enseñanza se efectuaba por transmisión de lo que se creía saber. Sócrates, sin embargo, generó algo nuevo: al ponerse a conversar con otros, al comenzar a vivir con ellos un proceso de preguntas y respuestas, de intercambio de ideas, mostró que el diálogo era una forma de aprendizaje y un método de investigación más profundo que el de las verdades aceptadas.

Con ese hecho, no sólo se abrieron nuevos horizontes, transformando en amigos y colegas a los que hasta entonces eran oyentes que recibían un legado de axiomas, sino que la tradición misma dejó de ser un depósito estable para convertirse en una aventura intelectual.

Este hecho fundamental, en el que el hombre finito, limitado, se sintió capaz de buscar en su finitud y en sus límites el infinito, hizo posible que el hombre madurara para enfrentarse con una realidad superior: la aparición de un Hombre que, según él, no tenía la respuesta a ese diálogo, sino que era la respuesta misma: la Verdad, la Palabra, el Dios infinitamente trascendente que se había encarnado.

Desde entonces, Occidente dio una vuelta de tuercas y el diálogo humano, confrontado con la Verdad, adquirió un nuevo sentido: el hombre no sólo es capaz de conversar con otros hombres, sino que debe tomar en ese diálogo una posición frente a esa Palabra encarnada para que el diálogo sea más fecundo.

Si decimos esto es porque Gabriel Zaid, a quien dedicamos esta entrega de *Ixtus*, es un hombre que ha entendido esta característica de Occidente. Su obra, que toca muchas vertientes que nacieron con esa cultura: la economía, la política, la poesía, es una reactualización de esa larga tradición que el vacío de sentido que se extiende por el mundo globalizado comienza a fracturar.

Gabriel Zaid es, en esa forma, un hombre que ha dialogado con su mundo a partir de una toma de posición frente a ese acontecimiento fundamental que sucedió en la Palestina del siglo I: la Redención. Para Zaid el mundo está redimido y desde esa redención habla y fecunda a la cultura. Su obra es, por ello, una negación de la ausencia y del vacío posmoderno. Si podemos dialogar, diría Zaid, es porque hay una Verdad y porque esa Verdad, de la que no se puede decir absolutamente todo, fecunda el diálogo y nos permite iluminar el inagotable misterio de la Redención. Se trata, para él, y es algo que define su obra, de mirar, de observar, de desmontar como un

relojero la realidad para mirar en ella el sentido. Se trata, sin adoptar nunca una posición confesional, de vivir la Redención para iluminar el mundo que vivimos. De ahí su humor, su ausencia de catastrofismo; de ahí su penetrante lucidez que nos invita siempre a la conversación y a la discusión, a no adormecernos, a pensar, a cuestionar nuestras certezas para mirar mejor; de ahí también su apertura a la escucha de otros y su convocatoria a vivir la vida como una ágora.

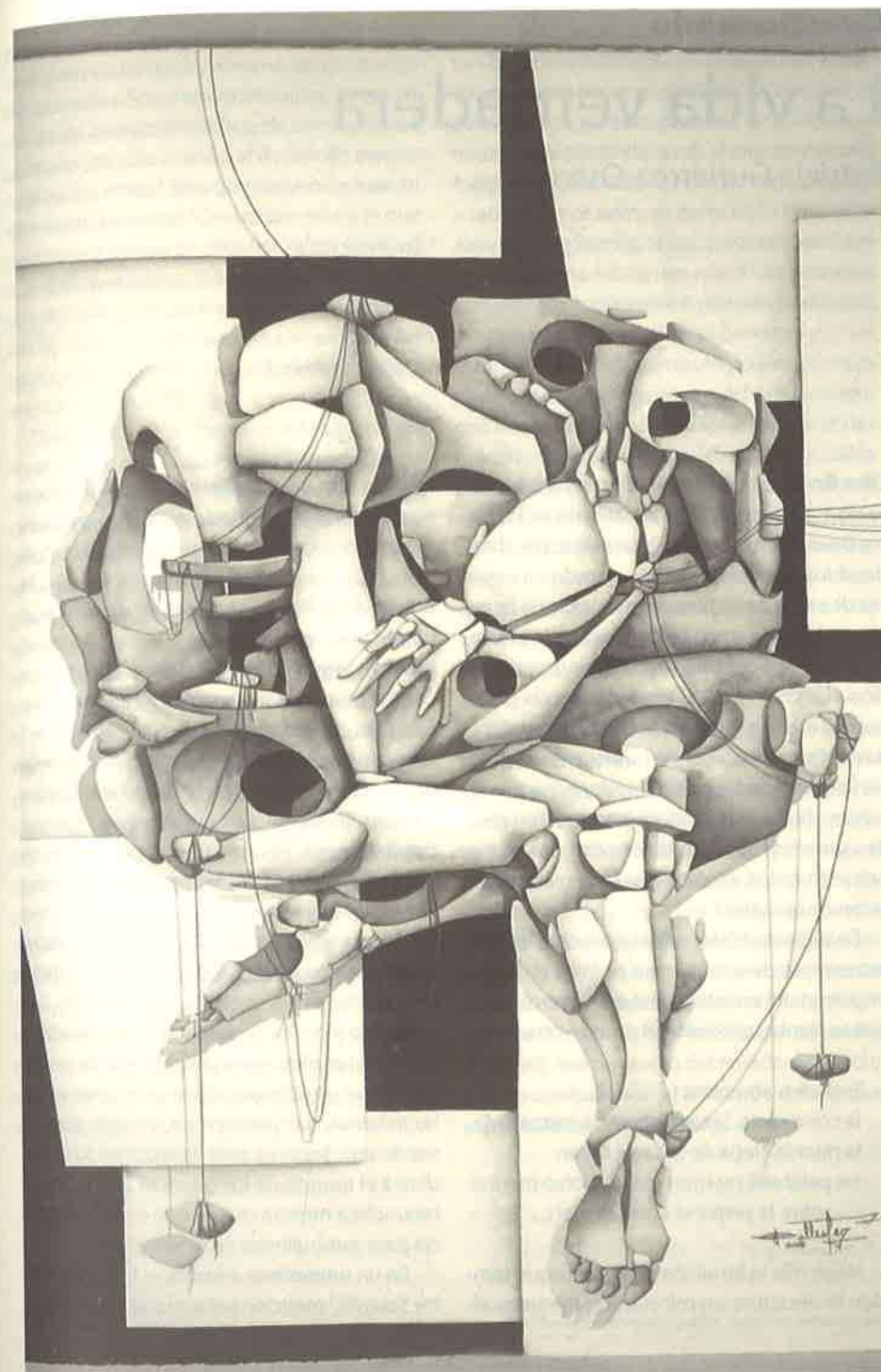
No es nuestra intención aquí abordar todas las zonas que, a la luz de ese acontecimiento, han ocupado el diálogo de Zaid, cuanto abordar al poeta, y, además, dedicar un ensayo de Émile Zapotek a su reflexión económica.

La poesía siempre ha sido para *Ixtus* un punto de referencia de su pensamiento y, en la obra poética de Zaid, donde el misterio de la Redención (que trabaja la vida y el diálogo del poeta con su tiempo) se muestra con más claridad, ha encontrado una materia de reflexión. *Reloj de sol*, que, trabajado, depurado y pulido junto con algunos de sus lectores, reúne muchos de los poemas que anteriormente Zaid había publicado bajo el título de *Cuestionario*, es para nosotros la muestra más clara de ese diálogo que Zaid comenzó el día en que por vez primera decidió empuñar la pluma y continuar la gran enseñanza de Sócrates en la fecunda luminosidad

del Verbo. *Reloj de sol* es para nosotros la metáfora del tiempo redimido, del gozo que trae la luz al cronos de los hombres y que nos permite pensar y discutir con el poeta su mirada sobre la poesía.

Además opino que hay que respetar los Acuerdos de San Andrés, liberar a todos los zapatistas presos, derruir el Costco-CM del Casino de la Selva y esclarecer los crímenes de las asesinadas de Juárez.

Javier Sicilia 





Cuestionando

La vida verdadera

Patricia Gutiérrez-Otero

— **Dice Goethe que Fausto**, en su vejez, buscó los frutos verdes de la vida, cansado de los grises del conocimiento. Yo interpreto que abandonó los primeros por los segundos, incapaces de satisfacerlo. El mundo sensible (la tierra, el agua, los cuerpos...) exigía que se le prestara atención, la sensibilidad exigía prestar atención al mundo, ambos reivindicaban la parte que les correspondía y que había sido usurpada por la fiera inteligencia que quiere ver todo, comprender todo, ordenar todo, pero que se queda afuera, espectadora atenta, interprete de signos y símbolos que reenvían a otros signos y símbolos, ¿cómo llegar a la piel y el corazón de las cosas?

En el poema "Más allá del amor", Octavio Paz expresa de una manera poética el desgarro del ser inteligente que conoce, pero que se siente separado del mundo sensible:

Todo nos amenaza: [...],
la conciencia, la transparencia traspasada,
la mirada ciega de mirarse mirar;
las palabras, guantes grises, polvo mental
sobre la yerba, el agua, la piel [...].

Hago mía la intuición de Paz, porque también la descubro en mí: cuando miramos el

mundo con nuestra inteligencia, ¿conocemos realmente el mundo o sólo conocemos su reflejo sobre los muros de nuestra conciencia? ¿La conciencia es nuestra cárcel o la puerta de la libertad? ¿Las palabras con que nombramos las cosas —don primero de Dios al hombre, según el libro del *Génesis*— nos hacen conocerlas o nos alejan de ellas como polvo gris que depositamos sobre su superficie? Para los que, como muchos, incluido el infatigable buscador que es Gabriel Zaid, somos lectores de nacimiento, que desde la infancia degustamos más que otra cosa el rincón oscuro en el que nos escondemos para zambullirnos en la lectura de casi cualquier libro, con tal de que tenga palabras y de que esas palabras transfiguren el mundo y lo hagan habitable, es difícil articular el estar en el mundo, ser el mundo y del mundo, con el ver el mundo y ser otro que el mundo. ¿Dónde está la verdadera vida? ¿Podríamos saltarnos el mundo de las palabras, que parecen ser puentes que en vez de unir, separan, para alcanzar en su inmediatez el mundo de los objetos? ¿Podríamos renunciar a nuestra corona que es la inteligencia para zambullirnos en lo sensible?

En un interesante estudio, el lingüista Pierre Souyris,¹ menciona el extraño caso de los

niños salvajes. Por azares del destino, los niños crecieron sin contacto humano, en un mundo de animales. Sorprendentemente, la ausencia de un mundo simbólico, de un mundo de palabras, no sólo impidió el desarrollo intelectual de los niños,² sino que detuvo incluso su desarrollo sensorial: "Contrariamente a lo que podríamos pensar de ellos (los niños salvajes), sobre todo si leímos *El libro de la jungla* de Rudyard Kipling, sus percepciones son tan confusas, sus sensaciones están tan embotadas que aparecen como muy inferiores a las del animal mismo.

"Jean Itard, en su informe sobre Víctor de Auvèrnia, mostró cuánto estaba reducida la sensibilidad en este niño: 'sus ojos sin fijeza, sin expresión, erraban vagamente de un objeto a otro sin detenerse en ninguno; además, el tacto los había instruido y ejercitado tan poco que no distinguían un objeto en relieve de un cuerpo pintado; el órgano del oído era insensible tanto a los ruidos más fuertes como a la música más conmovedora; el de la voz estaba reducido a un estado completo de mutismo y sólo dejaba escapar un ruido gutural y uniforme; el olfato estaba tan poco cultivado que recibía con la misma indiferencia el olor de perfumes y la exhalación fétida de la basura que llenaba su lecho; por último, el órgano del tacto estaba limitado a las funciones mecánicas de la prensión de cuerpos'.³ El mundo simbólico, entonces, no sólo desarrolla las capacidades más altas del hombre, según todo el pensamiento griego, sino también la capacidad de percepción del mundo sensible, su fineza para percibir las sutilezas del entorno.

¿Estamos pues condenados a estar a distancia del mundo mediante las palabras, cunas del pensamiento, que al mismo tiempo son el puente único para acercarnos a él? ¿Debemos renunciar al sueño de sentir el mundo como si fuéramos él, incluido nuestro propio cuerpo, y a sabernos por siempre parte de lo sensible y ajenos a él? ¿Somos, acaso, seres esquizofrénicos por nuestra misma naturaleza? No podemos sumergirnos totalmente en el mundo sensible, aunque muchos congéneres parezcan vivir en la mera inmanencia; tampoco podemos renunciar a la dicha de la palabra y del pensamiento que busca comprender y captar, incluso en las maneras más sutiles como la intuición. ¿Cuál es pues nuestra manera de estar en el mundo sin ser totalmente del mundo? Quizá una indicación es recordar que somos "viajeros", que realmente no pertenecemos al puro aquí y ahora, que nos nutre y nos sostiene y nos alegra o hace sufrir, sino que somos tensión constante hacia un más allá, simbolizado por la palabra, articulada en el cuerpo y que porta, como promesa y realidad, mucho más que él. Quizá es importante recordar que la inteligencia es mucho más que un sistema de operaciones para hacer cálculos y resolver el mundo, que es apertura a lo que Es, que, como decía el espiritual e intelectualmente grandioso Tomás de Aquino, no hay nada "en la inteligencia que no haya pasado primero por los sentidos", es decir, que sin el cuerpo no hay nada en la mente, que ese es nuestro sino, nuestra grandeza y nuestro límite. Recordar, finalmente, que hay "interrupciones", como dice Zaid, que nos sacan del mundo de la lectura para zambullirnos en el mundo del ser, que son dos formas de estar vivos.

² "Así, pues, privado de lengua desde su nacimiento [...] el hombre se manifiesta, en diversos grados, como un enfermo del pensamiento", *Ibid.*

³ *Ibid.*

¹ *La desintegración del Verbo*, trad. de Javier Sicilia y Patricia Gutiérrez-Otero, de próxima aparición en español.



Epimeteo

Los nuevos humanistas

José María Sbert¹

El nuevo milenio se inició mirando hacia delante. Después de una ritual proliferación de recuentos del siglo xx, a partir del año 2000 la tendencia ha sido la de escudriñar el futuro. La mirada que se dirige al porvenir nos presenta mundos transformados totalmente por los logros de la ciencia y la técnica. Mundos sólo imaginables por la fantasía, pero derivados por los propios científicos de lo ya logrado y de lo que se proyecta desde ahora desarrollar. Los medios de comunicación dieron un vuelco radical hacia el futuro donde no han dejado de encontrar maravillas científicas y técnicas que han ocupado un papel protagónico en los impresos, la televisión y el cine; prometen que se creará un milagroso mundo nuevo si la ciencia y la tecnología siguen el cauce de progreso en el que se encuentran, al tiempo que se resuelven las críticas situaciones ambien-

tales y políticas del mundo, ahora complicadas con el terrorismo. Dando por hecho que la humanidad sobrevivirá a lo mencionado al último –lo cual, según los propios científicos calculan, tiene sólo una probabilidad del 50% de lograrse en este siglo–, se nos asegura que la ciencia y la técnica pronto nos harán fantásticamente poderosos y casi inmortales.

La tecnología, que siempre ha ocupado un lugar importante en las visiones utópicas del mundo moderno, tiene ahora un motivo más para propiciar una visión de ese tipo, ya que recientemente se ha iniciado un período histórico marcado por una nueva técnica: la era de la información, un verdadero parte aguas de la historia, comparable quizás con el descubrimiento del alfabeto o del texto moderno y de la imprenta por su capacidad de modificar todas nuestras actividades y percepciones.

Nos hallamos frente a la computadora, máquina suprema y nuevo superparadigma, y frente al elemento del que incluso se pretende que puede constituir el universo entero: la información.

El poder de la técnica informática es tal que lleva a muchos científicos a esperar nuevas y profundas revoluciones en todos los campos del conocimiento, conforme éstos utilicen capacidades de cómputo que crecen exponencialmente. Se dice que esta revolución está sucediendo ya en la biología, en la informática misma, en la comunicación, y sobre todo se proclaman las grandes expectativas de la robótica y la inteligencia artificial.

La presencia de la ciencia y la técnica en la cultura se amplió durante las últimas décadas, junto con grandes esfuerzos de divulgación del contenido de la ciencia aceptada por la ortodoxia gremial y junto con interpretaciones desapegadas del rigor experimental y del consenso profesional, pero que forman parte de la presencia simbólica de la ciencia y que constituyen fenómenos de gran importancia espiritual, que colindan con lo religioso, al propiciar que se formen los mitos básicos para la interpretación del mundo en las sociedades modernas.

Esto no quiere decir que la ciencia sea un mito, sino que el discurso sobre la ciencia, las elaboraciones que tanto profesionales como legos hacen de ella, tiende a crear esos mitos básicos con los que la gente se explica el mundo, pensando que lo hace de un modo científico. No obstante, lo que la gente percibe difícilmente corresponde a la ciencia, que sólo es verdaderamente accesible para el que tiene un conocimiento pleno de sus instrumentos, por lo general matemáticos, de muy difícil dominio, reservado casi exclusivamente a los profesionales. Algunos de éstos consideran que logran traducir esos conocimientos sin traicionar su realidad científica: son los divulgadores que se suman a una gran tradición y los que hoy escriben para científicos

de otras especialidades que John Brockman, su agente, llama los “nuevos humanistas”. Muchos de ellos se lanzan a elaboraciones que van más allá de lo aceptado como ciencia e incurren en lo que podríamos llamar “cientismo”, que puede en su momento ser aceptado por la ciencia y que en todo caso es un rico ejercicio de la imaginación científica y de la creación mítica. De todo esto ha habido más en los últimos veinticinco años que en toda la historia anterior.

Hoy día los best-sellers más prestigiosos hablan de las “super-cuerdas”, de los genes o de las manchas del leopardo.

Cuando la revista *Time* seleccionó al hombre del siglo xx eligió a Albert Einstein. Sólo cuarenta años antes un novelista y científico inglés, C. P. Snow, había lanzado al mundo un amargo reclamo por el poco reconocimiento público que tenían los científicos, en los que ni siquiera se pensaba cuando se hablaba de los intelectuales que, durante todo el siglo, tuvieron un gran cartel.

Desde entonces hubo un vuelco de 180 grados. Hoy día los *best-sellers* más prestigiosos hablan de las “super-cuerdas”, de los genes o de las manchas del leopardo. Los estudios de la sociedad, la psicología e incluso la historia se empiezan a considerar más apropiados para el enfoque del evolucionismo biológico, como el único que podría ser racionalmente satisfactorio. El muy eficaz promotor principal de los autores científicos admite que quizá estos sean los libros más vendidos y menos leídos, empezando por la *Historia del Tiempo* de Stephen Hawking, la rectificación de cuya tesis principal sobre los hoyos negros apareció en la tv, periódicos y revistas. En los medios de comunicación, al igual que en las universidades, se recortan las secciones literarias y se

¹ sbert@servidor.unam.mx

expanden las notas y programas sobre ciencia y técnica.

Muchos de los que se dedican a las humanidades, al menos en las universidades norteamericanas, han pasado buena parte de las últimas décadas realizando una crítica de la ciencia que ha llegado a extremos muy radicales y agresivos. Así, las dos culturas no sólo no se acercaron durante el último tercio del siglo xx sino que, por el contrario, prevaleció una rivalidad inusitada entre ellas. Los científicos se sintieron muy heridos por los intentos posmodernos de relativizar su verdad, de presentarla como una construcción social. Muchos de ellos han experimentado su actual popularidad como un acto de justicia cósmica y denostan y ridiculizan a los intelectuales humanistas que tienen una visión del mundo tan pesimista que hasta critican a la ciencia, donde palpita la vida del progreso.

Las fronteras últimas ocupan intensamente a nuevos humanistas: hasta dónde puede llegar la capacidad de cómputo, cómo funciona el cerebro y cómo el universo.

En contraste con la visión posmoderna, se ha proclamado en los tonos más convencidos y jubilosos la culminación de la civilización occidental y de la modernidad con los recientes triunfos de la ciencia y la técnica, sobre todos aquellos que conforman el nuevo mundo de la informática.

Las dimensiones utópicas de la "sociedad informacional" tuvieron más fuerza cuando las acompañó el auge de las acciones tecnológicas en el cambio de siglo. La explosión de la burbuja especulativa, la recesión subsiguiente y, sobre todo, los grandes atentados terroristas

han dejado menos espacio para el optimismo futuroológico.

No obstante, el proyecto cientista, que crudamente manifestó el agente de autores científicos John Brockman como el de "Los nuevos humanistas", representa una tendencia muy poderosa en la cultura actual. La idea que tiene Brockman del nuevo humanismo es muy sencilla: debe estar hecho por científicos: físicos, computólogos, biólogos, médicos, y si se inmiscuyen los historiadores, sociólogos o politólogos, han de tener base en las ciencias, sobre todo en el evolucionismo.

Así, entre los más exitosos de estos nuevos humanistas está el antropólogo Jared Diamond, cuyo éxito con *Guns, Germs and Steel* fue extraordinario no sólo en términos de volumen bruto de ventas sino en el amplio espectro de lectores que lo aceptaron, incluyendo muchas especies y ejemplares de dinosaurios académicos. Diamond intenta "Una Nueva Síntesis Científica de la Historia Humana" y su planteamiento aparece como una revelación que rompe el nudo gordiano de las más lacerantes y profundas desigualdades humanas de hoy: simplemente han estado allí desde siempre, desde que se formaron los continentes. La tarea que se plantea Steven Pinker es aún más básica y ambiciosa: una comprensión biológica de la naturaleza humana. El filósofo Daniel Dennet, muy conocido desde hace tiempo, desde *Godell, Escher y Bach*, que publicó con Hofstater, es un apóstol del cómputo como modelo para la comprensión de la mente e incluso de la vida y el universo. Todo eso en lo referente a la redefinición del *homo sapiens*. No menos importante dentro de la agenda de los nuevos humanistas es la especie sucesora: *machina sapiens*. El que ha vaticinado su advenimiento con más exhuberancia es Ray Kurtzweill, autor de la "Era de las máquinas espirituales", mientras Hans Moravec y Marvin Mynski trabajan en el MIT en la construcción de robots.



Las fronteras últimas ocupan intensamente a los nuevos humanistas: hasta dónde puede llegar la capacidad de cómputo, cómo funciona el cerebro y cómo el universo. Sin embargo, los límites más importantes para todos son, según Sir Martin Rees, el aristocrático cosmógrafo en jefe del Reino Unido, aquellos que están probabilísticamente más cerca: que en este mismo siglo la especie humana sucumba a sus armamentos, sus desechos, su voracidad.

Para la burda ideología cientificista de Brockman, los humanistas académicos tradicionales, tan obsesionados con esos últimos problemas, resultan cada vez más reaccionarios y con frecuencia arrogantes y perversamente ignorantes de los logros intelectuales verdaderamente significativos de nuestro tiempo. En contraste, se encuentran absortos en comentarios que se han hecho sobre comentarios de otros comentarios en una espiral que, conforme asciende, pierde de vista el mundo real.

Así, los científicos y otros pensadores, que lidian y medran en el mundo empírico, han tomado el papel de los intelectuales tradicionales para hacer visibles los significados más profundos de nuestras vidas, redefiniendo quiénes somos y qué somos. Para eso se basan en trabajos revolucionarios sobre biología molecular, ingeniería genética, nanotecnología, inteligencia artificial, vida artificial, teoría del caos, redes neuronales, la inflación del universo, los fractales, etcétera.

De hecho, los nuevos humanistas pretenden representar el optimismo científico frente al pesimismo cultural. Según ellos, el optimismo científico se deriva de la capacidad que ha mostrado la ciencia de formular mejor más preguntas para hallar pronto respuestas que permitan pasar a nuevas preguntas. Mientras tanto, las humanidades tradicionales continúan

su insular hermenéutica exhaustiva, dejándose llevar por el pesimismo cultural y afeerrándose a su visión sombría, cuando no catastrofista y apocalíptica de los acontecimientos del mundo. Es lógico que el cambio sea difícil de aceptar para quienes siguen viendo el mundo con los ojos de Spengler y Nietzsche, reflexionan los nuevos humanistas que, desde luego, no se molestan en leer ni a Spengler ni a Nietzsche.

De hecho, los nuevos humanistas pretenden representar el optimismo científico frente al pesimismo cultural.

La ciencia, por el contrario, es una fuente de optimismo: cuanto más se avanza más queda por hacer. Los científicos constantemente adquieren y procesan conocimientos nuevos. Sobre todo se empiezan a plantear las grandes, profundas y ambiciosas preguntas que antes correspondían a los terrenos de la religión y la filosofía.

Esta formulación de John Brockman, rechazada por muchos de los científicos que representa, logró volverlos atractivos para el público creando un nuevo género comercial para los grandes editores. En esos tiempos reconocía cínicamente que en realidad vendía las solapas de los libros que prometían los conocimientos más profundos, aquellos que la gente sería incapaz de comprender por su falta de formación o de ganas de hacer el necesario esfuerzo. Pero los libros ya estarían vendidos e iluminarían desde el anaquel, mágicamente.

La bendición de Babel

Notas sobre cortesía africana

Rafael Jiménez Cataño

El número 45 de *Ixtus*, en particular el artículo de Émile Zapotek ("Auge y decadencia de los derechos humanos"), me hizo acelerar reflexiones que había comenzado recientemente por una confluencia de factores. Hacía tiempo que intentaba dar explicación a algunos aspectos de lo que podríamos llamar la *cortesía africana*. Había frenos que me detenían, como el temor de que esa idea de "la cortesía africana" fuera una burda generalización. De pronto esas barreras cayeron por obra de dos lecturas de origen africano, las intuiciones se empezaron a poner en orden y allí entró el catalizador del mencionado número de *Ixtus*.

Entre los enigmas que yo veía en la cortesía africana está un particular modo de pedir las cosas como exigiendo. Con frecuencia aparece como lo que llamaríamos desaprensión y en casos extremos casi me atrevería a hablar de insolencia. Más tarde, cuando ya fue dada la cosa pedida, se siente una especie de vacío, porque uno está acostumbrado a unas

palabras o un gesto que se puedan reconocer como agradecimiento, y no hay nada de eso, o parece muy exiguo. Creo que nunca me he tomado muy a pecho este vacío, porque siempre he intuido de alguna manera que estoy ante un diverso código de interrelación humana.

Antes de pasar a las diversas lecturas que se pueden hacer de este comportamiento, quisiera justificar el modo general de hablar de África. A chinos y japoneses no les hace ninguna gracia que los confundan, ni en general a todos los habitantes del Lejano Oriente. Mucha virtud han de desarrollar con nuestro habitual modo de llamarles "chinos" a todos ellos. A nosotros nos suele caer poco simpático que alguien dé a entender que le da igual que uno sea mexicano o español, o bien mexicano o cualquier otro latinoamericano. Entre latinoamericanos hay una unidad continental única, pero eso no impide que nos desagraden las confusiones. Con "unidad continental"

me refiero a la disposición de los latinoamericanos a reconocerse entre sí cuando se encuentran fuera de su continente. Con sus más y sus menos, solemos ver con naturalidad el "nosotros" que podríamos conjugar juntos. En cambio, uno de la India no se siente para nada cercano a uno de China, ni los kurdos sienten que algo los una a los tailandeses.

Yo quería evitar un error análogo y poco a poco fui cayendo en la cuenta de que la literatura no parecía hacer muchas distinciones, como tampoco me parecía encontrarlas en los africanos que conozco, que son sobre todo estudiantes universitarios. Me atreví a preguntar directamente a algunos de ellos después de haber leído un pasaje de *The Source and the River*, de Margaret Atieno Ogola.¹ En tiempos del protectorado inglés de Kenia, un hombre ofrece posada en su casa a tres viajeros que no habían tenido ningún contacto con la "civilización". Éstos ya se habían percatado del diverso modo de comportarse de los extranjeros y saben que

su anfitrión tiene estrecho contacto con ellos, pero notan igualmente que él *no ha perdido la sensibilidad africana*. Así lo escribe la autora, que es de Kenia. Es claro que estaría fuera de lugar distinguir entre Estados, tal y como aparecen en la actual geografía política africana, pero tampoco pone en boca de los personajes distinciones raciales o tribales, que para otros temas ciertamente aparecen y son muy relevantes.

Tal parece, pues, que el africano se reconoce en un estilo de hospitalidad, estilo que me siento tentado a llamar hospitalidad sin más. Esto no es fácil que lo perciba el occidental que se encuentra con africanos en Occidente, porque éstos no suelen estar en

condiciones de ofrecer hospitalidad. Lo más frecuente es que estén en condiciones de recibirla, pero entonces la versión de hospitalidad que manda es la occidental. Por otra parte, ellos propiamente no la *piden*, porque en su tierra no la habrían pedido: allí se habría creado la situación de que una persona con una indigencia se encuentra en presencia de otra que puede cubrir tal indigencia y, con la naturalidad de quien responde a un saludo, ésta le hubiera ofrecido ese bien a aquélla. Esta naturalidad no la tiene el occidental, quien, al contrario, se suele desconcertar ante una persona que *informa* de su indigencia pero no *pide* formalmente, y, cuando pide, su ruego suena a exigencia. (También el africano se desconcierta, claro, de que el otro no entienda, o, si da muestras de entender, no responda de inmediato con la solución del problema).

Esa manera de "exigir", de dar por supuesto que se le dará, proviene del sentido de hospitalidad tan fuerte con que ha crecido.

En Occidente se dice de algunos jóvenes, y hoy en día de muchos adultos también, que "no piden, exigen", que "parece que todo les es debido". Ignoro si algo de esto ha sido siempre uno de los rasgos de la adolescencia. En el aumento de este fenómeno, pienso que han jugado un papel muy relevante las garantías del estado social y, más en general, nuestra mentalidad de derechos y deberes. Pero éste no es el caso del africano, por mucho que el aspecto de la actitud sea muy parecido. Esa manera de "exigir", de dar por supuesto que se le dará, proviene del sentido de hospitalidad tan fuerte con que ha crecido.

La otra lectura africana que me llevó a replantearme estas cuestiones es *Out of Africa*,

¹ Focus Books, Nairobi, 1994. Esta novela recibió el Premio "Jomo Kenyatta" para la literatura en 1995. También en ese año recibió, junto con un libro de Coetzee, el Premio "Commonwealth Writers" para el mejor libro africano. Yo sigo la versión italiana: *Il Fiume e la Sorgente*, Edizioni San Paolo, Cisinello Balsamo, 1997.

de Karen Blixen.² Hace algunos meses me arriesgué a ofrecer algunos capítulos a mis alumnos de lógica para que los analizaran desde el punto de vista de la argumentación. Al hacer esto, deseaba y temía que algunos africanos escogieran ese texto. Fue grande mi alivio al ver que leían con interés y se reconocían en esas páginas, aunque no fueran del mismo país ni —más importante aún— de la misma etnia.

No se pide, porque se presupone la voluntad de compartir. No se agradece, porque no se da tanto peso a la fórmula "gracias" cuanto a la disposición de compartir los propios bienes cuando se presente la ocasión.

Karen Blixen observa que los europeos tienen la impresión de que los kikuyu no conocen el agradecimiento.³ En otro momento extiende el comentario a los africanos en general, con excepciones referidas a los somalíes y a los masai.⁴ Uno de mis alumnos, de la República del Congo, se declaró consciente de este fenómeno y me puso un ejemplo que ilustra tanto la hospitalidad como el agradecimiento. "Es frecuente, aunque esto va disminuyendo —dijo más o menos— que las familias coman fuera de la casa, al lado del camino. Si yo voy de viaje y paso por donde está comiendo una familia, me detengo, me lavo las manos y como. Todo esto, sin necesidad de decir nada. Cuando termino, me levanto y prosigo mi camino".

No se pide, porque se presupone la voluntad de compartir. No se agradece, porque no se da tanto peso a la fórmula "gracias" cuan-

to a la disposición de compartir los propios bienes cuando se presente la ocasión. De un kikuyu a quien recogió de niño para curarlo de una enfermedad y que después se convirtió en su cocinero, Karen Blixen observa que "no era un ingrato e incluso expresó su sentimiento de obligación hacia mí con palabras. Muchas veces, años después de nuestro primer encuentro, se esforzaba por hacerme un servicio que no le había pedido y cuando le preguntaba que por qué lo hacía, me respondía que si no hubiera sido por mí estaría muerto hacía mucho tiempo. También demostraba su gratitud de otra forma, con una clase de actitud especial de benevolencia, de ayuda, o tal vez la palabra

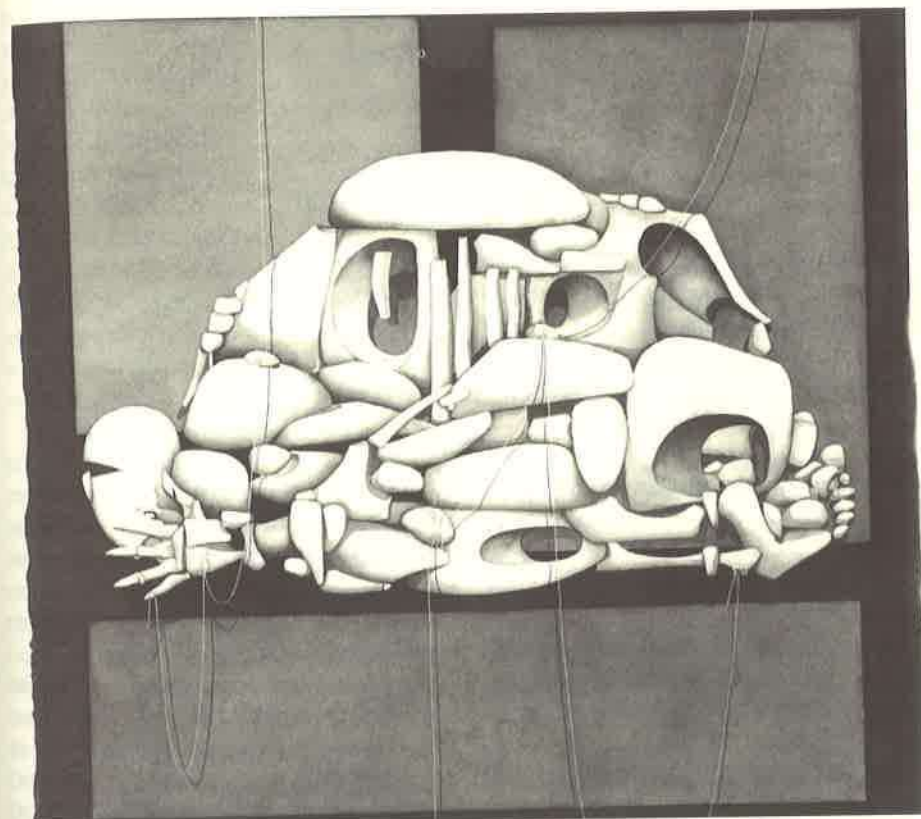
indicada fuera condescendencia".⁵

El alumno congoleño me explicó también que la cortesía africana está evolucionando, con mayor rapidez en las sociedades urbanas que en las rurales, de modo que se va aprendiendo a ser más explícito en la formulación de las necesidades y a los niños se les está enseñando a dar las gracias. Mientras tanto, hay todos los elementos para que se siga produciendo una interferencia que empuja con facilidad al error de lectura señalado arriba: pensar que en el origen de esa actitud africana está la *mentalidad hipertrofiada* de derechos y deberes. Vista del lado africano, quizá la interferencia consiste en toparse con occidentales en el contexto de un estado social fuerte, o en el del pseudoaltruismo propio del comercio, y tener la impresión de que es la misma versión de hospitalidad en que se ha crecido. Ignoro cuánto tiempo les cuesta percatarse del

equivoco, pero sospecho que suelen percibirlo antes que los occidentales el suyo.

La base de la sospecha está en la dificultad de nosotros los occidentales para superar la convicción de que nuestra visión del mundo es la objetiva, la normal. Karen Blixen lo expresa muy bien apelando a la noción de prejuicio: "la carencia de prejuicios en los nativos es algo que te resulta llamativo porque esperas encontrar siempre oscuros tabúes en la gente primitiva. Se debe, supongo, a su trato con una variedad de razas y tribus y al intenso intercambio humano que ha habido en el África oriental, primero con los antiguos comerciantes de marfil y de esclavos y,

en nuestros días, con los colonos y cazadores. Casi todos los nativos, hasta los pastorcillos de las praderas, se han encontrado alguna vez con una amplia gama de naciones tan diferentes entre sí y de ellos mismos, como un siciliano de un esquimal: ingleses, judíos, boers, árabes, indios, somalíes, swaheli, masai y kavirondo. En cuanto a la aceptación de las ideas, el nativo es mucho más hombre de mundo que los colonos de los suburbios o provincianos, o que los misioneros, que se han desenvuelto en una comunidad uniforme y de ideas estables. Muchos de los malentendidos entre los blancos y los nativos tienen ahí su origen".⁶



2 *Memorias de África*, RBA Editores, Barcelona, 1993. En las ediciones españolas la autora aparece bajo el nombre de Isak Dinesen.

3 *Cf. ibid.*, p.34.

4 *Cf. ibid.*, pp.108-109.

5 *Ibid.*, p.34.

6 *Ibid.*, p.48.

Ricardo Venegas

Gabriel Zaid: el poeta y el lector

Ricardo Venegas, poeta y editor de la revista Mala vida, se detiene aquí sobre la tarea del poeta desde la perspectiva que Gabriel Zaid lanza sobre este arte. Regresar a las formas tradicionales es la mejor manera de hacer vivir la poesía. Dejarse ver a través de la obra propia es la mejor manera de darse a conocer.

*Se necesita piel muy gruesa
para andar como un rinoceronte
mientras jirafas melancólicas
pasan con un collar de perlas.*
Gabriel Zaid

La antología poética de Manuel Ponce, editada por el Fondo de Cultura Económica, inicia con un breve prólogo de Gabriel Zaid que dice: "Ahora que la poesía se ha vuelto tan aparentemente fácil, y que (bajo el engaño de las apariencias) prosperan ciertos facilismos inocentes, es de esperarse que retornen ciertos difícilismos inocentes (a través del soneto, por ejemplo)..."

Esta cita toca un punto imprescindible. El público subió a leer a la tribuna desde hace varias décadas -harto de pasividad- y abundan oradores para quienes el oficio de escribir es garabatear cursilerías con ritmo ("lo ex-

quisito fallido"). No es extraño descubrir libros deficientes con buena carga de pretensiones literarias o de erudición o leer a un poeta que escribe versos infestados de lugares comunes por carecer de tradición o de sentido común (que bien podría ser intuición literaria).

Todavía es importante advertir la diferencia entre hablar y escribir, es decir, hay quienes hablan y quienes escriben, aun cuando siga siendo posible "engañar a los ingenuos": el habla cotidiana es prosa, no poesía. El fin práctico de la lengua, *leit motiv* del idioma, es comunicar; la poesía -contestataria por naturaleza- le llama "goce estético". Más que "liberación de

palabras" y "comunicación" la poesía es creación desde la antigüedad (*poyesis*), nos lo recuerda el autor de *Práctica mortal* (1973).

Desde la publicación de *Los demasiados libros* (1996), Zaid ha insistido en la importancia de la lectura como hábito, sobre todo en los estudiantes de universidad que escriben tanto y leen muy poco o casi nada, salvo lo que la obligación académica les impone: "Lo cual implica (porque la lectura hace vicio, como fumar) que nunca le han dado el golpe a la lectura" (Zaid, *sic*).

El caso del poeta es *sui generis*. Éste debe (o debería) conocer primeramente su tradición, las formas clásicas, el soneto, su métrica, pero también distinguir lo ya rebasado (no podemos escribir hoy como Quevedo en el Siglo de Oro); quien escribe poemas es porque ha encontrado su voz (y aquí podríamos evocar a Octavio Paz cuando advierte que no hay poetas malos, sólo hay poetas o no los hay).

El periodista, por ejemplo, debe saber de géneros periodísticos y, en este renglón, la literatura es un apoyo invaluable si desea superar el nivel de su escritura. El idioma es mucho más que un léxico abundante, pero si a una suma de palabras lo redujéramos, nos rebasaría con mucho. Quien escribe un libro debería cuestionarse: ¿Qué estoy aportando? Hay poetas que imitan a López Velarde y son malas copias de un estilo erosionado. De manera que, parafraseando a Paco Ignacio Taibo II, antes de andar en bicicleta habrá que pasar primero por el deporte.

Con la publicación de *La poesía en la práctica* (1985), Gabriel Zaid abordó desde el ensayo

una de sus más caras preocupaciones en un planeta de escasos lectores: la distancia que hay entre el mundo pragmático y la idea de éste sobre la poesía. Tendemos a creer que la poesía es algo ligado a la inutilidad (como vano puede parecer el hábito de leer) pero, aclara el bardo, en realidad todo se mueve por ella.

Un fenómeno de actualidad en las escuelas y facultades de letras es el de la paraliteratura, textos de análisis literario que abren perspectivas y muestran contextos, puntos de referencia y comparación. El estudiante recurre con más frecuencia a ésta para no abordar la obra en sí con el afán de ahorrar tiempo y esfuerzo. Esto sugiere que hoy conocemos más un gran poema por lo que otro escribe que por la impresión directa de un lector ¿honesto? Sabemos más por la opinión de otros que por la experiencia propia del viaje de la lectura. ¿En dónde queda esa experiencia personal? Algo similar sucede con la vida de un autor. Se lanzan juicios inmerecidos sobre escritores relacionándolos con su biografía y se les conoce de manera prejuiciosa.

La experiencia literaria de la que habló Alfonso Reyes es otra. Aquello que se ha vivido desde el parámetro de la autoría y de la lectura -como la fe, la certeza de lo que no se ve- consta en las páginas de una obra gracias a la escritura, ese noble ejercicio de creación que fija el hechizo, lo mantiene suspenso y contradice al tiempo (Paz, *sic*) en favor de su lector futuro, en favor de la resurrección del instante primigenio.

Un escritor inglés dijo: "desconfía de los que escriben más de lo que leen" (esto me recuerda los cyber cafés).

*Gabriel Zaid
abordó desde el
ensayo una de
sus más caras
preocupaciones
en un planeta de
escasos lectores: la
distancia que hay
entre el mundo
pragmático y la
idea de éste sobre
la poesía.*

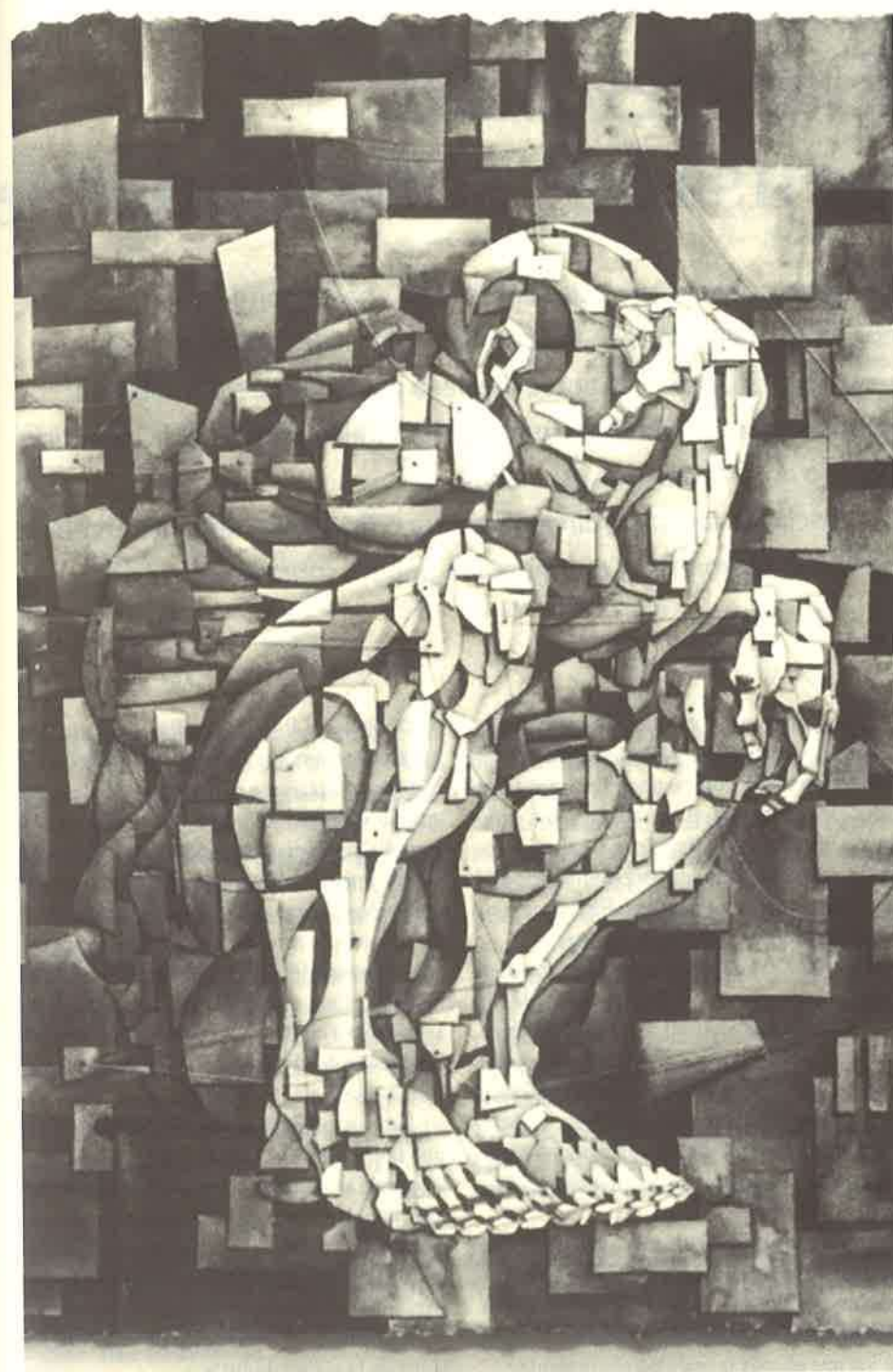
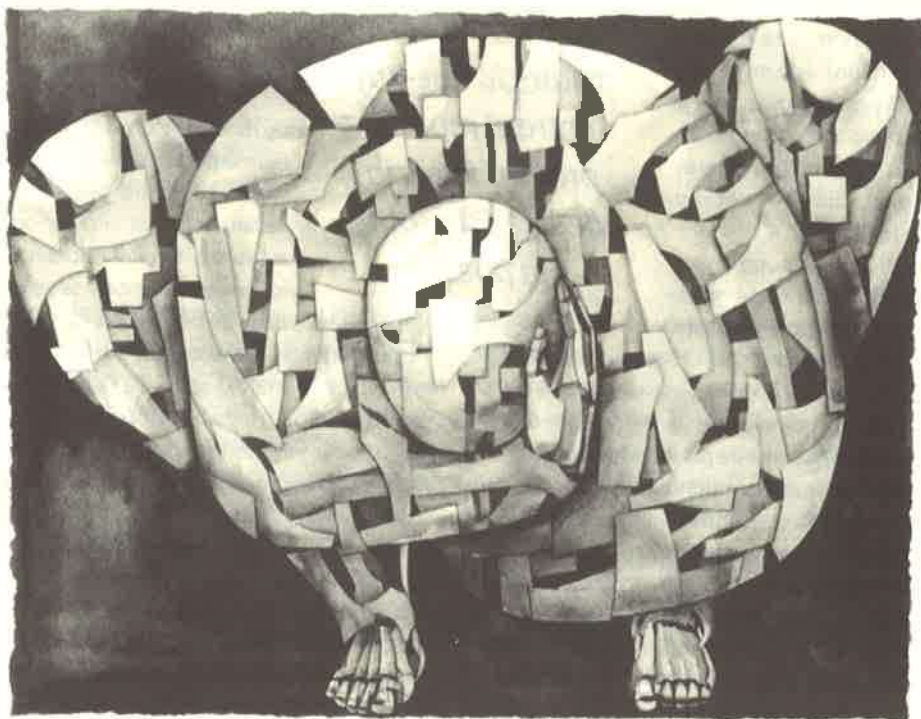
No es extraño que un poeta ejerza una defensa de la lectura y predique con el ejemplo de su labor las delicias del hallazgo. El nombre de Gabriel Zaid es ya un icono en la formación de varias generaciones que han conocido la *Asamblea de poetas jóvenes de México* (1980) o el *Ómnibus de poesía mexicana* (1971), sendas ediciones que muestran panoramas iluminadores de tradición y actualidad de la poesía mexicana.

Si son pocos los poetas que hoy practican formas clásicas como el soneto, es tal vez porque la "tradición de la ruptura" sigue viva y, por qué no decirlo, parece haber un rechazo —¿desconocimiento, miedo a la contaminación, ausencia de lectura?— hacia la arquitectura de los catorce versos que, nos lo recuerda Lope de Vega, "dicen ser soneto", sobre todo en los poetas de las generaciones más

recientes (sesentas y setentas). No quisiera aventurarme diciendo que ésta es la década del verso libre o que la prosa haya encontrado su mejor expresión en el verso (Arreola encontró en la "varia invención" un punto catártico de lo inclasificable). Lo cierto es que regresar a la tradición nos hará encontrar el camino a casa.

Afortunadamente la "Máquina de cantar" de la que habla Zaid en *La poesía en práctica* no funciona y los poetas futuros pueden nacer tranquilos, su obra los aguarda en la posibilidad de ser escrita (y leída).

Celebro que Gabriel Zaid sea un personaje que huye de las cámaras fotográficas, de los cocteles y de las farándulas literarias; esta es, sin duda, una de las mejores enseñanzas: estar en la obra propia (y ser descubierto en ella) es todo lo que un escritor debe hacer. —



PATRICIA MONTELONGO

Gabriel Zaid, pensador sorprendente

Con gran conocimiento de Gabriel Zaid –hasta donde esto es posible con un ser tan discreto– la periodista Patricia Montelongo traza aquí una semblanza de este autor, desde lo poco que se sabe sobre su infancia y juventud hasta sus actitudes intelectuales ante la vida y los libros o ante la vida que es un libro.

Patricia Montelongo dirige la revista *ISTMO* y actualmente escribe una tesis doctoral en Comunicación pública sobre Gabriel Zaid.

CUANDO ALGUIEN PONE EN DUDA MÚLTIPLES premisas que nuestra cultura considera esenciales, y después, con razonamientos, estadísticas, ejemplos concretos y buena prosa expone sus argumentos y los llena de sentido, es evidente que se trata de una mente original, capaz de situarse en ángulos diferentes y enfocar los asuntos con lógica inédita.

Gabriel Zaid es un escritor de pensamiento ágil e inconforme. No da por supuestas verdades, las descubre paso a paso. Es también polifacético. Para él, saberes teóricos y prácticos no son mundos distintos. Echa mano por igual de argumentos humanísticos, científicos o técnicos e incursiona en campos diversos sin que lo frenen las fronteras de las diversas disciplinas.

Experimenta con las ideas, se divierte con las palabras e ironiza con ambas. Y de todo este rejuco no saca mundos de ficción o novelas, sino poemas, artículos periodísticos y ensayos en los que aborda la realidad circundante.

Publica en diversos medios, comentarios y críticas sobre asuntos políticos, económicos, históricos, literarios o sociológicos. Maneja una empresa propia y asesora otras; escribe poesía, compila antologías, promueve los derechos de autor y una ley del libro. Impulsa diversas obras culturales que van desde asesorar financiera y literariamente revistas y editoriales, hasta rescatar poemas de Carlos Pellicer o las tradicionales canciones infantiles de Cri-Crí, para presentarlas en cuidadas ediciones. Es miembro desde 1984 de El Colegio Nacional y de la Academia Mexicana de la Lengua.

Basta asomarse un poco a su obra para que se despierte el interés por conocer al intelectual, al hombre, y tratar de entender cómo se formó esa mente, libre, sorprendente, irónica, que le ha dado la capacidad de aportar ideas, la fuerza expresiva y la originalidad para plantear viejos temas bajo el prisma de realidades actuales y asuntos de esta época a la luz de la vieja sabiduría.

y prolífico

Hay poca bibliografía sobre Gabriel Zaid. Se puede atribuir, supongo, al amplio abanico de su temática que no permite analizarlo ni encasillarlo en ninguna disciplina concreta así como a la falta de perspectiva para analizar esta obra tan variada. Pero más que nada, a su obstinado empeño por ocultarse de la imagen y la fama.

En 1977, Octavio Paz escribió de él: “Es uno de los nuevos escritores mexicanos, quiero decir es un autor que desde hace unos pocos años es leído, comentado y discutido. Sus artículos y ensayos sorprenden, hacen pensar, intrigan y, a veces, irritan. Zaid es un escritor que no quiere seducir al lector sino vencerlo, que jamás lo adula y que no teme

contradecirlo. [...] Conciso, directo y armado de un humor que va del sarcasmo a la paradoja”.¹

Hasta el momento, el análisis más completo de su obra, de donde se entresacan datos de la persona, es: *Solitario, solidario. Una lectura de Gabriel Zaid*.² Enrique Krauze escribió este ensayo con ocasión de un homenaje con motivo de los 60 años de Zaid, en noviembre de 1994. Ese texto proporciona muchas claves para acercarse al “misterio Zaid”.³

“Se trata –dice Krauze en otra ocasión– de ver de cerca cada retrato sin retocarlo, descubriendo capas más profundas que nos permitan revelar a las personas de carne y hueso, con todo y las arrugas (aunque cuando son

¹ “Respuestas a Cuestionario —y algo más”, *Vuelta*, 1977, 4, pp. 43-46. A propósito de *Cuestionario*, un libro de poesía que Zaid editó en 1977 y en el que interroga a sus lectores, a los que propone un juego para colaborar en la creación de un nuevo libro.

² Periódico *Reforma*. Suplemento cultural *El Ángel*, 13, nov., 1994. El texto de Krauze se publicó después en el libro *Mexicanos eminentes*, Tusquets, México, 1999.

³ *Ibid.*, Expresión de Daniel Cosío Villegas.

muy amigos y se trata sólo de retratos, no aparecen muchas arrugas porque a los amigos no se les ven las arrugas)".⁴

Llama la atención que intelectuales y críticos, de muy diversas tendencias, que han comentado su obra, tampoco le ven "arrugas", es decir, le ven demasiado pocas si se comparan con las cualidades que señalan.

Es difícil analizar la obra zaidiana porque en muchos temas funciona como en espiral: retoma algunos núcleos, los amplía, resume o complementa.

Zaid ha destacado y es reconocido y admirado en un país y en unas décadas en que la cultura oficial y dominante arrinconó como oscurantista y enemigo del progreso a todo lo que tuviera alguna resonancia religiosa. Ramón Cota Meza dice: "Lo que lo hace distinto es su capacidad para mantener siempre un ojo en la dimensión espiritual de las cosas y otro en la dimensión social, económica y política del país".⁵ Christopher Domínguez Michael dice que la voz "humanista católica" de la enciclopedia es quizá la mejor forma de encontrar las coordenadas que permiten situarlo.⁶

Un lector inteligente

Algo sabemos de su infancia por un breve *curriculum* que redactó el propio Zaid.⁷ Con

gracia, por medio de una sucesión de anécdotas revela algunas facetas de su niñez y rasgos de su carácter.⁸ Descubre en pinceladas varias pasiones: su desmedida obsesión por la lectura, la atracción hacia las verdades que se revelan por medio de cifras y ecuaciones, el afán por economizar palabras. Omite, desde luego, las formalidades de títulos o reconocimientos que otorgan las "pirámides del poder" y asoman, en cambio, datos de mayor hondura: un sincero deseo de servir con su vida y su trabajo, y el gozo ante las alegrías de la vida en compañía de los seres amados.

Aparte de este único texto autobiográfico, encontramos comentarios esporádicos en algunos de sus artículos y escuetas cronologías en diccionarios de escritores y poetas. Recientemente, Juan Carlos Magallanes preparó una tesis de maestría para la Universidad de Nuevo León⁹ en que da a conocer el fruto de sus investigaciones sobre la infancia y juventud de Ghazy Zaid y de sus años de formación en el Instituto Tecnológico de Monterrey; única información disponible de esa etapa.

Es difícil saber de él, porque este hombre erudito e independiente quiere que se le conozca por su obra escrita, no por su persona, y así lo expresa en varios textos que mencionaré más adelante. Es obsesivamente celoso de su intimidad, no concede entrevistas ni da conferencias, elude micrófonos de la radio y cámaras de televisión e impide que lo fotografíen.¹⁰ No asiste a las presentaciones de

sus libros ni concede entrevistas y rara vez contesta cartas.

Sin embargo, como siempre ocurre, vida y trabajo se influyen mutuamente y no son sino ángulos de un mismo retrato. Partiendo de una biografía pobre en datos exteriores, es posible en cambio adentrarse en una obra inmensamente sugerente.

Los centenares de artículos y decenas de libros zaidianos han sido recopilados en varios tomos de sus *Obras* editadas por *El Colegio Nacional* (al que Agustín Yáñez llamó "el senado cultural"). Sin duda, estas *Obras* fueron trabajadas por el propio autor y constan de cinco tomos. Al terminar las páginas que integran cada libro se ofrece como *Nota bibliográfica* el itinerario que ha seguido cada texto: cuándo lo escribió, dónde se publicó por vez primera y todas las ocasiones en que ha sido reimpreso, traducido o reeditado; a veces con el mismo título o como parte de otro volumen. Algunos ensayos se han publicado hasta en nueve ocasiones distintas.

De los cinco tomos previstos, sólo los cuatro primeros han visto la luz; en el índice no figura un título que publicó la editorial Océano en 1995: *Adiós al PRI*. Tampoco aparecen, y es lógico, un conjunto considerable de textos breves, quizá inclasificables, comentarios mínimos, precisiones, discusiones con lectores u otros escritores, publicados en diversas revistas y relativos a asuntos coyunturales.

Es difícil analizar la obra zaidiana porque en muchos temas funciona como en espiral: retoma algunos núcleos, los amplía, resume o complementa. Además, cuando realmente se considera al hombre como una unidad, al hablar de asuntos económicos o políticos salen a flote las ideas filosóficas y antropológicas que los sustentan.

Por otro lado, Zaid continúa publicando y sorprendiendo a sus lectores con asuntos y

enfoques nuevos; muy probablemente crece el número de tomos de sus *Obras* y se modificará una vez más el índice inicial. Cuando la trayectoria vital y creativa de un autor no está completa, es imposible hacerse una idea cabal del mismo, falta perspectiva.

Lector compulsivo y entusiasta de la precisión

Hijo de emigrantes palestinos, Gabriel Zaid, el mayor de cinco hermanos, nació el 24 de enero de 1934 en Monterrey.¹¹ Carlos Zaid, el padre, nacido en Taybeth, emigró a México en la segunda década del siglo XX y en 1932 se casó con Margarita Giacomani, su madre, nacida en Torreón, cuyos padres emigraron desde Jerusalén.

En la breve autobiografía mencionada, Zaid narra que aprendió a leer solo y que, un buen día, cuando su madre se dio cuenta, el niño se entretenía deletreando los rótulos de la calle. También guarda memoria de una curiosa ceremonia de alquiler de libros en la que participaba como espectador y que años después le sirvió de inspiración para plantear propuestas similares para difundir la lectura.¹²

Desde muy pequeño descubrió la lectura como un placer, que pronto se convirtió en obsesión y vicio que le provocaba remordimiento. Se proclamó a sí mismo lector irredento y compara, como Borges, la lectura ininterrumpida con el paraíso, del que sólo concibe la expulsión como un castigo.

Como en otros lectores compulsivos, esta sigilosa actividad propicia un mundo interno exclusivo y excluyente, cierta independencia ambigua, que los de fuera ven con sospecha, como si fuera una evasión. Zaid mismo se ha sentido apartado, pero confiesa —usando los paréntesis como fórmula explicativa— cómo encontró un camino hacia el exterior: "Desde

5 Ramón Cota Meza, "Gabriel Zaid o la sabiduría del sentido común", *Metapolítica* 12, México, 1999.

6 "El humanista católico", *Reforma*, Suplemento cultural *El Ángel*, 29, feb., 2004, p.1

7 Citado íntegro en el artículo "Gabriel Zaid. Una poética libertaria para bailar danzón en bicicleta", de Braulio Hornedo, en este mismo número (N. del E.)

8 "Curriculum vitae", *Vuelta* 115, México, 1986, pp. 10-12. Al final, narra la razón de ese texto: "Pepe Álvarez, que está haciendo un álbum de cien mexicanos, me pidió un currículo y el epitafio que dejaría para mi tumba".

9 Todos los datos sobre la infancia de Zaid proceden de ese trabajo, titulado *El ensayo de crítica al mundo cultural de Gabriel Zaid*, capítulo II: "Gabriel Zaid, su vida en Monterrey", agosto de 2003. Tesis de maestría en Letras Españolas en la Universidad Autónoma de Nuevo León.

10 En 1993 hizo amago de demandar a su amigo, Miguel Ángel Granados Chapa, por haber publicado en la portada de la revista *Mira* una foto en la que él aparecía al lado de Carlos Fuentes en un acto en el Museo de la Ciudad de México; Humberto Mussacchio, "República de las letras", *Reforma*, 17, nov., 1994, Sección Cultural.

11 Cf. tesis de Juan Carlos Magallanes.

12 "Tirar millones", *Vuelta* 9, 1977, p. 50

que empecé a leer, la vida (lo que la gente dice que es la vida) empezó a parecerme una serie de interrupciones. Me costó mucho aceptarlas, y a veces pienso que sigo en las mismas. Que en vez de dejar el vicio, lo llevo a todas partes. Que si, por fin, salí a la realidad (lo que la gente dice que es la realidad) fue porque también me puse a leerla".¹³

Ese "leer la realidad" le ha permitido ser tan versátil y ocuparse de cientos de asuntos diversos. Dice Ortega y Gasset, a quien nuestro autor cita con frecuencia, que "en el leer hay que poner todos los verbos en que entra esa palabra *legere*: *inteligir* (leer por dentro del libro y de nosotros), *colegir* (deducir de lo leído otra cosa), *elegir* (escoger y quedarse con lo escogido)".¹⁴

A los 16 años se encontró con Octavio Paz y, más que leer, devoró El laberinto de la soledad.

A los 16 años se encontró con Octavio Paz y, más que leer, devoró *El laberinto de la soledad*. Ese encuentro marcará su vida: "No podía dejarlo, continuaba leyendo, aunque me rebasaba, como una canción en otra lengua, que gusta mucho aunque no se entienda bien. Quizá eran los temas, el vocabulario, la forma de construir las frases, que me llamaban la atención y me atraían, pero no podía seguir plenamente."¹⁵

A partir de allí, primero el joven, y después el adulto, no escondieron su admiración por Paz, quizá el primero que le iluminó la

riqueza de la palabra para expresar la fecundidad del drama humano y de la lucha interior: "En Paz no está claro, está vivo que el lenguaje es el lugar donde se alcanza la totalidad del ser".¹⁶ "Se es más libre leyendo *El cántaro roto*, y después de leerlo se anda más libremente por el mundo".¹⁷

La vida de Gabriel Zaid queda ligada con la de Paz; a lo largo de los años sigue sorprendiéndose y admirando su capacidad de crear e incursionar en nuevos ámbitos y lo acompaña en varias aventuras culturales.

"Paz nos ha hecho interesarnos en cosas cuyo interés nunca habíamos visto. Y lo ha hecho, no sacándole brillo de expositor a esto o a aquello, sino alertando nuestra sensibilidad. Zonas desconocidas de la inteligencia, de la sensibilidad, son de pronto necesarias para el lector de Paz. De ahí gran parte de la fascinación de su lenguaje: nos aviva todas las facultades, nos hace poner todo lo que somos en la cuestión, nos pone totalmente en cuestión. Para Paz el lenguaje es ejercicio total del ser. Y esto no es una prédica, es un hecho vivo y comunicado a través de su obra, es la única manera posible de leerla. Leer a Paz es ejercer con toda la inteligencia, con toda la imaginación, con toda la sensibilidad."¹⁸

Este texto de 1967 no significó sólo un deslumbramiento juvenil, la gratitud no mermó. Cuarenta y cuatro años después de ese primer encuentro, Enrique Krauze agradeció a Zaid, entre otras cosas, que recordara al equipo de la revista *Vuelta* —que dirigía el propio Paz— que valía la pena cuidar para que la rutina no empañara el privilegio que implicaba trabajar y convivir con una mente excepcional como la del Premio Nobel.¹⁹



La pasión de Zaid por los libros lo llevó a lo que él llama *grafomanía* y sus muchos artículos sobre el tema han dado origen, hasta ahora, a tres libros cuyo principal protagonista es, justamente, el libro: *Los demasiados libros*, *Cómo leer en bicicleta* y *De los libros al poder*. Dice que el libro «es una plaza pública igual que Hyde Park»²⁰ y que un buen libro puesto en el lugar y momento adecuados puede animar una buena conversación.

En el último párrafo de su autobiografía abre una pequeña ventana a su intimidad: "Señor, no me castigues por haber leído. Lo he pagado con interrupciones y trabajos para ganarme el pan y servir a los demás. Concédeme el paraíso de leer sin que me interrumpas. [...] El eterno recreo de leer y ser leído en los ojos de mi mujer, en las nubes y en los árboles de un cielo nuevo y una tierra nueva, en la conversación de todos con todos, resucitados en tus libros".²¹

No muy común entre los hombres de letras, Gabriel Zaid comparte su pasión por los libros con un genuino amor por los números, quizá tenga que ver en ello su afición por lo breve y contundente que se refleja también en su prosa. Le atrae la exactitud y la posibilidad de representar en fórmulas, con unos cuantos signos, realidades demostrables; y esa atracción no se queda sólo en el ámbito racional, desde muy joven sacudió en él otras fibras: "Estoy leyendo un libro de texto, el de geometría. Me hace cosquillas no sé qué en el corazón: la

elegancia, el suspenso, los episodios de la argumentación, la música de la consecuencia, el tantán maravilloso del *Quod erat demonstrandum*. Me siento emocionado, agradecido".²²

Un cauce amplio y hondo para una mente inquieta

Tras estudiar primaria y secundaria en el Instituto Laurens, Ghazy Zaid (parece ser que cambió su nombre al terminar la carrera), ingresó en 1948 a la Escuela de Bachilleres del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey que, en sus escasos cinco años de vida, ya había integrado un cuerpo docente calificado, que influyó en la formación del joven alumno.

El Departamento de Humanidades, que dirigía el filósofo Antonio Gómez Robledo, impartía materias humanísticas y promovía una amplia gama de cursos y actividades artísticas y culturales a las que invitaba a destacados exponentes. Desde los 14 años, Zaid participó activamente en muchos de ellos. Varios profesores empezaron a formar su mente inquieta, roturada ya por innumerables lecturas.²³ Luis Astey,²⁴ Alfonso Rubio y Rubio²⁵ y Pedro Reyes Velázquez.²⁶ En 1950 se inscribió en la carrera de ingeniero mecánico electricista que poco después cambió por la de ingeniero mecánico administrador.

Durante esos años escribió los primeros ensayos para algunas publicaciones escolares,²⁷ y entre 1952 y 1954 fue jefe de redacción

13 "Curriculum vitae", *op. cit.*

14 *Espíritu de la letra*, Espasa-Calpe, Madrid, 1965, p. 9

15 "Primeras impresiones", *Vuelta* 254, México, 1998, p. 28.

16 "Significaciones últimas", *Siempre!*, 16, ago., 1967, p. vi.

17 "La efectividad poética", *Obras* 2, p. 41.

18 "Significaciones últimas", *Siempre!*, 16, ago., 1967, p. vi.

19 "Tres imágenes de Zaid", Enrique Krauze, *Reforma*, 20, nov., 1994, p. 10 A.

20 "La efectividad poética", *Obras* 2, p. 41.

21 "Curriculum vitae", *op. cit.*

22 "Curriculum vitae", *op. cit.*

23 Cf. Tesis de Juan Carlos Magallanes. El profesor Ernesto Cuervo, quien le enseñó gramática en el primer año, recuerda especialmente a tres personas bajo cuya influencia empezó a desarrollarse en Zaid el gusto por las humanidades.

24 Originario de Guadalajara, con prestigio como humanista clásico especializado en lenguas latinas.

25 Poeta michoacano y filósofo, preparado en el Seminario de Morelia, con quien Zaid se identificó como con un preceptor y entabló una amistad más allá de las aulas.

26 De Lagos de Moreno, Jalisco, dirigió por unos años la biblioteca del Instituto y probablemente fue quien hizo a Zaid esa "concesión especial" para explorarla que menciona en su currículo.

27 *El Borrego*, periódico de la sociedad de alumnos del Instituto, y *Simbolo*, periódico editado por la Congregación Mariana del Instituto, dirigida por jesuitas. *Trivium*, órgano de los profesores del Departamento de Humanidades, con firmas destacadas de México y otros países (Vasconcelos, Pellicer, Joaquín Antonio Peñalosa, Dámaso Alonso, Gabriela Mistral), le publicó en 1951 un sainete en verso, comedia que había sido representada en el teatro Rex de Monterrey un año antes.

del periódico juvenil *El Borrego* (financiado con publicidad de empresarios regiomontanos, llegó a tirar 10 mil ejemplares). Allí publicó sus primeros ensayos, críticas literarias y la columna, "Teatroviendo", que comentaba obras escenificadas, en general, por grupos universitarios. Ya desde entonces, sus críticas documentadas y en ocasiones nada halagadoras, no pretendían el agradecimiento o alabanza de los lectores, sino emitir una opinión inteligente y honesta.

En 1955 Zaid terminó la carrera. El solo título de su tesis: Organización de la manufactura en talleres de impresión para la industria del libro en México, habla de dos afanes que calaron en su vida.

El nombre de Ghazy Zaid empezó a conocerse en Monterrey también por ensayos literarios en las revistas *Trivium*, *Simbolo y Le temps perdu* de la Alianza Francesa. Además, por las noches impartía clases de español a los obreros que estudiaban carreras técnicas en el Tecnológico.

Desde los 19 años participó en un *Club de lectura de clásicos de la ciencia* y en tertulias culturales. Descubrió con sus compañeros la revista *Siempre!*, que acababa de aparecer en la ciudad de México, y analizaban algunos

artículos. Años después, entre 1963 y 1966, colaboró en su suplemento cultural y, con motivo de un aniversario de la publicación, comentó que les atrajo "la vocación plural de la revista (que incluía firmas de muy diversas tendencias) que les ayudó a sumar públicos; fórmula que después descubrieron los mejores diarios norteamericanos".²⁸ Habló de la natural inclinación a movernos en medios limitados que confirman nuestros juicios o prejuicios, pero en contra de la realidad, contradictoria, polémica e indisciplinada. "*Siempre!* le puso casa a la diferencia, a la independencia, a la oposición".

En 1953 realizó prácticas profesionales en una fábrica de llantas de automóvil en la ciudad de México. Como turista provinciano muchas cosas le deslumbraron en la capital, empezando por las intensas lluvias estivales.²⁹ Años después, a raíz de la publicación de unas cartas de Juan Rulfo, se enteró que coincidió con él muy de cerca, sin conocerse. Rulfo trabajaba en esa época en la misma fábrica, pero ahí percibió una realidad muy distinta de la de Zaid: "Cruzábamos la misma puerta pero no entrábamos al mismo lugar".³⁰

En 1955 Zaid terminó la carrera. El solo título de su tesis: *Organización de la manufactura en talleres de impresión para la industria del libro en México*, habla de dos afanes que calaron en su vida. El primero, seguir la pista al libro como producto industrial y objeto mercantil, aunque, en primer y último término lo veía como producto cultural. Su deseo era "ordenar los medios generales de comunicar la cultura y, en especial, de expresar una cultura

actual en nuestra lengua".³¹ Y el segundo, no encasillar las disciplinas y sus habilidades propias sólo en los problemas de esa área, sino aplicarlas libremente a otros ámbitos.

Una influencia decisiva: Rafael Dieste

Además de los maestros mencionados, hubo otro que vivió escasos dos años en Monterrey, que marcó honda huella y propició una amistad para toda la vida. Zaid lo menciona con frecuencia en sus textos.

En 1952 llegó el escritor contratado por la Sección de Humanidades del Instituto Tecnológico. Gallego, exiliado al término de la guerra civil española, formaba parte de la llamada *Generación del 27*, aunque es poco conocido incluso en su patria, a causa de un destierro de más de dos décadas.

Rafael Dieste³² tenía entonces 53 años y venía de Inglaterra. En el prólogo de sus *Obras completas*, Arturo Casas y Darío Villanueva lo definen retomando palabras del propio Zaid: una "especie de hombre del Renacimiento trasplantado a la modernidad" que se apodera de toda la cultura y es capaz de recrearla con "su poderoso talento creativo que unifica gran variedad de facultades, empresas y realizaciones, atinando además a reconducir positivamente numerosas tensiones, entre Galicia y España, entre España y América, entre gallego y español, entre lo popular y lo culto, entre la tradición y la vanguardia, entre el teatro, la pintura, la música, las letras; entre el arte y la ciencia; entre la obra y la política, etcétera".³³

Al revisar la obra de maestro y alumno saltan a la vista varias coincidencias, incluso

biográficas. ¿Serán algunas aficiones e inclinaciones culturales de Zaid herencia del profesor español o será que coincidieron dos espíritus afines de distinta generación?

Concuerdan fundamentalmente en el acercamiento a una actitud filosófica que indaga en la raíz de las cosas, que, sin dar nada por obvio, se pregunta sin prejuicios antes de contestar, y en la aspiración de un saber sintético que integra las partes y que favorece planteamientos creativos e innovadores.

Pero no es sólo eso, se encuentran también otras similitudes:

- *Se explican el mundo a través de la poética*, entendida como actividad productora y obra producida, cuyo fin es «comprender» el sentido de la totalidad, y como la búsqueda de la unidad en lo concreto. Implica también amor a la libertad contemplativa. Dieste tiene un ensayo con ese nombre y Zaid se refiere a ella con frecuencia.

- *Sienten atracción por cosas aparentemente tan distintas, como la poética y la geometría*.³⁴

- *Tienen una comprensión profunda de los grandes pensadores clásicos*. Dieste escribió ensayos que muestran una penetrante reflexión sobre la estructura y posibilidades del conocimiento y sobre la traza del mundo.³⁵ En sus textos, Zaid dialoga con soltura con pensadores e intelectuales de todas las épocas.

- *Rechazan poner límites o barreras a la mente*. A Dieste le gustaba "inquietar a los que tienen un racionalismo estrecho", pues para él "la realidad es lo más mágico que hay"³⁶. Por su parte, Zaid fustiga y se mofa

28 "Lo mejor de *Siempre!*", *Vuelta* 21, México, 1978, p. 46.

29 "En Monterrey casi nunca llovía, y menos aún en el verano. Pero el Valle de México daba señales de tener tratos especiales con Dios. Todos los días, como a las cuatro de la tarde, los cielos se nublaban, gesticulaban y gritaban descargando la lluvia, pero se apaciguaban, y, después de las cinco, desplegaban el arco iris de la reconciliación. [...] Al salir de la fábrica, ya había pasado la lluvia, y me iba con otro estudiante de Monterrey al centro de la ciudad, a los otros milagros: las exposiciones, el teatro, los conciertos, las conferencias, las librerías, los cafés, el simple deambular, como provincianos dispuestos a maravillarse." "Fin de siglo en el Valle de México", *Vuelta* 250, México, 1997, p. 8-9.

30 *Ibid.*

31 Gabriel Zaid, *Organización de la manufactura en talleres de impresión para la industria del libro en México*, p. 6.

32 La información biográfica sobre Rafael Dieste está tomada del ensayo "Rafael Dieste: una recuperación" de Gustavo Fabra Barreiro, *Informaciones*, Madrid, 17, ene., 1974.

33 Rafael Dieste, *Obras completas*, Volumen I, Edición de Castro, Prólogo de Arturo Casas e Darío Villanueva. La cita dentro de la cita es de Gabriel Zaid.

34 Dieste publicó tres libros sobre el tema. *Nuevo tratado del paralelismo* y, posteriormente, otras indagaciones sobre los fundamentos de la geometría: *Qué es un axioma y Testamento geométrico*.

35 "Rafael Dieste: una recuperación", *op. cit.*

36 Rafael Dieste, *Obras completas*.

de los integristas celosos de su parcela racional de cualquier tendencia.

- Son fundadores y promotores de revistas y empresas culturales. Ambos creen en la capacidad de comunicación, de diálogo e intercambio enriquecedor de la cultura.

- Tienen comprensión y gusto por los afonismos y por las manifestaciones de la lengua popular.

- Ambos ingresan a academias de la lengua,³⁷ les editan sus obras completas³⁸ y reciben en vida un reconocimiento por su obra.³⁹

Una vez titulado, Zaid, ayudado por algunos contactos de la Alianza Francesa de Monterrey, viajó a Francia donde pasó ocho o nueve meses estudiando en París y conoció la vida intelectual del momento. Después, acudió a Jordania a conocer la tierra de sus antepasados.

Huellas claras de Emmanuel Mounier

Una vez titulado, Zaid, ayudado por algunos contactos de la Alianza Francesa de Monterrey, viajó a Francia donde pasó ocho o nueve meses estudiando en París y conoció la vida intelectual del momento. Después, acudió a Jordania a conocer la tierra de sus antepasados.

"Eran los años cincuenta y París era una fiesta —comenta Krauze—: el sol Sartre en el cenit de su influencia, enfilado ya hacia el marxismo; las polémicas de Breton; las grandes obras de Camus; las críticas al 'opio de los intelectuales' de Raymond Aron, 'espectador comprometido' que predicaba en el desierto. En los cafés de aquella capital del siglo xx se hablaba de nihilismo, marxismo, surrealismo, existencialismo. Mounier había muerto en 1950, a los 45, años, pero el 'personalismo', ese discurso nuevo de la esperanza cristiana formulado por él como alternativa y en respuesta a los desesperados 'ismos' de su tiempo, seguía vivo".⁴⁰

Krauze se pregunta cuáles fueron las influencias de Zaid en esa época y si alguna vez escribirá al respecto. Efectivamente, Zaid no menciona en sus textos esos viajes ni qué estudios realizó, pero es un hecho que entró en contacto con la revista *Esprit*, fundada por Mounier, puesto que poco tiempo después colaboró en ella.

Lo más probable es que a través de la figura y la obra de Mounier, Gabriel Zaid haya conectado con una tradición de intelectuales cristianos que en aquellos años de la posguerra se replanteaban muchos temas relacionados con el hombre, la política, la cultura y la fe.

Bergson que intentaba superar la enemistad entre ciencia y religión, entre razón y fe y subrayaba la importancia de la intuición (*intus-ire*, ir dentro) porque da acceso a niveles profundos de la realidad que el intelecto no puede alcanzar.⁴¹ El Cardenal Newman que entendía el dogma católico como

realidad viviente y no como bloque de doctrinas adquiridas para siempre. Jean Danielou, que protagonizaba el diálogo con los no creyentes. Jacques Maritain que analizaba la relación entre fe y cultura y cómo el cristianismo la trasciende, permea, vivifica y eleva sus expresiones pero no se deja enfeudar por ninguna. A Mounier lo admira porque "sabe discutir sus convicciones y le parece un modelo de rigor y honestidad intelectual".⁴²

Gabriel Marcel, que analizaba el ser y el tener, y cómo la mentalidad burguesa esclaviza los vínculos que impone la posesión de cosas y lleva a vivir en la superficie, en la dispersión de la exterioridad e impide el espacio interior de creatividad y libertad. Nicholai Berdjajev, que señalaba que el cristiano no puede considerar al comunismo simplemente como un cúmulo de errores, puesto que la instancia por la justicia y dignidad de los desheredados son un núcleo de verdad y recuerdan al cristianismo que ha borrado el fermento y la fuerza evangélicas.

Foucauld que pensaba que el creyente está llamado, más que a convertir, a testificar con su vida el mensaje cristiano, y Charles Péguy quien se distinguía por su independencia de carácter, su aversión a los convencionalismos del mundo académico, al dinero y a los compromisos burgueses y cuyo método era la probidad como instrumento de acceso a la verdad. Vivir con esta disciplina legítima la denuncia de los males de la época.

Mounier elaboró con muchas de estas ideas una visión personal que condena el productivismo, base común de las ideologías capitalista y comunista, pero lo resaltó como instrumento primario del que el hombre se vale para imprimir su sello a la creación y personalizar el mundo.

La convicción de ser testigo llevó a Mounier a vivir el cristianismo extramuros, fuera del clima protector de los ambientes confesionales y a mostrar amor y atención por la cultura del interlocutor, lo que implicaba esforzarse por comprender las culturas forjadas lejos del cristianismo.

Reflexionó sobre el espíritu filosófico y lo vio como "una actitud común a todos los hombres, unión inseparable entre cierta disposición de vida y cierto modo espiritual". Pensar es "llegar a ser capaces de un cierto sentido místico de la interioridad de las cosas y de la profundidad de los acontecimientos. Pero no basta con pensar la propia vida, también hay que vivir el propio pensamiento".⁴³

Sentía aversión por las banalidades, por "los espíritus limitados, las personas sentadas en una cátedra, en las tribunas, en sus butacas, las personas satisfechas, los inteligentes, los u-ni-ver-si-ta-rios" y pensaba que debía hacer "no lo que los otros ven y admiran, sino imprimir el infinito en ella".⁴⁴

Colaboró con algunas revistas adecuándose a la cultura modesta de sus lectores, con fundamentos en una lógica que debe a Bergson y usó esa lógica para mediar en el diálogo con gente ajena al personalismo comunitario porque la veía como virtud conciliadora, que aclara que las diferencias entre posiciones diversas, aparentemente irreductibles, no son tanto.

A partir de 1932, en la revista *Esprit*, habló de desenmascarar los "desórdenes que tienen el rostro del orden" y dijo que incluye las virtudes de izquierda, justicia, audacia y paz, y de derechas, honor, mesura, prudencia y orden. Mounier deseaba recuperar las dimensiones que planteó el Renacimiento, pero que realizó imperfectamente, al faltarle la vocación de trascendencia y los valores comunitarios.

37 Rafael Dieste fue miembro de la Real Academia Gallega. Gabriel Zaid ingresó en 1984 a la Academia Mexicana de la Lengua.

38 En 1995, Edición de Castro editó las *Obras Completas* de Rafael Dieste en cinco volúmenes (el propio Gabriel Zaid figura en el prólogo). El Colegio Nacional, inició en 1993 la edición de las *Obras* de Gabriel Zaid que va en el volumen iv.

39 Dieste recibió un homenaje del Ateneo del Ferrol en 1981 y Gabriel Zaid uno en la ciudad de México, en 1994, con motivo de su 60 aniversario, y varios suplementos culturales le dedicaron páginas en febrero de este año, cuando cumplió 70 años.

40 Enrique Krauze, *op.cit.*, p. 20.

41 Cf. Nunzio Bombaci, *Emmanuel Mounier: una vida, un testimonio*, Fundación Emmanuel Mounier, Madrid, 2002 p.29.

42 *Ibid.* p.31

43 *Ibid.* p. 40

44 *Ibid.* p. 26

Esprit se proclamó revolucionaria, pero no católica, quiso romper con una religiosidad cómplice del materialismo, denunció la responsabilidad de los creyentes y defendió la intangibilidad de la Iglesia. Quiso superar el clericalismo intelectual y constató el retraso de los católicos en la elaboración del pensamiento y las estrategias con relación a los problemas temporales.

¿Qué emociones habrán sacudido al joven que a los 21 años, en un ejemplar de la Revista Mexicana de Literatura, descubrió el poema "El cántaro roto" de Octavio Paz, y comentó que se mareó y tuvo que entrar en un café y sentarse [...]?

Para Mounier, estar a la altura de los desafíos de la laicidad significa prestar atención a los valores nuevos que se afirman fuera del mundo cristiano y se desprenden de la reflexión y experiencia del mundo contemporáneo: libertad, tolerancia, democracia, sentido colectivo, evidencia experimental, progreso, etcétera.

El personalismo de Mounier fue confirmado más tarde por la sociología y la biología al entender el carácter relacional de la persona. Elaboró su personalismo comunitario con fidelidad al Magisterio e imaginación. Estaba convencido de que atendiendo a los acontecimientos y apelando a la imaginación se podrían elaborar respuestas inéditas a problemas inéditos. El cristianismo tiene la virtud de renovarse.⁴⁵

Se adelantó a su tiempo en varios aspectos, fue un teólogo laico, un gran educador y creador de amistad, notable promotor y organizador de cultura y un coherente testigo de la fe. Si no fue santo, como dijo Mauriac, sí tuvo hambre de santidad.⁴⁶

Aunque resulta un largo rodeo en esta semblanza, me he detenido en el pensamiento de Mounier y de otros, porque pienso que todas las ideas señaladas, y muchas más, se hacen presentes en la obra de Gabriel Zaid y colaboran para formar ese perfil único que lo caracteriza.

Al regresar a su país, Zaid vio que México vivía con retraso la resaca intelectual de Francia, percibió cómo se debatía en esas mismas intolerancias intelectuales. Y, sin negar nunca su filiación católica, se ubicó, como Mounier, al lado de los intelectuales no católicos, consiguió su respeto y se labró un camino en un ambiente dominado por la izquierda y con marcados resabios positivistas, que de entrada descalificaban a los católicos como retrógrados y cerrados a los nuevos valores sociales.

Por defender y buscar la verdad en medio de todas las ideologías o por criticar algunas veces la actuación de católicos, lo llamaron heterodoxo. Esto mismo le permitió describir en su ensayo *Muerte y resurrección de la cultura cristiana*, la dificultad de los artistas o intelectuales cristianos para hacerse oír, con una precisión no falta de agudeza e ironía.

Primeros pasos del escritor

¿Qué emociones habrán sacudido al joven que a los 21 años, en un ejemplar de la Revista Mexicana de Literatura, descubrió el poema "El cántaro roto" de Octavio Paz, y comentó que se mareó y tuvo que entrar en un café y sentarse porque "aquella coherencia fascinante de imágenes e ideas" lo tenían deslumbrado, "borracho de palabras"?⁴⁷

¿Qué habrá sentido dos años después al recibir una carta abiertamente laudatoria de su autor admirado en que lo incitaba a publicar? Fecha en diciembre de 1957 dice: "No sabe cómo le agradezco que me haya enviado sus poemas. Me han sorprendido. Me asusta un poco, a veces, su maestría; pero mi temor se disipa cuando veo que en cada estrofa hay hallazgos de verdadero poeta, encuentros y evidencias de un espíritu realmente excepcional. Me da mucha alegría que un joven mexicano tenga tanto talento. [...] Ojalá se anime usted a publicar algo pronto. Mientras tanto, guardo su manuscrito como algo verdaderamente precioso".⁴⁸

En 1958 Zaid cedió a la atracción del gran imán de la capital y se trasladó a vivir al lugar que más tarde describió como: "el Tibet, la cúspide donde todo desemboca hacia lo alto. Mar de emigrantes, puerto y puerta del cielo, a donde llega y se concentra la población que aspira a más".⁴⁹

Su primera publicación que apareció en México fue la *Fábula de Narciso y Ariadna* (1958),⁵⁰ dedicada con ironía al «Pequeño Larousse ilustrado»⁵¹ y, cinco años después, en 1963, publicó su primer ensayo literario: *La poesía, fundamento de la ciudad*, en Ediciones Sierra Madre.

Salvador Reyes Nevares comentó, en 1966, en la revista *Siempre!*, la aparición del libro de Zaid, *Seguimiento*: "No aparece solo. Lo acompaña una carta de Octavio Paz, que bastaría para abrirle camino. Pero no equivoquemos las cosas. El camino se lo abre Zaid por sí mismo. La carta no es más que la manifestación de que puede hacerlo. La autoridad de nuestro gran poeta -Paz- no se hubiera movido

hacia él, en además tan favorable, de no haber en su obra, aún incipiente, valores dignos de la mayor estima".⁵²

En los años subsecuentes colaboró con Paz en *Plural*, después en *Vuelta* y mantuvo una presencia constante en las páginas de *Letras Libres*. Además, colaboró en otros medios impresos y siguió la pista a las ediciones, reimpressiones y traducciones de sus libros.

Intelectual independiente

Hay mucho que decir de la proverbial libertad intelectual de Gabriel Zaid, cualidad que reconocen amigos y detractores y que con frecuencia él trae a colación refiriéndose a sí mismo o a otros.

Su libertad, primero que nada, es de pensamiento, y el deseo de conservarla, acrecentarla y ser coherente con sus ideas, lo ha llevado a buscar independencia en todos los aspectos. En lo económico no vive de ningún presupuesto gubernamental o académico, no se considera especialista en algo concreto, no pertenece ni defiende ningún partido político ni se sujeta a verdades oficiales, académicas, económicas o sociológicas. Todo esto, además de su empeño por no casarse con ideas preconcebidas, le dan una autonomía poco común para mirar, analizar y opinar.

Reconocen esta característica otros intelectuales mexicanos. Al recibirlo como miembro de *El Colegio Nacional* en 1984, Ramón Xirau la mencionó: "Muchas veces se ha dicho que carecemos de escritores críticos y, en general, de espíritu crítico. [...] Zaid lo es [...] y con independencia. Lo reitero: con independencia, y si en este punto insisto es porque hay pocos pensadores independientes".⁵³

45 *Ibid.* p. 99

46 *Ibid.* p. 102.

47 "Primeras impresiones", *Vuelta* 258, México, 1998, pp. 28-29.

48 *Seguimiento*, FCE, México, 1964. Carta-prólogo.

49 "Adiós al Tibet", *Vuelta* 191, México, 1992, p. 15.

50 Editorial Katharsis, 1958.

51 Sobre este poema, Ramón Xirau comenta: "[...] la poesía de Zaid se relaciona más bien con la generación del 27 y, en este poema preciso, con la *Fábula de X y Z* de Gerardo Diego", "Saludo a Gabriel Zaid", *Vuelta* 96, México, 1984, p. 17.

52 Salvador Reyes Nevares, "El último libro de Cardenas y el primero de Gabriel Zaid", *Siempre!*, 1966.

53 "Saludo a Gabriel Zaid", *op. cit.*

En la semblanza leída en el Centro Cultural San Ángel, con motivo del 60 aniversario, Adolfo Castañón dijo: "[...] la de Gabriel Zaid es una de las personalidades más radicalmente independientes de la cultura hispanoamericana contemporánea. De ahí que más que una asociación espontánea sea un hecho de la cultura mexicana contemporánea el vínculo de su nombre con el de la práctica de la libertad. [...] La concepción que de la libertad intelectual tiene Gabriel Zaid no es ornamental, demagógica o litúrgica; es pragmática y propedéutica, franciscana, encarna la libertad haciéndola encarnar en los demás".⁵⁴

Esta independencia y falta de ligas de Zaid, no implica imparcialidad antiséptica, el rehusarse a tomar partido o plantear sus preferencias políticas, es fruto de su deseo de poner las ideas en práctica, en igualdad de oportunidades.

Por su parte, Krauze explica el origen: desde que Gabriel Zaid dirigió la sección cultural de la revista *Siempre!*, en los años sesenta, practicó allí "una lectura crítica por partida doble: de la poesía y del aparato cultural. [...] La crítica de la cultura lo llevó a la crítica de la ideología de la cultura. Mientras el gruero de la clase intelectual mexicana y latinoamericana soñaba con ejercer la crítica de las armas y entregaba las armas de la crítica al comandante de la Revolución Cubana, Zaid fue un disidente solitario. 'Nunca jugó a la izquierda', decía años después Arnaldo Orfila

Reynal con genuina admiración. La frase no implicaba que Zaid perteneciera a 'la derecha'. Más empresario que ideólogo, el mayor editor de la izquierda latinoamericana leía y acaso compartía finalmente la posición de Zaid: la crítica como única arma, sobre todo contra las armas, sobre todo contra la crítica de las armas. Otro de los 'isinos' generalizados que fue objeto de su crítica fue el nacionalismo: ya en su variante maternal o paternal, geográfica o cultural —argumentaba Zaid— el nacionalismo mexicano nos ata a dependencias sumisas o rebeldes, nos impide crecer, volvernos responsables, creadores, hijos de nuestras propias obras".⁵⁵

Esta independencia y falta de ligas de Zaid, no implica imparcialidad antiséptica, el rehusarse a tomar partido o plantear sus preferencias políticas, es fruto de su deseo de poner las ideas en práctica, en igualdad de oportunidades, de tal forma que ni él ni sus lectores se vean aislados del resto de los puntos de vista, de manera caprichosa y arbitraria.

A un crítico que reseñó *De los libros al poder* y lo acusó de no creer en la Ilustración, la universidad, la modernidad, los inventos... le contestó: "...me interesa la verdad: entender las cuestiones mismas, antes que gustar o disgustar a mis lectores. [...] No me interesa sostener posiciones meramente provocativas, con la buena intención de 'sembrar inquietudes' (para usar una frase de Unamuno) o de hacer pensar (como supone Perea). Me interesa entender cómo son las cosas de verdad".⁵⁶

Busca, como ya se dijo, diversos ángulos de la realidad, no quiere quedarse con la visión global, a gran escala ni hacerle el juego a la falacia de que grande es sinónimo de bueno. Cita en repetidas ocasiones al inglés Schumacher, autor de *Lo pequeño es hermoso*,

quien insiste en el valor de lo pequeño, sobre todo cuando se trata de la acción, no sólo de las ideas, y da su alegato a favor de la potencialidad de las pequeñas iniciativas.

Huye también de un error que señala Jean Guittin (amigo y contemporáneo de Emmanuel Mounier) en su libro *El trabajo intelectual*: "En nuestras profesiones liberales realizamos casi siempre la misma tarea, con el riesgo de agotar demasiado pronto la facultad de la experiencia y acabar por eliminarla".

Quienes lo critican dicen que si fustiga tanto a las instituciones burocráticas, centralistas y gubernamentales, cómo es posible que pertenezca a dos de ellas, *El Colegio Nacional* y la *Academia de la Lengua*.⁵⁷ Podría parecer incoherente, aunque podemos decir que en ninguna se da el trabajo piramidal y asalariado, objeto especial de su crítica.

Ataca mucho ese tipo de trabajo y el de las inmensas estructuras de las burocracias, privada, gubernamental, universitaria o sindical, que trabajan o hacen como que trabajan con ambiciosos proyectos, poblados equipos de trabajo y jugosos presupuestos. Escribe unas líneas en las que no es difícil ver reflejado su propio modo de trabajar: "Los autores cuya carrera no es presupuestal pueden darse el lujo de exhibir públicamente sus desaprobaciones: son artesanos que producen solos y, con frecuencia, viven de otra cosa, además de que su obra se dirige a una clientela múltiple y dispersa. Los que hacen una carrera presupuestal tienen una triple dependencia: viven de su especialidad, la practican frecuentemente en proyectos colectivos de más o menos larga duración y su verdadero cliente es una, dos o tres personas: quienes deciden si les dan empleo".⁵⁸

No menciona si él se considera o no intelectual, pero critica el grave peligro narcisista en que éste puede caer al arrogarse como "el espejo de la suprema inteligencia".

Escritor y periodista sin imagen pública

El proverbial y hasta excesivo afán de Zaid por mantenerse apartado de los focos y de la fama, constituye una paradoja de las que tanto gusta, ya que, aunque es un tanto ermitaño, vive intensamente comunicado con su época y con todo lo que implica en muy diversos ámbitos, es decir, no practica la indiferencia. Quizá encuentra en esta actitud la grandeza de una vida vivida en solitario, aunque sus amigos opinan que conoce bien el valor de la amistad.

De varios textos suyos podemos entresacar claves para interpretar su actitud. Como del epigrama que publicó en *Vuelta* titulado *El éxito* y que se puede leer como la descripción de esa amenaza que teme:

Ganó un concurso de caligrafía y le tocó de premio una máquina de escribir
Tenía tan buena mano que pedían ver su cara
Les gustaba cómo escribía: por eso lo invitaban a hablar
Le celebraban tanto lo que hacía que ya no tuvo tiempo de hacerlo.⁵⁹

Curiosamente, cuando cumplió 80 años, Juan José Arreola dijo, en una entrevista, algo que parece confirmar esta idea de Zaid. Le preguntan por qué abandonó la literatura y contesta: "La razón por la que dejé de escribir es un misterio, yo digo que dejé de hacerlo porque empecé a hablar".⁶⁰ Y en otro momento: "Admiro a Marcel Proust porque

54 "Gabriel Zaid: el poeta que le devolvió a la República la hora exacta", *Vuelta* 219, México, 1995, pp. 53-55.

55 Krauze, *op. cit.* p. 14.

56 "Las ganas de creer", *Vuelta* 151, México, 1989 p. 65.

57 Humberto Musacchio, "República de las letras", *Reforma*, 7, nov., 94, Sección Cultura.

58 Reseña del libro: "Los grupos industriales: una nueva organización económica en México", *Vuelta* 24, México, 1978 p. 44.

59 *Vuelta* 111, México, 1986, p. 41.

60 María Beneyto, "Juan José Arreola. 80 años", *Reforma*, México, 21, oct., 1998, p. 4C.

aceptó su soledad y gracias a eso fue capaz de recuperar su tiempo perdido, yo en cambio, no acepté mi soledad y perdí mi tiempo y no lo encuentro”.⁶¹

Buscando explicar el apartamiento de los focos de Zaid, Sergio González Rodríguez dice: “En su libro *Práctica mortal* (CNCA, 1992) Gabriel Zaid incluye un poema que esboza ‘el misterio’ de su renuencia a la imagen pública y a su empeño ético. Se titula *Turmulto*:

Me empiezan a desbordar los
acontecimientos
(quizá es eso)
y necesito tiempo para reflexionar
(quizá es eso).

En una época *apocalíptica*, que se caracteriza por su manía reveladora, por la profusión de las imágenes y el concierto de unanimidad en los asuntos de la ciudad (la política), Zaid se sitúa al margen. Contra los vagabundeos de los *sombies* perduran la vida y el poeta”.⁶²

En un texto titulado “En defensa de Pellicer”, Zaid comenta que alaba el anonimato y, a la vez, aprovecha para denunciar el plagio de algunas líneas suyas: “Machado soñó en la gloria del anonimato. Nada le parecía más glorioso que escuchar versos suyos como parte del repertorio popular, sin que se supiera de quién eran. Que su nombre fuera olvidado, pero no sus versos. Con ese espíritu, me alegro el plagio de Carlos Monsiváis [...] No deja de ser bonito que Monsiváis ahora lo presente como suyo”.⁶³

En otra ocasión, cuando *ensaya formas de ensayo* y habla de diecisiete cosas que le fascinan, entre las cuatro que da a conocer, figura la siguiente: “¿Sería posible criticar limitándose a las cosas públicas y demostrables públicamente, sin conocer siquiera a las personas?”⁶⁴

Sin conocer a Zaid, sino a través de su obra, me atreví a calificarlo de quisquilloso en extremo. Entre otras cosas, por su manía de corrector. No sólo corrige textos o formas del lenguaje, también revisa sumas, porcentajes y descubre estadísticas mal hechas.⁶⁵ Enmienda la plana, o la frase, a escritores que admira y respeta: Alfonso Reyes, Octavio Paz; a otros, a quienes fustiga por su relación con el poder: Margarita López Portillo, Rafael Pérez Gay, Héctor Aguilar Camín; a nacionales: Guillermo Sheridan, Carlos Monsiváis y Humberto Musacchio, y extranjeros: Unamuno, Borges y Max Aub, a vivos y a difuntos, a sus lectores y a sus detractores. Es puntilloso y excesivo en sus precisiones.

Ha sido criticado por “refritear” sus propias ideas y publicarlas varias veces como artículos de revista o periódico, luego como libros y a veces como capítulos de nuevos libros.⁶⁶

Por otro lado, ese afán desmedido por huir de la fama, no sólo lo oculta sino lo destaca. En los índices de *Vuelta* se publica una foto del tamaño de la página con todo el equipo que hacía la revista, ahí aparece Zaid, sí, pero sólo su silueta negra; seguramente pidió, exigió, que se bloqueara su imagen.

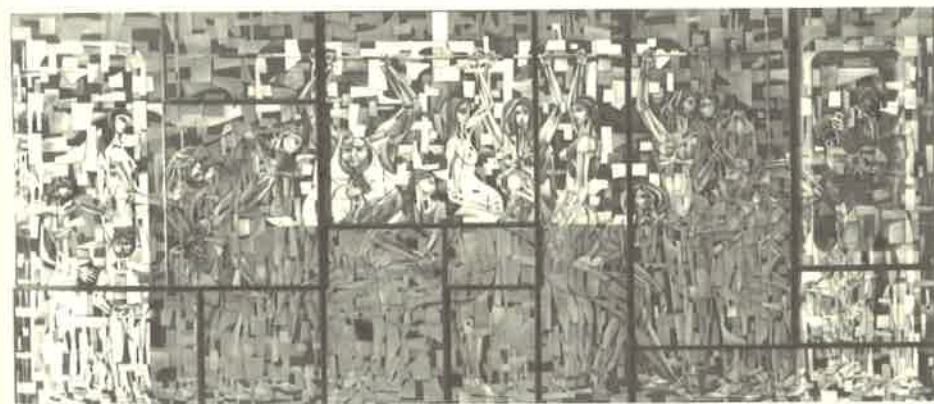
Krauze, quien se declara incapaz de resolver el “misterio Zaid”, agrega: “No todo

el mundo tiene esa heroica vocación de soledad. Ni siquiera Quevedo que pasó buena parte de su vida practicando una lúcida esgrima intelectual con y contra el Conde Duque de Olivares. Ni siquiera Zaid, lector ontológico. Aunque imagina, como Borges, el paraíso bajo la especie de una biblioteca, ha confesado que se ‘enamora perdidamente’ de una ‘interrupción’ —la pintora Basia Batorska, su mujer— y a los 60 años gusta más de lo que confiesa de esas otras ‘interrupciones’ que hacen más legible nuestro tránsito: las interrupciones de la amistad cultural”.⁶⁷

“Cuando estaba escribiendo la Suma, Santo Tomás la abandonó por una interrupción, en la cual quedó absorto. Había visto el paraíso. Todo se volvía legible, sin necesidad de más. Lo comprendí al enamorarme perdidamente de una interrupción, mareado por el deseo de leer en ella todos los libros”.⁶⁸

En uno de sus últimos artículos en *Vuelta* escribió sobre algunos sentimientos personales: el anhelo que invade a los capitalinos de volver al terruño, a la patria chica, y dice: “La otra solución es tener algo provinciano en México. Hay barrios de la ciudad que, en cierta forma, reconstruyen la provincia perdida, como una forma de equilibrio. Y yo mismo, hace algunos años, sentí que recuperaba algo de mis orígenes, cuando logré tener mi casa y mis oficinas a una distancia que se recorre a pie. Tener el privilegio de ir a comer a la casa me hizo sentirme provinciano otra vez.

“En las noches, paseando por el barrio con mi mujer, con el pretexto de escoltar al perro, siento que vivimos en otra ciudad. Mi mujer es amiga de algunos eucaliptos, que se animan mucho cuando los saluda, y hasta han vuelto a crecer, desde que se sienten acompañados. Y yo me siento en la provincia y en la capital de los milagros”.⁶⁹



61. Silvia Isabel Gámez, “El tiempo ganado de Arteola”, *Reforma*, México, 21, oct., 1998, p. 4C.

62. *Reforma*, Suplemento *El Ángel*, 13, nov., 1994, p. 2. En esa ocasión se publicó una selección de aforismos “zaidianos” preparada por el mismo Sergio González Rodríguez.

63. *Cómo leer en biótopo*, “En defensa de Pellicer”, *Obras* 3, p. 177.

64. *Ibid.*, “Este era un gato”, p. 128.

65. Cf. Guillermo Sheridan, “Respuesta del escritor demediado”, *Vuelta* 179, México, 1991, p. 48: “Zaid pasea por las cifras y los porcentajes y se alegra de encontrarme un error”.

66. Joaquín María Aguilón, al comentar el texto *Los demasiados libros*, que quedó como finalista para el premio Anagrama de 1966, www.udm.es/info/especulo/numero4/zaid.htm

67. E. Krauze, *op. cit.*

68. “*Curriculum vitae*”, *op. cit.*

69. “Fin de siglo en el Valle de México”, *op. cit.*



JULIO HUBARD

¿De Zaid? Que lleva la poesía a su molino

El poeta y filósofo Julio Hubbard, con el refinado humor que lo caracteriza y que en más de un sentido recuerda a Chesterton, nos entrega un análisis de la poesía de Zaid. Inimitable, poseedora de todas las técnicas de la tradición –a las que Zaid ha sabido darle el sesgo particular que la hace tan moderna–, su poesía, nos dice Hubbard, es una celebración del mundo redimido y de la creación de los hombres que continúan la obra del Creador.

— CUANDO ME CANSO, ME CONFUNDO, ME HAGO bolas, suelo buscar aire y claridad en algunos poemas. Con frecuencia, elijo a Gabriel Zaid, porque ya sé cómo me levanta el ánimo ese gusto de oír –y decir– cómo canta la inteligencia, pues en eso consiste, según Pound, la más alta poesía: la danza del intelecto entre las palabras.

Esa es una de las más notables características de Gabriel Zaid, de todo Zaid y no sólo de su poesía. Para decirlo de modo sencillo, cuando leo sus poemas o sus ensayos, me descubro repitiéndome, a solas, calladamente, frases mentales, del tipo de los ripios críticos con que uno acompaña y tasa sus lecturas. Me repito con frecuencia cosas como: “yo quiero ser inteligente”, que es una intuición muy distinta a la que percibo en mí cuando leo, por ejemplo a Hegel, que me hace repetirme cosas como: “yo quisiera entender”. La diferencia

notable está en el modo del verbo: el marcado carácter de irrealidad del subjuntivo con que se lee lo abstracto cuando es abstruso, en la literatura de Zaid se convierte en un muy grato indicativo: su obra me da, me agrega, una inteligencia que dialoga conmigo y evita que la cabeza se me haga grumos, como suele suceder a cualquiera que cree que, para pensar, uno mismo es suficiente. Zaid es una de esas inteligencias tan nítidas que logran llevar a su lector tan lejos como él mismo; por eso su lectura nos deja la sensación de ser más listos, más perspicaces, en una palabra: nos hace más inteligentes de lo que somos.

La mejor descripción para englobar su obra es ésta: “No hay vez que lea a Zaid sin aprender algo o descubrir algo”. Esto, o algo muy semejante, me dijo Hugo Hiriart, otro escritor –por cierto, de los muy pocos capaces de pensar por propia cuenta y sin la

certeza de la suficiencia. El caso, en fin, es significativo por lo que indica, de modo inmediato, en un escritor de prosa, pero, ¿y en un poeta? La cosa empieza a parecer extraña y, en efecto, con cada lectura se vuelve más rara. Es cierto que basta el canto bien hecho para el primer goce del poema y que, más allá, es añadidura. Sin embargo, quiero volver sobre mi propia experiencia. Todavía recuerdo cómo, por allá de los últimos setenta, descubrí en Zaid asuntos asombrosos de métrica, rima, aliteración que, simplemente, me parecían fabulosos y casi imposibles. En primer lugar, por su sencillez: casi todos los poemas de Zaid se componen de una sola secuencia musical. No siempre fue así. Su primer grupo de poemas, o libro, *Fábula*, todavía guarda una suma de voluntades, puestas y dispuestas de muy tradicional modo, notablemente bien logrado, pero eso: eran aún

poemas hechos con partes sonoras; la imagen de una pecera con lechuga no es un acotado de cosas, es una sola imagen, pero su escansión está más hecha que hallada. Sus primeros poemas están hechos, fabricados todavía en sus estrofas. Y esto no tiene nada de peculiar: casi toda la poesía se ha hecho así. Sin embargo, al final de *Fábula* aparece “Alba de proa”, donde comienza a verse esa fascinación por una sola cadencia, una sola secuencia, una música sin agujeros, sin alargar:

Navegar

Navegar.

Ir es encontrar.

Todo ha nacido a ver.

Todo está por llegar.

Todo está por romper

a cantar.

A partir del siguiente libro, *Seguimiento*, va apareciendo cada vez más esa voluntad peculiar (que, a mi juicio, alcanza una rara cima en "Fray Luis") donde una sola unidad musical se convierte en el modo en que lo real cobra relieve.

Durante años quise copiarlo y no pude; en el camino aprendí otras cosas y pequeños secretos pizcados entre los ápices y las aristas breves de sus recursos (todavía sigo sin entender por qué funciona tan bien el acento chueco del tercer verso. ¿Serendipia?). Diez años después quise ver si ya podía hacer poesía zaidiana: nuevo fracaso, pero también, nuevo aprendizaje. Otros diez años, es decir, ahora, a veinte de haber leído estos poemas por primera vez, y creo que ya puedo decir con toda claridad que sigo sin poder imitarlo y sigo descubriendo secretos. Y me pongo en actitud de relojero o de desactivador de bombas, con intención de desmontar pieza por pieza, pizca por pizca y no llego todavía a comprender cómo diablos me asalta siempre el mismo júbilo de haber fallado.

Justo cuando uno cree estar a punto de despejar la última incógnita de la ecuación, el enigma vuelve a armarse y adquiere esa calidad de poema y no de pegamiento de asuntos menudos y meticulosos: el poema no es una suma de recursos sino un resultado vivo. Y el origen de sus poemas suele ser un elemento intransferible: una suerte de intuición y un instante en que sonido y sentido se vuelven una sola cosa, suficiente, necesaria y no compuesta de partes. Una especie de monada leibniziana.

Y por eso, Zaid no tiene discípulos, a pesar de que no pocos hemos querido serlo. No se puede imitar lo que Zaid hace, ni lo que da. Es igual con el sazón: aunque hubiera, y se siguiera, una misma receta, el resultado puede ser, en un caso la maestría y en el otro algo apenas pasable. Vaya: ni siquiera Zaid ha imitado a Zaid. Solamente se pueden copiar recursos y tics, técnicas y síntomas. Y aquí

reside otro secreto. La mayoría de los poetas cuenta con un pequeño puñado de trucos y recursos. El mismo Borges, poeta enorme, reconoce que su capacidad técnica se reduce a unos cuantos recursos. Zaid no opera como los demás: parece escribir sus poemas con una herramienta específica para cada uno, por más que sus artejos se construyan con otros, clásicos, tradicionales y conocidos por todos. Ninguno de sus poemas es resultado de una métrica estrambótica, pero tampoco, ninguno, casi, se ajusta a los hábitos con que suelen vestir las órdenes monásticas del metro. Lo suyo no es la clerecía sino la juglaría. Salvo la *Fábula de Narciso y Ariadna*, y los poemas siguientes, hasta *Alba de proa*, que son un puñado, y algún otro, cuando mucho diez en total, los poemas de Zaid tienen todos alguna novedad, alguna extrañeza técnica: sonetos rarísimos, o yuxtaposiciones de copla y versículo en el mismo poema, en fin, sucede que cada cosa lleva su ingenio distinto y su propio recurso y, aunque cualquiera pueda reconocer el metro de este poema y la escansión de aquel, o el esquema aliterativo o de rimas de tal otro, resulta, digo, que no hay modo de recoger algo que fuera una sintomatología zaidiana. Unas veces se trata de hallarle su piedra al sapo y, otras, su sapo a la piedra. Y aquí, para evitar confusiones, hay que decir que no se trata de un *monstruom artifex*. Zaid, en prosa y verso, es cercano a Ockham (y aunque esto es interesante, es tema de otro ensayo) y sus principios de economía son, en primer lugar, recursos de la inteligencia, no restricciones: no multiplicar innecesariamente los seres despeja enredos, sí, pero, además, después del análisis, las formas que quedan se vuelven claras y, sobre todo, necesarias. A cada cosa su forma, pero las formas son comunes a distintos seres. La imagen botticeliana del "Nacimiento de Venus":

Así surges del agua,
clarísima,

y tus largos cabellos son del mar todavía,
y los vientos te empujan, las olas te
conducen
como el amanecer, por olas, serenísima.

Así llegas de pronto, como el amanecer,
y renace, en la playa, el misterio del día.

Aparece otra vez en un contexto completamente distinto:

El mar insiste en su fragor de
automóviles.
El sol se rompe entre los automóviles.
La brisa corre como un automóvil.

Y de pronto, del mar, gloriosamente,
chorreando espumas y desnudeces,
sale un automóvil.

En este caso se trata de una misma primera imagen. Lo mismo puede ser un refrán: "La vida lleva el agua a su molino" que se completa años después, en otro poema: "La muerte lleva el mundo a su molino". A cada cosa su forma, aunque las formas puedan ser universales; cada verdad —ésa sí— su propia escansión. Zaid lleva el poema a su molino.

Ahora que lo pienso, la labor de Adán debe haber sido ardua y difícil. Amanecer con un tal encargo y, aun así, dormir tranquilo, con la certeza de que, entre los posibles, éste es un mundo estupendo y deleitable, donde nombrar las cosas no es una tarea de tantas. Es más bien menester del que sabe escuchar algo como esto:

Acata la hermosura
y ríndete,
corazón duro.

Acata la verdad
y endurecete
contra la marea.

O suéltate, quizá,
como el Espíritu
fiel sobre las aguas.

Nada menos dionisiaco, nada menos dado a la ebriedad que esta medida cantable, musical.

Nietzsche decía que lo apolíneo era aquello del sueño y la escultura, y lo dionisiaco, el vástago de la ebriedad y la música. Nietzsche decía esto porque le quedaba demasiado cerca aquel descomunal tapir, genial sin duda, que era Wagner; pero si la flauta es de Dionisios, la lira es de Apolo. Además, tampoco entendía, no podía entender, ni la luz ni la temperatura de por ejemplo el mediterráneo oriental. Y, en México, tenemos dos poetas mediterráneos: Xirau, del Occidente, y Zaid, del Oriente. En efecto, Zaid es apolíneo como el que más, pero no ateniense sino efesio o aún más oriental. Incluso cuando habla de ebriedad, en dos o tres de sus poemas, habla de la moderada iluminación, no de las bacanales, y su temperamento musical está que ni mandado hacer para contrariar la taxonomía del filósofo del martillo.

El mundo que Zaid encuentra, aunque en orden, es hijo del misterio, pero también de la alegría, y este es un mundo realmente extraño en la poesía contemporánea. Es un orden emparentado, en idea, no en textura, si acaso, con el de Pellicer y el jardín de Manuel Ponce, pero difiere en su orden algebraico y geométrico, en su afán de ver en el mundo, a la vez, la máquina apolínea, de factura humana, y la naturaleza, don del misterio. Pero mientras que por la selva de Pellicer la imaginación se abre brecha a machete, la noción del mundo agreste, o infuso, es completamente ajena a Zaid. Incluso aunque el poema se llame "Internándose en la maleza", el mundo está siempre, irremisiblemente, en orden:

Largo orinar filosóficamente,
los ojos en las nubes lentamente barridas

por lo que pasa: el viento,
las hojas, la frescura,
una lluvia que hubo antes de estar aquí,
una vida que hubo, que hay
y cuyo paso
nos hace compañía.

Al paso, lentamente volver
a engolfarse en la vida.

¿Hay algún otro poeta que, hoy, en la era
de los verdes, pueda habitar un mundo en que
lo agreste y lo civil sean igualmente mundo;
estén igualmente en orden, sin fronteras? Al-
go de inquietante tiene –porque es cierto: así
sucede– que orinar sea un motivo filosófico.
Años después, el mismo motivo se repite, se
confirma y se transforma en uno de mis poe-
mas favoritos:

La urgencia y qué
sumergida en el sueño
tantos años después. La casa a oscuras
por el camino al baño. Claridad

de versos olvidados,
de fragmentos de luna entre las ramas,
como una extraña cita de memoria,
acudiendo de siglos, esperándome

en la ventana, recobrando la forma
de un soneto que vuelve en el ramaje
sonámbulo de versos, tantos años
después.

La urgencia y qué mueve la luna,
la memoria,
la vejiga en las sombras.

Y más raro: no es sólo ironía, ambos poe-
mas son votivos.

Hay una calidad de insobornable en la re-
lación de Zaid –de todo el escritor, en prosa
y verso– con la realidad tangible del mundo,
una calidad que pareciera hacerlo inmune a

ideologías, autoengaños, fantasmones de las
modas de los ripios. Y, así como botticeliano
es un automóvil, el resto de la obra zaidiana
comparte esta suerte de limpia desnudez. Una
desnudez de ambos, la mirada y lo mirado, la
percepción y las cosas. Y me explico: no es la
desnudez exhibicionista de nuestra actual las-
civia, que ha pasado, en breve lapso, de las ro-
dillas al ombligo, del ombligo a todo el cuer-
po y, luego, por vehemencia de incremento,
hasta las tripas. Pero mostrar el páncreas ya
no es desnudez. No es asunto de quitarse la
ropa y todo, sino de atender lo que se imbricó
en nuestra expulsión del paraíso: una des-
nudez como condición, a un tiempo, de be-
lleza falible y fragilidad de la creatura. Cosa
débil y hermosa.

El mundo de Zaid no es complicado; bas-
tan algunas intuiciones: lo real, lo dado, es un
milagro de orden y de inteligencia; las obras
de los hombres, cuando bien hechas, suelen
continuar la tarea de la creación. Zaid no es
amigo de la zarandaja de la otredad librada
al gas, al caos, sin eslabón con el Uno prime-
ro; de hecho, lo sorprende –como a Chester-
ton, por ejemplo– el milagro de que las co-
sas sean precisamente lo que son. De pronto,
con júbilo incluso, el mundo de siempre se le
vuelve extraño:

¡Qué extraño es lo mismo!
Descubrir lo mismo
Llegar a lo mismo.

¡Cielos de lo mismo!
Perderse en lo mismo.
Encontrarse en lo mismo.

¡Oh mismo inagotable!
Danos siempre lo mismo.

Porque corren días de otredad, no des-
nuda, desliada, parece como si hubiéramos
perdido la referencia y proporción de todo y
de uno. Son días dionisiacos los que pululan

por los más actuales libroles teoriquísimos,
incomprensibles.

Por eso creo que el título con que Zaid
recoge su obra poética es el más atinado. El
reloj de sol es, tal vez, el artefacto más apo-
lítico, más incluso que la clepsidra, con su
correr de agua limpia, pero llena de náyades.
El reloj de sol no violenta nada, no concita
diablo alguno; es el resultado de partici-
par en la observación y adivinarle una me-
sura y geometría a la misma luz. Cosas de
aquellos árabes. Además –cosas del orfebre
que es– *reloj* es una palabra de esas que un
verdadero poeta sabe cortejar, amar y tem-
er. Sólo tiene una rima posible: boj, que
es palabra de uso nulo y arbusto que casi
nadie sabría reconocer, a pesar de que se
le ve por todos lados. Reloj actúa, en su es-
cansión, igual que tiempo, que no tiene ri-
ma posible, pero es más breve. Pero, de nue-
vo, la diferencia entre un reloj y el tiempo
infuso es la puntualidad. La poesía de Zaid
es eso: puntual.

Me viene a la memoria un poema homó-
nimo de Quevedo. No sé si hay o no una re-
lación entre ambos, pero el juego me gusta,
porque redime. Dice Quevedo, después de
veinte versos, que:

ves tu muerte en tu vida retratada,
cuando tú, que eres sombra,
pues la santa verdad así te nombra,
como la sombra suya, peregrino,
desde un número en otro tu camino
corres, y pasajero,
te aguarda sombra el número postrero.

En fin, Quevedo es un prodigio que siem-
pre acaba en tumba, en culpa, en sombra
(aunque esto suene a Góngora). Al espíritu
sombrio, todo le da en el pecho, todo le carga

las espaldas y no halla luz ni ligereza. El *Reloj
de sol* zaidiano es lo contrario:

Hora extraña.

No es
el fin del mundo
sino el atardecer.

La realidad,
torre de pisa,
da la hora
a punto de caer.

(¿Ya se ve por qué mi incomodidad? El
poema es impecable y, sin embargo, no sólo
su escala, digamos, cromática, sino su metro
es muy raro, raro y hermoso: canta y fluye sin
que la síncopa pese ni tropiece).

Quiero leer, en estos poemas, que Zaid to-
ma del brazo a Quevedo y le dice que no es
para tanto, que sufrir así no es ni sano ni bue-
no, que la sombra es breve, precisa, sabrosa si
se tiene en cuenta que el reloj sólo es puntual
gracias al sol:

Sol en la mesa.

Dios está aquí.
Perdido en el abismo
de un vaso de agua
demasiado visto.

Dios está aquí.
La brisa, el sol, la mesa
no son Dios. Mis ojos
no son Dios.

Dios está aquí.
Se movió la ventana,
y el Espíritu Santo
bailó en un vaso de agua.

BRAULIO HORNEDO

Gabriel Zaid.

Una poética libertaria para

Braulio Hornedo, uno de los más asiduos lectores de Zaid, Reyes e Iván Illich, nos presenta en este ensayo el amplio sentido que la poesía tiene en la vida y obra de Gabriel Zaid.

Para Moon Tze (21) y Jazmín (30)

Solitario misterio solidario

ENRIQUE KRAUZE PUBLICÓ EN SU LIBRO *Mexicanos eminentes*,¹ un capítulo dedicado a Gabriel Zaid que, tomando las últimas líneas del cuento de Albert Camus, "Jonás o el artista en el trabajo", tituló: "Solitario, solidario". En ese texto, el poeta filósofo Gabriel Zaid es presentado como un misterio. Un misterio que intrigaba la inteligencia de Daniel Cosío Villegas y de Octavio Paz, entre otros notables interlocutores.

"Explíqueme usted el misterio Zaid", le pidió a Krauze su mentor, el historiador Daniel Cosío Villegas. Krauze se declaró incapaz de responderle y prefirió presentarlos. Ya no supo si se volvieron a ver. Sin embargo, Zaid le dedicó a Cosío Villegas su lección inaugural al ingresar en El Colegio Nacional, en 1984, asimismo Krauze asegura que don Daniel le dedicó sus últimas lecturas a don Gabriel,

aunque parece ser que murió sin despejar del todo este insondable misterio.

Y es que Zaid parece encarnar el mejor ejemplo del pensador original e independiente que, al saber estar solo, se tiene en plenitud. Filósofo poeta, diría Santayana; empresario y anarquista, imaginó Pessoa; creyente devoto y rebelde irreverente; crítico preciso con humor implacable y tino impecable; lector atento e incansable de la poesía en la práctica que hace el mundo un poco más habitable en cada lectura que se torna práctica; lúcido profesional desprofesionalizado de visiones estrechas ceñidas al burro de noria del progreso improductivo, tal como lo vislumbró Iván Illich en el legendario CIDOC entre 1966 y 1976 en Cuernavaca.

Gabriel Zaid es un caso insólito de un poeta imaginativo y original, que también es ingeniero industrial y empresario. Practicante

bailar danzón en bicicleta

habitual de agudos ejercicios de crítica política, económica y sociocultural, combinados con una tenaz labor de empresario editorial, animador cultural y consultor industrial. Empresario libre y creador de empresarios creadores, de esos empresarios tan escasos como urgentes, de los que tanta falta hacen para enfrentar creativamente el progreso improductivo.

Ciertamente muy poco se sabe de su persona física, y él pareciera empeñado en que se sepa lo menos posible del individuo, evitando participar en el circo de la cultura del espectáculo. De acuerdo con Enrique Krauze, Zaid nunca ha dado una entrevista; tiene por norma no hablar con –ni conocer– políticos; no imparte conferencias o presenta ponencias; no se toma fotos públicas e impide que se las tomen; no participa en el show académico ni

polemiza con "intelectuales orgánicos"; según parece, su simple deseo es ser recordado única y exclusivamente por su obra.

Hijo de inmigrantes palestinos, nació en Monterrey, Nuevo León, en 1934. Ingeniero industrial por el Instituto Tecnológico de Monterrey, con una tesis sobre la industria editorial, tiene (cosa rara entre los poetas, pero no así en Valéry o Zaid) una sólida formación en ciencias, matemáticas y economía, pero también en poesía, política y filosofía; desde 1964 encabezó una empresa de consultoría industrial y publicaciones especializadas;² ha publicado en revistas como *Siempre!*, *Contenido*, *Plural*, *Vuelta* y *Letras Libres*; es miembro de dos de las más importantes instituciones culturales de nuestro país: El Colegio Nacional³ y la Academia Mexicana.⁴

² www.wibcon.com.mx

³ www.colegionacional.org.mx

⁴ www.academia.org.mx

¹ Tusquets, 1999.

Pero consiéntanme que sea el mismo autor quien se presente con este singular poema en prosa titulado "Curriculum vitae",⁵ que me permite transcribir íntegro para cerrar esta breve presentación de nuestro "misterioso poeta", pues a confesión de parte, relevo de pruebas, dice el aforismo. ¿No dijo Goethe: "Todas mis obras son fragmentos de una confesión general"?

Me mareaba en los pasillos, entre los anaqueles cargados de libros de la biblioteca del Instituto Tecnológico de Monterrey, a cuyo interior tenía acceso, gracias a una concesión muy especial, que me permitía explorarla horas y horas, y marearme.

"Curriculum vitae"

"Se encuentran dos amigas en la calle. El niño, de la mano, mientras hablan, se distrae deletreando los rótulos, hasta que la otra se da cuenta:

-Pero, ¿sabe leer?

-Por lo visto-, dice mi madre.

"Había una señora que tenía la casa llena de novelas, y que las alquilaba con mucho ministerio: sondeando al lector, platicándoselas un poco, tomando en cuenta lo que ya había leído. Más de una vez acompañé a mi madre. No sé si por tratarse de mí, o porque esas novelas prefería, en una toserina me leyó *El infierno verde* de Gonzalo de Reparaz. Se me grabaron las pirañas, y las maravillosas vacaciones. Había que alejarme de otros niños, ponerme en cuarentena, darme leche de burra. Todo lo cual era más fácil yéndonos a una huerta donde mi

madre, para distraerse y distraerme, leía en voz alta, con algunos silencios en pasajes inconvenientes. Era el paraíso: haber raptado a mi madre, y andar de exploradores en las selvas amazónicas.

"Mi padre perdió la vista y casi todo mientras maduraban sus cataratas. Quizá por eso, él, que nunca me gritaba, me gritó. Hubo un apagón. Había luna. Me salió a leer, con el libro muy cerca de los ojos. -¡Te vas a quedar ciego, como yo!-, me dijo para prevenirme. Pero yo lo escuché como una maldición. A veces siento que estoy viendo cuando no hay que ver, que cometo algo horrible contra el cielo, que voy a perder la vista.

"Estoy leyendo y a mi madre se le ofrece no sé qué:

-Hijo, tú que no estás haciendo nada...

"No sé cómo descubrí una biblioteca pública en el palacio municipal. No tenía muchos libros, ni mucha concurrencia, pero nadie me interrumpía y, desde la primera visita, me llegó el olor a tinta de imprenta, a papel embozado, que todavía recuerdo. Aquel olor tenue, recatado, acentuaba el silencio, que no era silencio, porque las puertas daban a una calle céntrica y a la plaza principal; pero que yo sentía como silencio, porque estaba ahí, entre libros, sumergido en aquel viaje, aquel incienso. Leí fascinado el *Tesoro de la juventud* y otros libros llevados por el azar, como el itinerario del autor dramático de Rodolfo Usigli. En primaria había escrito un juguete teatral, que se puso en clase. En preparatoria, escribiría después un sainete en verso que llegó al Teatro Rex.

"Estoy leyendo un libro de texto, el de geometría. Me hace cosquillas no sé qué en el corazón: la elegancia, el suspenso, los episodios de la argumentación, la música de la consecuencia, el tantán maravilloso del *Quod erat demonstrandum*. Me siento emocionado, agradecido.

"Me mareaba en los pasillos, entre los anaqueles cargados de libros de la biblioteca del Instituto Tecnológico de Monterrey, a cuyo interior tenía acceso, gracias a una concesión muy especial, que me permitía explorarla horas y horas, y marearme. Así descubrí un librito que llegué a saberme de memoria y hasta quise poner en ecuaciones: *La Fábula de Equis y Zeda*. ¿Por qué me mareaba? Según el oculista, la miopía era tan leve que podía usar o no usar lentes. Años después, pensé que era el mareo de una ambición: leer todos los libros.

"Desde que empecé a leer, la vida (lo que la gente dice que es la vida) empezó a parecerme una serie de interrupciones. Me costó mucho aceptarlas, y a veces pienso que sigo en las mismas. Que en vez de dejar el vicio, lo llevo a todas partes. Que sí, por fin, salí a la realidad (lo que la gente dice que es la realidad) fue porque también me puse a leerla.

"Componer el mundo: releerlo, rescribirlo, acabar con la fealdad, la estupidez, la injusticia, que lo vuelven ilegible. Hacer del ruido música, de la interrupción diálogo.

"Cuando estaba escribiendo la *Suma*, Santo Tomás la abandonó por una interrupción en la cual quedó absorto. Había visto el paraíso. Todo se volvía legible, sin necesidad de más. Lo comprendí al enamorarme perdidamente de una interrupción, mareado por el deseo de leer en ella todos los libros.

"Señor, no me castigues por haber leído. Lo he pagado con interrupciones y trabajos para ganarme el pan y servir a los demás. Concédeme el paraíso de leer sin que me interrumpas. La interrupción que es lectura dicha. El eterno recreo de leer y ser leído en los ojos de mi mujer, en las nubes y en los árboles de un cielo nuevo y una tierra nueva, en la conversación de todos con todos, resucitados en tu libro.

"Epitafio:

"Murió reconciliado con el misterio de haber nacido".

Una constelación binaria. Reyes y Zaid

Este lector insaciable que imagina el paraíso como una lectura sin interrupción, o bien como una interrupción que deviene conversación dichosa de todos con todos, no niega la cruz de su parroquia al insertarse con norteña claridad en esa poderosa y a veces subterránea corriente de una tradición poética en la cultura mexicana reciente (López Velarde, Pellicer, Ponce, Zaid y en la siguiente generación: Hubbard y Sicilia).

¿Cómo es entonces que me propongo identificar las "simpatías y diferencias" en la obra poética de dos escritores, tan aparentemente diferentes, como fundamentales en la cultura mexicana del siglo xx? Y aunque ambos nacieron bajo la cálida sombra del Cerro de la Silla, en Monterrey, Nuevo León, ambos difieren en los orígenes, la formación y, de manera notoria, en la relación del poeta con el poder.

Al paladear la lectura de la obra poética de Reyes y Zaid, quedo convencido de que iluminan una buena proporción del firmamento de la poesía mexicana contemporánea, sin que pretenda con esto desconocer que en este universo contingente, personal e imaginario existen otras fulgurantes luminarias. Simplemente deseo concentrarme en identificar y explorar esta constelación binaria, que me deslumbró al descubrirla y que lo sigue haciendo cuando la veo resplandecer luminosa al despuntar el alba de la vigésima primera centuria.

Los "Soles de Monterrey" (como me permití bautizar a mi constelación) se caracterizan, en una superficial primera aproximación, más por sus abundantes diferencias que por sus aparentemente escasas afinidades. Sin embargo, al enfocar la visión y decantar la lectura, se descubre, como en los archipiélagos, que estos dos poetas están unidos precisamente por aquello que parece separarlos.

En efecto. "Nada parece más ajeno a la obra de Reyes que el espíritu religioso. Su

⁵ Publicado en el número 115 de la revista *Vuelta* en junio de 1986.

herencia liberal (y hasta masónica: su padre, como casi todos los hombres del poder entonces, era importante en la masonería); su afición de Grecia, de Goethe, de la Francia libertina; su gusto por la vida, su optimismo, su olímpica sonrisa (que vuela sobre el mal, en vez de sumergirse en la conciencia desgarrada) parecen indiferentes a la fe, la duda, la negación, comienza diciendo Gabriel Zaid en la introducción de su ensayo "Poemas religiosos de Alfonso Reyes";⁶ y sin embargo encontramos una constante (no tan evidente para el lector de oídas y superficies), en la *Constancia poética* alfonseña, "constancia" que significa a la vez continuidad y documento probatorio del oficio de poeta, como el mismo Reyes señala.⁷

De lo que se trata, quizá, es de transformar la vida en poesía, hacer la poesía en la práctica de nuestra vida cotidiana, en la cocina y en la cama, en el trabajo y la diversión.

Esta es una constancia de una profunda espiritualidad, aunque soterrada, pero que ya aparece en un atisbo desde su primera salida en letras de molde con los tres sonetos titulados "La duda", publicados en *El Espectador*,⁸ hasta el poema titulado "El llanto",⁹ fechado el 19 de octubre de 1958, esto es, escrito a los 69 años, un poco más de un año antes de morir (el 27 de diciembre de 1959) y que quizá es, como apunta el propio Zaid, su último poema publicado.

Esa constancia, oculta con pudorosa discreción por Reyes, son los sentimientos

religiosos, pero unos muy singulares sentimientos religiosos, imposibles de encajonar en la cultura religiosa ortodoxa o aun en la profunda raigambre de las tradiciones populares mexicanas; aunque tampoco, desde luego, en la perspectiva jacobina del ateísmo vulgar "científico materialista".

Esa religiosidad no tiene que ver ni con el catolicismo, ni con el budismo, ni con Alá, ni con Mahoma, ni con cualquier otra religión formal. Sin embargo, persiste discretamente a través de la poesía de Reyes como una expresión del natural asombro de una inteligencia libre, ante los insondables misterios sobre los cuales no es fácil hablar y mucho menos aún tomar partido.

"Más allá del bien y del mal, en la aurora del superhombre liberado y liberador de la especie humana, la cultura moderna daba por superado el cristianismo de su origen, y se disponía a enterrarlo. Pero, en el ocaso del segundo milenio (más que de los dioses), ya no está tan claro quién va a enterrar a quién: si la cultura moderna al cristianismo o el cristianismo a la cultura moderna. De la modernidad postcristiana puede surgir un cristianismo posmoderno",¹⁰ sugiere Zaid, señalando una posibilidad comprometida con un cristianismo no tan presente, ni mucho menos frecuente, en la cultura mexicana contemporánea.

Estas líneas se proponen apenas un panorámico chapuzón, como un preparativo y una invitación al lector para una inmersión posterior en tan profundas inmensidades, donde el jacobinismo de unos y la obstinada miopía de otros obnubilan con frecuencia la libre discusión de las ideas y las creencias por y para la vida, por cultivar en nuestros

actos cotidianos una práctica creadora que nos permita: "Componer el mundo: releerlo, rescribirlo, acabar con la fealdad, la estupidez, la injusticia, que lo vuelven ilegible. Hacer del ruido música, de la interrupción diálogo."

La poesía en la práctica de un empresario anarquista

"Hay que ver la poesía en la práctica: en el mundo del trabajo y los negocios, del prestigio social y el poder político, de la ingeniería y las computadoras, de la vida amorosa y cotidiana", nos exhorta Gabriel Zaid al inicio de ese maravilloso manifiesto poético titulado: *La poesía en la práctica*.¹¹

"Querer que la poesía sea todo es el comienzo de querer que todo sea poesía. Una vida inspirada, una vida que fuese enteramente creadora, no podría limitarse al dibujo o al violín, ni sacrificarse a una obra, por grandiosa que fuese."¹² Esta ambición desmesurada por hacer de la vida poesía aparece también en la advertencia con la que abre la primera edición de *El arco y la lira*.¹³ Allí, Octavio Paz formula en apenas tres interrogantes un anhelo de proporciones semejantes: "Desde que empecé a escribir poemas me pregunté si de veras valía la pena hacerlo: ¿no sería mejor transformar la vida en poesía que hacer poesía con la vida?; y la poesía ¿no puede tener como objeto propio, más que la creación de poemas, la de instantes poéticos? ¿Será posible una comunión universal en la poesía?"

De lo que se trata, quizá, es de transformar la vida en poesía, hacer la poesía en la práctica de nuestra vida cotidiana, en la cocina y en la cama, en el trabajo y la diversión y, en este sentido, Zaid sintetiza puntualmente: "La práctica no es algo estrecho, mecánico

y sin misterio, sino creación; y la poesía es práctica: hace más habitable el mundo". Y es poéticamente como el hombre habita en esta nuestra madre la tierra, como lo anunciara el poeta Hölderlin en su visión precursora y lo interpretara magistralmente Martin Heidegger en su libro *Arte y poesía*.¹⁴

De forma coincidente, Alfonso Reyes señala la impostura de creer en la separación de las actividades creadoras y las actividades prácticas como dos dimensiones diferentes y hasta excluyentes. No hay teoría sin práctica, ni práctica sin teoría. "Hay quienes dicen que los poetas son ineptos para la acción; hay quienes creen que los niños no sufren; hay también quienes aseguran que el hombre es sencillo. Caben todas estas especies en el mismo género de error".

Zaid lo plantea directo, con su habitual sinceridad nortea y lógica ironía: "No hay de un lado la vida práctica y del otro la vida creadora. Un hombre creador que no es práctico es un mal artista. Un hombre práctico que no es un creador, no es un hombre práctico, es un burro de noria".

En esto de vivir —perdonando la perogrullada— lo importante es la vida. Vivirla con plenitud, como una celebración constante, conciliando necesidad y libertad con salud y felicidad.

Hacer el mundo habitable con nuestra práctica creadora en la vida cotidiana, es, en resumen, una de las tesis centrales de esta poética zaidiana de la poesía en la práctica.

6 Obras II, El Colegio Nacional, México, 1993, pp. 531-540.

7 Obras completas de Alfonso Reyes, FCE, México, t. X, p. 7.

8 Monterrey, 28 de noviembre de 1905.

9 Obras completas X, op. cit., p. 238.

10 Op. cit., p. 300.

11 Lecturas mexicanas 98, FCE-SEP, México, 1985.

12 Op. cit., p. 63.

13 FCE, México, 1956.

14 FCE, México, 1997.

Hacer el mundo más habitable quiere decir reducir la violencia, el dolor o la injusticia de nuestras vidas. "La cuestión de la vida –dice Zaid– es más importante que la cuestión de los versos, los negocios, la política, la ciencia o la filosofía".

Y es que en esto de vivir –perdonando la perogrullada– lo importante es la vida. Vivirla con plenitud, como una celebración constante, conciliando necesidad y libertad con salud y felicidad. Acordándonos de vivir.

No es casual que Alfonso Reyes eligiera como epígrafe: "Acuérdate de vivir", una frase del *Wilhelm Meister*¹⁵ que le sirve para iniciar y glosar su libro: *Trayectoria de Goethe*, biografía intelectual de su "íntimo mentor", semblanza heroica de ese epipoeta monumental, polígrafo enciclopédico al cual tan gallardamente supo encarnar Reyes en su propia obra. Tampoco es casualidad, pero sí causa de llamar la atención, como bien apunta Zaid, que hacia el final de su vida Goethe escribiera: "Cuanto más lo examino, más me parece que lo importante de la vida es vivir".

Vivir y leer agradecido por el privilegio de haber leído, vivir la vida que otros soñaron en el placer de la lectura, escuchar con nuestros ojos a los muertos y ser escuchados por los

que aún no han nacido. Milagro portentoso como el de la poesía en la práctica que hace el mundo más habitable al sembrar un árbol cantor bailando un danzón en bicicleta.

Para Gabriel Zaid en sus 70

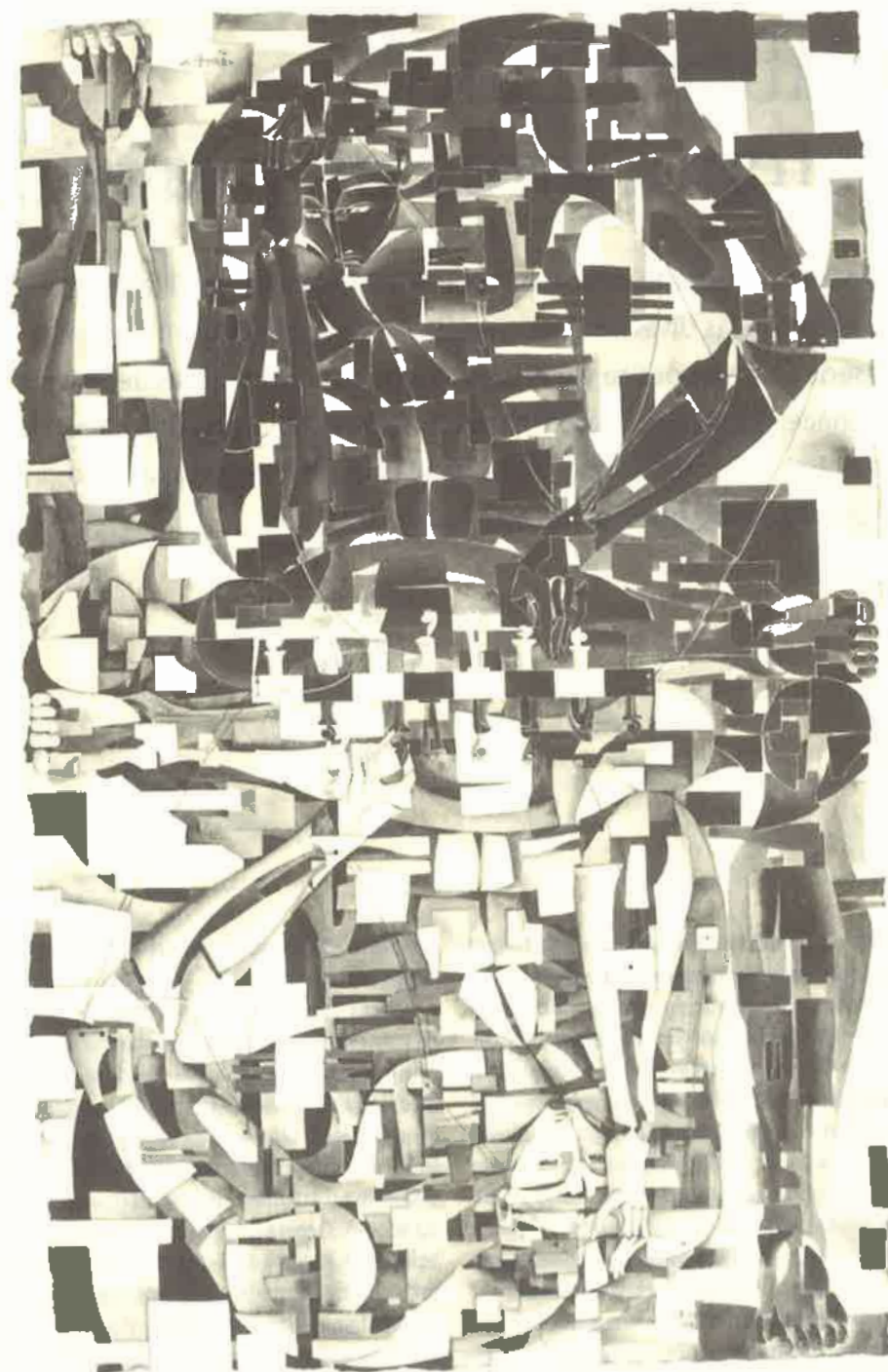
Árbol que canta

Un necio y un sabio no ven el mismo árbol
W. Blake

En el espejo del pasado palpitante
con lujuriosos abrazos
de muros enraizados
piedra, cal y cantos emplomados
entreverados troncos y follaje galopante.

Raíces adosadas como arterias
nervios sus ramas emplumadas,
atisbos escuchando con tres ojos
venas rebosantes de gardenias,
lecturas de murmullos y moradas.

Arquitectura que canta con centellas,
amorosas jaçarandas y laureles,
habitar andando las ancestrales huellas
dispuestas con solícitos vaivenes,
amates, tulipanes y estrellas. 





MINERVA MARGARITA VILLARREAL

Gabriel Zaid, setenta años de práctica

mortal

La poeta y ensayista regiomontana Minerva Margarita Villarreal, se sumerge en las diversas ediciones de la poesía de Gabriel Zaid para desentrañar su poética y enfrentarla a otras percepciones del mismo quehacer. Ensayo riguroso y penetrante, "Gabriel Zaid, setenta años de práctica mortal" es una crítica lúcida cuya luz invita al diálogo sobre el sentido que guarda esta forma del arte.

PARA TRATARSE DE UN POETA QUE UBICA SU registro esencialmente en el terreno del poema breve, del soneto, y específicamente del epigrama de filiación latina –agudo en ironía y eléctrico en sarcasmo–, a Gabriel Zaid, célebre por el desvelamiento de la realidad, el ingenio no siempre lo congracia. No se trata, como señaló Octavio Paz, de un poeta religioso y metafísico y –por eso mismo– de un poeta del amor en cuyos poemas “opera de nuevo como una potencia transfiguradora de la realidad. Esa transfiguración no es cambio ni transformación sino desvelamiento, desnudamiento: la realidad se presenta tal cual.” El comentario de Paz, si se

observa con atención, es preciso, pero contradictorio.

No es que la realidad se presente tal cual, es que el poema brinda la certeza de asirla porque abre una puerta, y el aire de la realidad sale de su vacío para llenarnos. Así podemos penetrarla, estar en ella como generalmente sucede que no estamos. La realidad no se presenta tal cual, es el poema el que nos abre su acceso. Y casi siempre, en la poesía de Gabriel Zaid, la clave es el extrañamiento, se produzca éste por medio de la ironía o de la perplejidad ante la vida cotidiana.

Esa chispa despiadada de dejar al pueblo desprovisto y señalar la humanidad

por los detalles que la constituyen y que solemos esconder, es uno de sus máximos atrevimientos.

Pero no hay transfiguración que opere. Hay una incisiva manera de arriesgar en la denuncia de la falla, de la humanidad que crece cuando sus fallas se desvelan. Porque desnudos, en la intimidad más próxima, van cayendo las etiquetas y las máscaras. Y crecemos al encontrarnos. El amor, en los poemas de Gabriel Zaid, es siempre el hallazgo de un encuentro con la desnudez como posibilidad de emergencia del ser, como realización única.

La desnudez es el despojo de toda cubierta, de todo accesorio. Y si hay un acto de

transfiguración que allí opere, operaría para redimensionarla, para otorgarle un estado de gracia: un vuelo, un rapto. La transfiguración es una acción que se genera a través de un estado que en este caso implicaría a la palabra como vehículo de arrobamiento y de transportación. Si así sucediera aquí, estos poemas nos lanzarían a un espacio más allá de la realidad, pero aquí nos introducen en sus terrenos secretos, en lugares en movimiento que parecieran haber estado escondidos.

Zaid tiene poemas que nos devuelven a esa “realidad desnuda” de la cual habla Octavio Paz. Pensemos en su ya clásico, “Teofanías”, en el cual el elemento: “taxis”, metaforiza desde la

presencia de Dios hasta cualquier objeto en el que usualmente desviamos nuestra búsqueda hacia el afuera. En el exterior no hay taxis, no hay dioses; el camino es único, personal, se realiza solo, y hay que hacerlo hacia adentro. La poesía nos regresa a una realidad más rica, a una realidad cargada, potenciada por la luz entrañable. Y aunque "la ciencia ha demostrado que los taxis no existen", seguiremos implorando su encuentro. Así resume el poeta su visión. Tan urgente es encontrar un taxi como que Dios se manifieste en la esfera doméstica, en la sed de los días. Pero en la obra de Gabriel Zaid, la luz la genera la razón; su concisión es matemática, y el despojo allí es más bien producto de la acción inteligente, medible, de asociación y juego.

Claustro

Entre vivir y pensar,
"la puerta a medio cerrar.
Ver es ser de par en par.

El humor es la fuerza más pronunciada de su obra. Más incluso que el amor. Aunque, si volvemos los ojos al poeta brasileño Oswald de Andrade, el amor reverbera entre el humor y el deseo. Pero la concisión poética de Zaid es razonada y pide pruebas. Se sostiene no por la gracia, sino por la inteligencia que, en términos del poema, resulta insuficiente y vana, pues el lirismo, esa fuerza alada que no depende de la razón, aunque se apoye en la concreción aritmética del verso como unidad de ritmo comprobable, apenas asoma. Una muestra de ello es uno de sus primeros poemas, "Fábula de Narciso y Ariadna",¹ que, parodiando las dedicatorias a los nobles mecenas usadas por los poetas renacentistas y barrocos, particularmente las "Soledades", de Don Luis de Góngora,

aquí se obsequia *Al Pequeño Larousse Ilustrado*. Desde entonces, desde la dedicatoria y desde su primera estrofa, desde el ser uno de sus primeros poemas, el humor filtra sus dosis de irreverencia, ante quizás el poema más transgresor y el más audaz de toda la lírica española.

Dice el poema de Góngora:

Era del año la estación florida
en que el mentido robador de Europa
—media luna las armas de su frente,
y el Sol todos los rayos de su pelo—,
luciente honor del cielo,
en campos de zafiro paze estrellas;
cuando el que ministrar podía la copa
a Júpiter mejor que el garzón de Ida,
—náufrago y desdeñado, sobre ausente—
lagrimosas de amor dulces querellas
da al mar; que condolido,
fue a las ondas, fue al viento
al mísero gemido,
segundo de Arión dulce instrumento.²

Dice el poema de Zaid:

Eran ya de la fiebre las finales
páginas que presienten su derrota,
cuando da el diccionario horizontales
decepciones filosas y alborota
una impaciencia comunicativa
de kilogramo en peso de misiva.

Si bien, la "Fábula de Narciso y Ariadna", por el dominio del lenguaje y la ironía sorprende en su inicio, ya depurado en la edición de *Reloj de sol* (1995) —que elimina una estrofa de acotaciones—, no deja de ser, más que una emulación al clásico poema, un indicio de la tradición en la que se inscribe nuestro autor, que pasa, necesariamente, de los clásicos latinos al filtro de los siglos

de oro, especialmente, Góngora y Quevedo, sin mayor resquemor por la deuda contraída. Aquí la tradición no se vería limitada, como sucede en la obra de nuestro autor, si ésta ofreciera no sólo la continuación temática o la vuelta fársica de sus formas y sus constantes, sino la renovación de su propuesta estética. Dicho esto, veamos estos versos de Zaid en "Elogio de lo mismo", de nuevo honrando la poética de Don Luis, quien se detuvo y encomió semejante inquietud:

¡Oh, mismo inabarcable!
Danos siempre lo mismo.

Y más allá, terminando casi el *Reloj de sol* (1995), en los "Sonetos en prosa", este poema, que dista de cerrar cuentas con la fábula de *Polifemo*:

Despedida

A punto de morir,
vuelvo para decirte no sé qué
de las horas felices.
Contra la corriente.

No sé si lucho para no alejarme
de la conversación en tus orillas
o para restregar en el placer
de ir y venir del fin del mundo.

¿En qué momento pasa de la página al
limbo,
creyendo aún leer, el que dormita?
La corza en tierra salta para ser
perseguida

hasta el fondo del mar por el delfín,
que nada y se anonada, que se sumerge
y vuelve para decirte no sé qué.

El temor a la vaguedad y a la imprecisión se cifra en líneas cautelosas, versos donde se mide lo que tiene que decirse, lo que debe

decirse. Pero este poema redobla esa falta de puntería tan temida, en su última estrofa. Debilita el atinado dístico con que inicia el terceto anterior. Zaid apura y yerra en un ingenio fácil, sin contundencia en el cierre y muy lejos del sabio y certero fin de la fábula de *Polifemo* de Don Luis de Góngora, en la cual el rotundo desdén subraya la imposibilidad del amor: la corza en tierra y el delfín en agua expresan el camino cautivo de la individualidad y del amor no correspondido; líneas que jamás convergen porque sus designios pertenecen a especies distintas. El amor, terco y aventurado, siempre sembrando donde no debe, deja caer la hondura de su imposibilidad. Y no hay mayor dolor en esta escisión que la metáfora utilizada. Así los juegos de Zaid, al dar una vuelta más a la alegoría gongorina, con humor fácil se alejan de su sustancia, trasponiendo al orden de la naturaleza el ritmo del deseo, sin concreción.

La idea se impone a lo lírico, al despegue de las emociones. Pero la idea también yerra.

Sacarle filo a un verso puede llegar a quebrarlo y, de haber partido de la acuidad de un concepto, el resultado, a falta de imágenes, es una poesía de fácil sustancia, donde finalmente habla el poeta y no es la poesía la que se expresa.

Pero pulir un verso puede también afinar el poema. Gabriel Zaid balancea estas dos posibilidades de la construcción poética y no siempre toca fondo. Su preocupación parece ser la búsqueda de la perfección formal. Depurar de un libro a otro, de un poema a ese mismo poema, eliminar, limpiar, modificar título. En su recuento último: *Reloj de sol*, publicado el mismo año, 1995, tanto en España como en México, llega a no ponerse de acuerdo en su versión definitiva de un poema, expuesto antes en sus distintas versiones, y ahora, con las mismas variantes.

¹ Publicada así por primera vez: *Fábula de Narciso y Ariadna*, *Katharsis*, número especial (18), Monterrey, 1958, 20 pp.

² Luis de Góngora (1944), "Soledades", *Clásicos Castellanos* 3, Estrada Editores, Buenos Aires.

Nacimiento de Venus

Así surges del agua,
clarísima,
y tus largos cabellos son del mar todavía,
y los vientos te empujan, las olas te
conducen
como el amanecer, por olas, serenísima.

Así llegas de pronto, como el amanecer,
y renace, en la playa, el misterio del día.

En la edición española, el segundo verso aparece como en la primera versión de este poema. En vez de: "clarísima", dice: "blanquísima". El resto del poema queda igual. Y, si nos remontamos a la primera, aparecida en la edición de *Seguimiento* del Fondo de Cultura Económica, en 1964, el poema ha sufrido la modificación de los últimos dos versos:

Así surges del agua,
blanquísima,

y tus largos cabellos son del mar todavía,
y los vientos te empujan, las olas te
conducen
como el amanecer, por olas, serenísima.
Así llegas helada como el amanecer.
Así la dicha abriga como un manto.

Al margen de hacer un espacio antes de estos dos últimos versos en las posteriores ediciones.

En general, en todas las correcciones hechas por Zaid, (cabe destacar que en *Reloj de sol*, 1995, regresa a varios títulos originales) el poema termina siendo más poema. Hay, de hecho, un ejemplo crucial, en el cual la depuración produjo un hai-ku bellísimo. Veamos su aparición en "instantáneas" (*Cuestionario*, 1976):

El agua se hace pájaros
contra la piedra azul.

Olas de tiempo terco.
Rocas de cielo empedernido.
Muerte en alas triunfales.

Ahora, revisemos su versión aparecida en *Reloj de sol* (1995), y en la cual se produjo el hallazgo:

Arrecifes

El agua se hace pájaros
contra la piedra azul.

Pero esta vía a la perfección, en la que se inserta todo artista, está marcada por un camino unívoco que tiene como posibilidad lúdica el repetir poemas con novedades de un libro a otro. Esto, en principio, puede ser interesante. Hace cómplice al lector en la búsqueda de la verdad poética. Pero tiene su contraparte: encaminar al lector hacia la ruta del cansancio. Como si la fuente del misterio de la poesía estuviera condenada por el predominio de una obsesión formal y de un registro cronológico que el autor se empeña en mostrar. Una suerte de memoria pública de un seguimiento personal de la obra. La nitidez se logra entonces más por la vía de la inteligencia y del trabajo acucioso, que de la transfiguración, del perfil definido de la palabra y de su carga semántica que de la profusión de sensaciones desde la palabra misma. Y más aún, si partiéramos de la modernidad en la poesía, de que el lenguaje operara como sujeto en sí.

Cuestionario fue un título certero para testimoniar la duda permanente en el autor. Al reunir así sus libros y repetir poemas, con todo y los cambios que éstos van sufriendo, así como añadir una tablilla donde hace partícipe al lector del juego poético, Gabriel Zaid hace gala de su ingenio, de su afición por la juguetería, de su pasión por investigar. Obliga al lector a revisar los cambios, a detenerse en algo que creyó haber leído antes, pero ¿igual? o ¿con qué modificaciones?

Finalmente le concede la gracia del extrañamiento y duda como el propio poeta. Además, logra, lo cual podemos observar como resultado en *Reloj de sol* (1995), que dicho cuestionario sea contestado y reformulados los poemas por los lectores amigos. En su búsqueda formal aprisiona el canto como si almidonara las palabras. Su poema "Otoño" parece resolver en dos versos su lamento:

Lloro por este jardín
que murió de geometría.

La ironía, como recurso, es depurada: espina. Su preocupación mayor va cargándose hacia el testimonio social. La impotencia hacia el poder oficial, la automarginación y la puntillosa crítica contra el estado de cosas, superan en sátira al poema íntimo amoroso, que en su obra tiende a buscar el equilibrio. Y, aunque utilice símbolos que tienen que ver con la castración y el narcisismo: las tijeras y el espejo, su compromiso con el amor no permite un "nosotros" degradado por la rutina o la agresividad, como sucede con este poema que se repite en *Cuestionario* sin ninguna variante:

Sombra

Las alas para qué,
si son errantes.

Los ojos para qué,
si son esquivos.

Para qué me acompañas,
si para envenenarte
me envenenas.

Si tomáramos este poema como lección vital, muchos de nuestros problemas se resolverían. Ese es otro sello de la poesía de Zaid: su sentido práctico frente a la complejidad del amor.

En sus poemas "sociales", la lucha es religiosamente abierta. La ciudad es vista desde la ciencia y la tecnología, mas trascendiendo esta especie de envoltura impuesta. El poeta se ciñe, en tanto ciudadano del mundo, o sea, de la metrópoli, a las limitaciones de la época que vuelve a los taxis una alegoría de la imposible manifestación de la divinidad, o, si se quiere, del amor:

Teofanías

No busques más, no hay taxis.

Piensas que va a llegar, avanzas,
retrocedes, te angustias,
desesperas.

Acéptalo
por fin: no hay taxis.

Y ¿quien ha visto un taxi?

Los arqueólogos han desenterrado
gente que murió buscando taxis,
mas no taxis.

Dicen

que Elias, una vez, tomó un taxi,
mas no volvió para contarlo.

Prometeo quiso asaltar un taxi.
Sigue en un sanatorio.

Los analistas curan
la obsesión por el taxi,
no la ausencia de taxis.

Los revolucionarios
hacen colectivos de lujo,
pero la gente quiere taxis.

Me pondría de rodillas si apareciera un
taxi.

Pero la ciencia ha demostrado
que los taxis no existen.

Gabriel Zaid celebra la realidad con poemas cuya música penetra ligera o bajo repiques de suaves percusiones, y los conceptos sin dismantelar, fijos (tiempo, libertad, silencio, olvido, etcétera), sin posibilidades de vida material a través de una imagen, empobrecen la circunstancia del poema. Para un lector cuya ansia lo lleve a suposiciones e imagerías con respecto a lo que los poemas quieren decir, esta poesía es muy rica. Pero como producto acabado, redondo y que agujere, como una piedra límpida y cierta, pocos pero contundentes poemas logran asirse.

Es en la brevedad del epigrama (género poético en el que, por los orígenes del mismo, la dirección del mensaje es directa, va hacia otro, con nombre y vínculo estrecho con el poeta, aunque dicho vínculo puede ser imaginario) donde nuestro autor logra en mayor número dichos poemas redondos.

Originalmente el epigrama era un grabado en madera, metal o piedra para preservar la memoria de alguien o demarcar un acontecimiento especial, una noticia o un anuncio, solicitando atención hacia algo específico. Luego se decanta y llega a ser "una composición poética breve en que con precisión y agudeza se expresa un solo pensamiento principal, por lo común festivo o satírico".³

Zaid abreva en Catulo y Marcial. Pero también en Quevedo, Góngora y Lope de Vega. El poema "Teofanías" guarda una estrecha simetría con "A Roma sepultada en ruinas", de Quevedo, sobre todo en el inicio. He aquí el comienzo del poema de Francisco de Quevedo:

Buscas en Roma a Roma, ¡oh, peregrino!,
y en Roma misma a Roma no la hallas:

cadáver son las que ostentó murallas,
y tumba de sí propio el Aventino.⁴

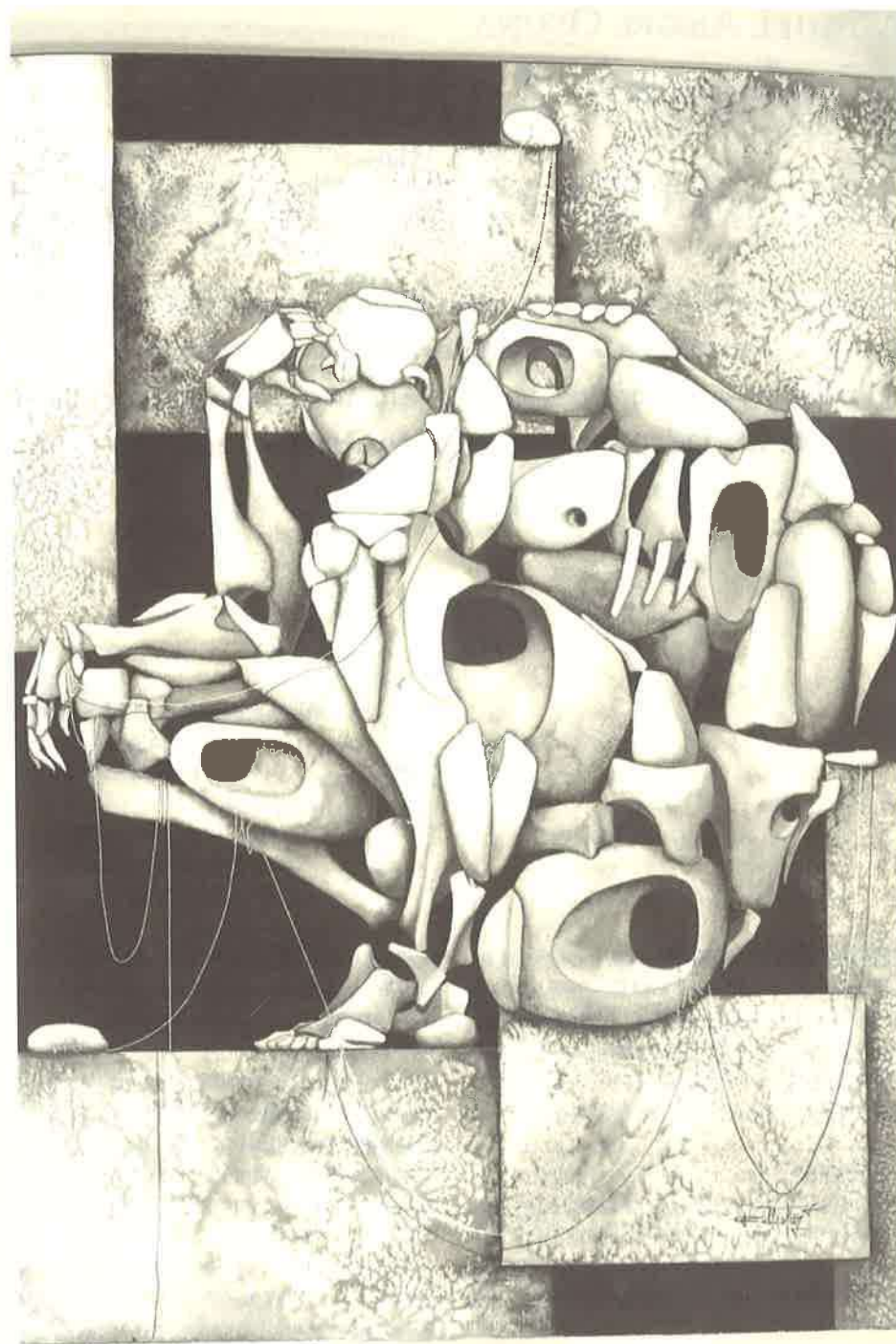
Tanto Gabriel Zaid como José Emilio Pacheco establecen en buena cantidad de sus poemas un lazo con la cotidianidad a través de la enunciación de objetos y personajes como volkswagens (hoy animales en extinción), bicicletas, pastas de dientes, estrellas de cines; es decir, elementos y símbolos de la ciudad y la cultura a las que se canta. Abunda la zoología, símil para radiografiar la vasta y compleja naturaleza humana, o para adentrarse en ella:

Selva

Me gusta acariciarte el hipopótamo.
Husmear lo que apenas perdices.
Acechar tu bostezo furibundo.
Disparar al vuelo de tu aullido.

Me gusta darte el dedo a morder;
la percha de tus periquillos.
Verte, mona desnuda, meditar,
de la cola, del árbol de la vida.
La pantera feliz ronronea
después del pleistoceno.
Me gusta la gratitud
en los ojos de la victoria.

Ambos gustan de la reelaboración de los versos y de una permanente lectura crítica de la realidad. Como se señaló, la lectura crítica del entorno. Pero no sólo de pensamiento crítico vive el hombre. Y mucho menos el poeta, que puede encontrar, en el ojo mismo del huracán de la razón, la sinrazón que llama, la sinrazón que obliga, la sinrazón que anuncia. 



³ Martín Alonso, *Enciclopedia del idioma*, 3 tomos, Aguilar, Madrid, 1982 (en t. II, p. 1775).

⁴ Francisco de Quevedo, *Antología poética*, prólogo y selección de Jorge Luis Borges, Alianza Editorial, Madrid, 1982, p. 67.



MIGUEL ÁNGEL OSUNA

Gabriel Zaid: las proporciones de la

Miguel Ángel Osuna, sacerdote católico de la diócesis de Baja California, formado en la teología de Hans Urs von Balthasar, nos aproxima aquí a los grandes temas que forman la obra de Gabriel Zaid, para concluir con una aproximación al misterio espiritual de su experiencia poética.

*Me alegró que conocieras a Zaid.
¿Qué te pareció?
Yo lo admiro mucho.*

Octavio Paz a Perre Gimferrer,
carta, 1° de noviembre de 1978

Intentando una introducción

CUANDO LA REDACCIÓN DE *IXTUS* ME INVITÓ a escribir algo sobre Gabriel Zaid en homenaje a su obra, me emocioné tanto que no fue hasta después de horas de frenética ilusión que caí en cuenta de severos problemas.

Problema 1

¿Qué puede decir un lector joven, que no tiene idea de lo que es escribir y de horizontes reducidos, sobre una obra como la de Zaid, sin caer en el riesgo permanente de hacer una especie de elenco de citas o repeticiones de lo que lectores/autores verdaderamente autorizados han dicho ya, o lo que

es peor, ocupar abruptamente el espacio que podría ocupar en un texto, un escritor maduro, profundo y conocedor de los que *Ixtus* está lleno?

Solución a: Decir sólo lo que sabe, citar sólo lo que ha leído, intentar la comprensión sólo de aquello que porta significación, sin mayores pretensiones que las de comunicar impresiones misceláneas colocadas en la inteligencia y la memoria.

Limitante 1 de la solución a: ¿Que tanta inteligencia y memoria puede tener el lector en cuestión, si no llega a las tres décadas, aficionado de la pluriformidad de lo espiritual, con respecto a un autor que ha ingresado a la

inteligencia

séptima década, que ha captado la pluriformidad de lo espiritual y la ha comunicado?

Limitante 2 de la solución a: Citar, en el caso Zaid, tomando en cuenta simplemente todo lo que él ha afirmado al respecto de citar, significaría recorrer saltando un campo minado. (El lector interesado en este problema consulte *Letras Libres*, números 50, 51, 52 y 53).

Problema 2

¿Desde que óptica debe abordarse a Zaid? Tomando en cuenta que, como él mismo lo ha demostrado (no pensando en sí mismo, cosa que hago yo), por cada texto leído de él, debe

existir una latente proporcionalidad numérica de textos no leídos y por ende, una patente proporcionalidad exponencial de comentarios, recepciones, traslados, citas, encomios, odios, traumas, complejos, festejos, opiniones más o menos afortunadas, nimiedades, inmediateismos, vacíos, fijados en textos con vida propia según la aceleración exponencial, que se desprende de la proporcionalidad numérica con que los textos se publican. Y esto aplicado sólo a los terrenos de lo editado en libros y revistas nacionales en actual circulación. Permitase citar dos casos:

Caso derivado 1 emanado del problema 2: Desde el noroeste mexicano, un crítico publicó

hace cuatro años, en una de las mejores revistas de poesía que conozco, un desafortunado artículo, "Pazentrismo de la literatura mexicana en el siglo XXI" dedicado a rebatir las propuestas que Zaid hizo en su artículo "El futuro de Octavio Paz". Por proponer una programa de conservación de la obra de Paz como especie de programa piloto para la preservación y profundización de los grandes momentos de nuestra tradición y que pudiera extenderse a otros autores y momentos, el crítico acusó a Zaid de: (a) tremendista, (b) chantajista, (c) sentimentalista, (d) alarmista, (e) exagerado, (f) insensato, (g) apasionado, (h) enfermizo, (i) impulsor del pazentrismo, (j) pretencioso, (k) súbdito, (l) disparatado hegemónico. Los adjetivos son textuales. A Zaid se le puede leer y criticar sin entender ni "j" de lo que escribe. Qué bueno que a un escrito zalamero, adulador e ignorante como éste nunca lo leerá un crítico conocedor como éste, de lo contrario *Ixtus* sería colocada en el *Index* del zaidcentrismo.

Caso derivado 2 emanado del problema 2: En la misma revista del desafortunado ejemplo anterior, en el número previo, aparece un texto, de otro autor más experto y no tan rencoroso como el anterior, llamado "Tres poetas del humor", donde el *Ómnibus de poesía mexicana* de Zaid aparece en una sola referencia como una obra que recupera memorables poemas. Sin comentarios. La crítica cuando tiene buen humor, rara vez destripa. Los casos derivados 1 y 2 pueden ayudar a corroborar el problema 2.

Problema 3

¿A qué tradición, corriente, sector, escuela, experiencia fundante o proceso definitorio, pertenece Zaid?; ¿y desde que prisma hermenéutico, principio, sistema de posicionamiento global, precomprensión de constructo, círculo interpretativo o intelectivo puede abordarse?

Solución a: No perder tiempo en lo que los intelectuales serios llaman heurística

tripodológica en felinos, y que la viejita de parroquia conoce como buscarle tres pies al gato, y aceptar, como lo decía Ramon Xirau a propósito de Illich, "... que en su caso poco valen las definiciones, y es que las definiciones son siempre demasiado vagas y generales cuando se trata del pensamiento vivo, siempre en movimiento, siempre renovándose".

Solución b: No caer en el complejo de intentar comprender si Zaid es de izquierda o de derecha. Bendito Chesterton, que nos enseñó que decir que se pertenece a la izquierda o a la derecha significa aceptar que se padece hemiplejía moral, y cualquier lector no iniciado debe saber que leer a Zaid es un acto moral completo, de lo contrario no lo sería en absoluto. De aquí se desprende una solución que en resumidas cuentas significa la clave de todo lo que Zaid representa para este lector desordenado.

Solución c: En conexión inmediata con la anterior, no es lo prioritario aquí indagar si Zaid es liberal o conservador, como a muchos podría interesar y como a muchos otros podría parecer una discusión pasada de moda. Zaid es un conversador. Esto no lo sé por mi cuenta, otros lo han dicho de él.

Como hacer cosas con palabras

En 1994, Enrique Krauze escribió el ensayo biográfico "Zaid, solitario, solidario", que cinco años después recopiló en su *Mexicanos eminentes* y que considero un texto afortunado para intentar acercamientos de primera mano al "misterio Zaid", según la expresión de Cosío Villegas. Si hubiera que reducir ese texto a una expresión breve, opino que revela lo translúcidas que pueden ser la gratitud, la cordialidad y la admiración, cuando se entrelazan serenamente. Debo muchísimo a ese texto.

Esa misteriosa originalidad de Zaid, que Krauze anota, es seguramente la inquietud permanente de todo aquel que se acerca a una obra de "ingeniería y poesía conectadas

en el dominio del oficio y la chispa de la inspiración". Pero hay mucho más, me parece que Krauze es quien mejor ha logrado escurrir el origen del proyecto Zaid, siempre persistente, siempre inacabado, presentado en una especie de vivisección de los temas infinitos de Zaid (Octavio Paz escribió en 1976 un texto muy generoso sobre Zaid, "Respuestas a Cuestionario y algo más: Gabriel Zaid", sobre todo enfocado a su poesía. Lo considero fundamental para otro momento de este ensayo): los grandes asuntos concernientes a la cultura en todos los ámbitos, su cercanía con los espíritus resistentes de todos los tiempos, la persistente convicción de que la racionalidad discursiva y solidaria son las claves de interpretación necesarias en torno a lo humano; cercano al liberalismo, profundo en sus aproximaciones críticas, donde el único predominio es el de la inteligencia, la pasión por la libertad y la independencia; hombre de moralidad encarnada y cercano a las tradiciones en cuanto recuperador y curioso admirador crítico de los grandes productos humanos de todas las épocas: el libro, la poesía, el arte, la historia, la filosofía, los grandes hallazgos e inventos y las posibilidades infinitas de su interrelación, la economía encarnada en la vida, la economía desincrustada de la creación, la espiritualidad, la educación, la modernidad, la antigüedad, la transformación de la tierra, la convivialidad, la alegría, la cultura, el progreso, los catálogos, la corruptibilidad de la izquierda, la crapulidad de la derecha, el pensamiento democrático, la existencia ácrata, la legalidad, la tolerancia, la otredad, la alteridad, etcétera. Zaid ha captado la existencia de otro modo de ser. Zaid: espíritu pluriforme.

Nada más lejos de la verdad que suponer a Zaid autárquico e inmanentista. Es un conocedor de primer orden de los grandes momentos de la historia nacional e internacional de los últimos cincuenta años. Espíritu encarnado, que acude, asiste. No me interesa

en este momento un asunto que considero estimulante: el de la desacreditación preargumentativa de sus opciones políticas y culturales por parte del poder, los subterráneos, los conciliábulos y sus cancerberos, cuyo espectro arquea desde los criminales históricos hasta los últimos jipitecas cosmófagos, que igual se comen a un profesor notable o la biblioteca de la UNAM, que una butaca del Estadio Azteca; francotiradores de uno u otro bando, sin distinción de raza, color o religión. Le doy la razón a Paz, cuando lamenta que los combustibles de la crítica en México sean el rencor y la envidia.

[...] cercano al liberalismo, profundo en sus aproximaciones críticas, donde el único predominio es el de la inteligencia, la pasión por la libertad y la independencia.

Poseedor de una cultura y una mente privilegiadas, inteligencia voraz que cae una y otra vez sobre los logros y tragedias de la historia, que siempre desaparece, no adicto a sí mismo y por lo tanto en total uso de su radicalidad, evita las cámaras, las entrevistas. Para desgracia de los que lo leemos desde la periferia geográfica mexicana, no tenemos circulando por ahí ni siquiera una fotografía. En una sola ocasión pude verlo diez segundos en una nota del televisivo Luz Verde, dirimiendo acerca de las cuestiones de la Ley del Libro, el PRI, o algo por el estilo. Pude comprobar que sí existía, que Zaid no era el seudónimo de un grupo de mentes incursivas, ni el de alguien que juega hasta con las palabras de su propio nombre, recordé el humor fino de Krauze sobre la posibilidad del seudónimo: ¿Zaid es Díaz? Desaparecía toda distracción. Me sentí como el aficionado a la pesca que, por una

vez en su vida, ve saltar un marlyn. Zaid tiene un rostro. Zaid es muchos rostros.

No pienso que Zaid sea perfecto; es más, algunas de las portadas de sus libros, aparte de horribles, me parecen un insulto a la estética y a la ética editorial, ¡si alguien tiene un libro con una portada mas fea que el de *La poesía en la práctica*, de 1985, número 98 de *Lecturas Mexicanas*, hágamelo saber, se lo ruego! Sin embargo, la mayor parte de lo publicado en esa colección con portadas horribles contiene textos maravillosos. Los tres tomos de sus *Obras* editadas por el Colegio Nacional, los considero un tesoro. ¡Absuélvame alguien por haber prestado un tomo!

Tampoco pienso que Zaid sea portador de todos los valores, la tradición demuestra que nadie debajo de las nubes lo es: el más humilde tiene derecho a ser soberbio; a la mente más serena le llega su ración de ira, y la obra humana más casta siempre necesita algo de impureza.

En la poética de Zaid, o al menos en algunos momentos, y es difícil recorrerlos sin tener un hilo de Ariadna, se percibe una especie de simpatía por la presencia.

Mexicano universal, de esos que se notan poco, pero que los hay en todos los ámbitos si se les quiere hallar, y que no debemos temer que abran la boca, tomen la pluma o prediquen. Hasta ahora, si no me equivoco, es el único mexicano publicado por *Esprit*, la revista que fundó Emmanuel Mounier, foro del personalismo maduro; tiene también artículos en *Dissent*, *The New York Review of Books*, *Die Tageszeitung*, *Jornal da Tarde* y en muchas publicaciones más; es incluso un promotor solidario y subsidiario de empresas

culturales que animan nuestras conversaciones con lo que tenemos de más original; esas empresas en las que nos damos el lujo de aún no perderlo todo.

Lo que más admiro como lector es la totalidad e integridad de vías desde las que aborda su pensamiento. En la obra de Zaid todo cabe, aunque sea atravesando un texto con velocidad de sable, convergencia de puntos, vanguardista, tradicionalista, diafragma, aleph, biblioteca infinita e imposible. En Zaid he escuchado dialogar a muchos: a Pound con Weil, a Erasmo y Rilke, a Milosz y Bernanos, a Peñalosa y Popper, a Paz y Unamuno, a San Bernardo y Hume, a León XIII y Nietzsche, a Edith Piaf y el cine de Bresson, a San Mateo y Voltaire, a Celan y los campesinos, a las bibliotecas y el multimedia, a la tecnología y la pobreza, al automóvil y el béisbol, al nixtamal y la lluvia, a los pájaros y las ciruelas, a la historia y la economía. Da la impresión de que Zaid es una mesa grande. Es deber de quienes conversan con él, hacernos saber cómo es el color de su voz.

Zaid logra lo que Austin pensó: hacer cosas con palabras... "hay que ver la poesía en la práctica: en el mundo del trabajo y los negocios, del prestigio social y el poder político, de la ingeniería y las computadoras, de la vida amorosa y cotidiana". A años de distancia, la coherencia de su opción por la cultura como conversación, la convicción de que "la verdad es sinfónica", como lo afirmó Urs Von Balthasar, es definitiva.

Íntima alegría reaccionaria

Krauze considera la presencia de varias fuentes de inspiración cristiana en la obra de Zaid. Entre ellas, junto al evidente conocimiento de Mounier, sobre todo el de *La confrontación cristiana*, menciona a Karl Rahner (yo incluiría a Hans Küng). Sin embargo, la referencia para intentar una aproximación a la poesía de Zaid, puede estar en otro de los grandes teólogos del siglo xx, Hans Urs Von Balthasar.



Pienso que Zaid lo debe tener como una certeza importante, no sé si más que al mismo Rahner, en el sentido de que no me parece tan determinante en su poesía la antropología trascendental como las aproximaciones a los trascendentales que representa el tríptico teológico/dramático/estético del teólogo suizo.

En la poética de Zaid, o al menos en algunos momentos, y es difícil recorrerlos sin tener un hilo de Ariadna, se percibe una especie de simpatía por la presencia. Octavio Paz afirma que "nuestra insensibilidad ante lo espiritual y lo numinoso ha alcanzado tales proporciones que nadie, o casi nadie, ha reparado en la tensión religiosa que recorre los mejores poemas de Zaid", esta tensión se expresa en una especie de optimismo íntimo; por ejemplo en "Acata la hermosura":

Acata la hermosura
y ríndete
corazón duro.

Acata la verdad
y endurecete
contra la marea

O suéltate, quizá,
como el Espíritu,
fiel sobre las aguas.

Este optimismo original evoca las notas de lo que el mismo Zaid ha intuido profundamente en Ponce: una notoria comunicabilidad del mundo contemplado como realidad teofánica increíble. El mundo parece la concretización tremenda de toda la diafanía inabarcable, en "Siesta anaranjada" dice:

No te levantes, temo
que el mundo siga ahí.

Las nubes imponentes,
el encinar umbrío,
los helechos en paz.

Todo tan claro
que da miedo.

En "La fábula de Narciso y Ariadna", aparece en "el corazón en fiesta" el mismo incansable de *Muerta*, el poema de López Velarde que en Zaid celebra la laberíntica especular que representa el diccionario, el "pequeño entre las ironías que escolares festejan y acarrearán". Una especie de gramática de lo posible a partir del recuento de los imposibles y los sancios asfixiantes, "Piscina", contiene un sumergimiento bellísimo:

...quiero la libertad, y la más alta
libertad del silencio en el olvido
¡y es el aire del mundo el que me hace
falta!

Da la impresión de que el mundo es una especie de totalidad concentrada que busca respirar, una especie de inmanencia abierta, así canta en "Elogio de lo mismo":

¡Qué extraño es lo mismo!
Descubrir lo mismo.
Llegar a lo mismo.

¡Cielos de lo mismo!
Perderse en lo mismo.
Encontrarse en lo mismo.

¡Oh, mismo inagotable!
Danos siempre lo mismo.

Von Balthasar afirmó en *Gloria* esta especie de diada fascinación/asfixia que, sin perder nunca el optimismo original en el descenso a los abismos teológicos, parece desencantado: "En un mundo sin belleza —aunque los hombres no puedan prescindir de la palabra y la pronuncien constantemente, si bien utilizándola de modo equivocado—, en un mundo que quizá no está privado de ella, pero que ya no es capaz de verla, de contar con ella, el

bien ha perdido asimismo su fuerza atractiva, la evidencia de su deber ser realizado; el hombre se queda perplejo ante él y se pregunta por qué ha de hacer el bien y no el mal. Al fin y al cabo es otra posibilidad, e incluso más excitante; ¿por qué no sondear las profundidades satánicas? En un mundo que ya no se cree capaz de afirmar la belleza, también los argumentos demostrativos de la verdad han perdido su contundencia, su fuerza de conclusión lógica. Los silogismos funcionan como es debido, al ritmo prefijado, a la manera de las rotativas o de las calculadoras electrónicas que escupen determinado número de resultados por minuto, pero el proceso que lleva a concluir es un mecanismo que a nadie interesa, y la conclusión misma ni siquiera concluye nada”.

Paz piensa que la poesía de Zaid está hecha de pausas y silencios, omisiones que dicen sin decir, colección de destellos donde la inmanencia es una flor que al abrirse respira vacío, en la más justa proporción con las místicas de la nada, de la dejadez, de la imposibilidad de descifrar el mundo; o, en los términos del mismo Paz cuando comenta *Teofanías*, negativo fotográfico de la presencia:

No busques más, no hay taxis.

Piensas que va a llegar, avanzas,
retrocedes, te angustias,
desesperas.

Acéptalo
por fin: no hay taxis.
Y ¿quien ha visto un taxi?

Los arqueólogos han desenterrado
gente que murió buscando taxis,
mas no taxis.

Dicen

que Elías, una vez, tomó un taxi,
mas no volvió para contarlo.

Paz opina que la captación de la extrañeza del mundo aparece en todos los tiempos; la revelación de nuestra otredad radical es tan antigua como la especie y ha sobrevivido a todas las catástrofes del mundo. Zaid sabe de esta semántica de la confusión y escapa de ella una y otra vez dando saltos, dejándose llevar, aunque la vida sea una “Práctica mortal”:

Subir los remos y dejarse
llevar con los ojos cerrados.
Abrir los ojos y encontrarse vivo:
se repitió el milagro.

Anda, levántate y olvida
esta ribera misteriosa
donde has desembarcado.

El milagro se repite: las cosas se animan
cuando una intimidad imperiosa las desvela,
tanto que es sutil su presencia, sutil como la
del “Sol en la mesa”:

Dios está aquí.
Perdido en el abismo
de un vaso de agua
demasiado visto.

Dios está aquí.
La brisa, el sol, la mesa,
no son Dios. Mis ojos
no son Dios.

Dios esta aquí.
Se movió la ventana,
y el Espíritu Santo
bailó en un vaso de agua. —



Gabriel Zaid, breve antología poética

Nota y selección de Humberto Beck

Poeta de los orígenes y del fin, en su obra, tan concisa como intensa y original, Gabriel Zaid ha escrito, en la segunda mitad del siglo XX, una nueva crónica de la Creación y del fin del mundo, del nacimiento del tiempo y su consumación. Una poesía diurna, aunque no ajena a las referencias al sueño y a la noche, que celebra la experiencia del tiempo –los momentos de fuga y de rechazo, pero también los de presencia y comunión–, y la de los encuentros y desencuentros con los demás: el nacimiento del prójimo, la mujer, la belleza, el erotismo.

Su poesía continúa la tradición de una modernidad poética abierta, nacida bajo el amparo de Pessoa, Huidobro y Apollinaire, formada por autores capaces de integrar en el discurso poético, domesticándolos, los temas, formas y elementos de la vida moderna. Gabriel Zaid prolonga esta estirpe de poetas en la ciudad moderna, capaces de escribir poemas acerca de ascensores, semáforos y automóviles, sin correr el menor riesgo de convertirlos en poesía mecánica, industrial, manifiestos en versos comprometidos con la modernidad como ideología cerrada.

En sus poemas se despliega una estética de la brevedad que, por medio de la concreción expresiva, hace un guiño a la fugacidad de la vida y pone casa a las revelaciones del instante. Una idea de la poesía que, asimismo, y precisamente en virtud de esta concisión, es una retórica del silencio, un empleo de la pausa y la elipsis como dos de los recursos literarios más elocuentes. ➤

Alba de proa

Navegar,

navegar.

Ir es encontrar.

Todo ha nacido a ver.

Todo está por llegar.

Todo está por romper
a cantar.

Acata la hermosura

Acata la hermosura
y ríndete,
corazón duro.

Acata la verdad
y endurecete
contra la marea.

O suéltate, quizá,
como el Espíritu
fiel sobre las aguas.

Nocturno abandonado

Me llega la secreta
zozobra que en el aire
deja ligeramente
una hoja caída.

La lucidez inerte
del parque abandonado:
el agua que delira
en la fuente sonámbula.

Y sin embargo existes,
comunión, y nos mueves
en íntimas palabras
que entretejen el mundo.

Resplandor último

La luz final que hará
ganado lo perdido.

La luz que va guardando
las ruinas del olvido.

La luz con su rebaño
de mármol abatido.

Semana Santa

Algo profundo sale a respirar
en las fuentes, Jonás,
con chorros altos de tristeza.

Te busca la ballena
de la melancolía.

Claridad furiosa

No aceptamos lo dado: de ahí la fantasía.

Sol de mis ojos: eternidad aparte, pero mía.

Pero se da el presente aunque no estés presente.

Luz a veces a cántaros, pan de cada día.

Se dan tus pensamientos, tuyos como los pájaros.

Se da tu soledad, tuya como tu sombra,

negra luz fulminante: bofetada del día.

Pastoral

Una tarde con árboles,

callada y encendida.

Las cosas su silencio

llevan como su esquila.

Tienen sombra: la aceptan.

Tienen nombre: lo olvidan.

Semáforo

Como soles enjaulados
esperando a punto ¿de qué?
Como verse desde el coche,
desde el cuerpo, ¿desde dónde?
Como cuerpos arrastrados
al abismo de ¿quién eres?

¿Quién eres?

Haciendo guardia

Mientras te escucho
orinar
y las hojas secas crepitan,

oigo de lejos una acequia
desentendida de mí,

pasa volando un pájaro
como si fuera natural
vivir.

Te amo por la brisa
que acaricia los árboles
y se burla de mí.

Tumulto

Me empiezan a desbordar los acontecimientos
 (quizá es eso)
 y necesito tiempo para reflexionar
 (quizá es eso).

Se ha desplomado el mundo.
 Toca el Apocalipsis.
 Suena el despertador.

Los muertos salen de sus tumbas,
 mas yo prefiero estar muerto.

Siesta anaranjada

No te levantes, temo
 que el mundo siga ahí.

Las nubes imponentes,
 el encinar umbrío,
 los helechos en paz.

Todo tan claro
 que da miedo.

Prueba de Arquímedes

Si te hundiera en una tina,
vería el volumen que desplazas.
Si te colgara de un pie,
hasta qué punto eres un bulto.

Estoy perplejo porque eres.
Porque eres eso, eso y más que eso.
¿Acabaré de entenderte?
Te muerdo y sólo te desprendo un grito.
Te aprieto y vuelas en una carcajada.
¿Dónde está el alma, dicen los cirujanos?
¿Quién eres tú, digo yo?

Me fui de bruces en tus ojos.
No tenían fondo.

Reloj de sol

Hora extraña.
No es
el fin del mundo
sino el atardecer.

La realidad,
torre de pisa,
da la hora
a punto de caer.

Práctica mortal

Subir los remos y dejarse
llevar con los ojos cerrados.
Abrir los ojos y encontrarse
vivo: se repitió el milagro.

Anda, levántate y olvida
esta ribera misteriosa
donde has desembarcado.

Teofanías

No busques más, no hay taxis.

Piensas que va a llegar, avanzas,
retrocedes, te angustias,
desesperas.

Acéptalo
por fin: no hay taxis.

Y ¿quién ha visto un taxi?

Los arqueólogos han desenterrado
gente que murió buscando taxis,
mas no taxis.

Dicen
que Elías, una vez, tomó un taxi,
mas no volvió para contarlo.

Prometeo quiso asaltar un taxi.

Sigue en un sanatorio.

Los analistas curan

la obsesión por el taxi,

no la ausencia de taxis.

Los revolucionarios

hacen colectivos de lujo,

pero la gente quiere taxis.

Me pondría de rodillas si apareciera un taxi.

Pero la ciencia ha demostrado

que los taxis no existen.

Agua rizada

En los manantiales del tiempo,
no hay prisa ni presión. El espacio
crece de espacio
como un álamo.

En el espejo está la eternidad
que se queda mirada.
Cuando, por fin, dichosa, parpadea,
el tiempo nace como interrupción.

El tiempo, la costilla de Narciso,
es una astilla de la eternidad,
espejo roto de Eco en Eco.

El tiempo irrumpe cuando ya no hay tiempo.
Te amo, eternidad
fugitiva. Dichosa interrupción: detente.

Transmisión nocturna

Las selvas africanas, el Nilo
que se desborda, las costas de Grecia,
una sonrisa imperceptible, las ciudades:
todo reducido a mirada, pintura, telefoto.

El robo del fuego, la expulsión
del paraíso, la poesía, la construcción
de templos, las batallas, el poder y la gloria:
todo reducido a leyenda, historia, teletipo.

La noche duerme y el reloj habla solo:
transmite el mundo, las constelaciones,
la historia universal.

En el delirio del tic tac binario,
el universo se expande con la lentitud
de la hierba: todo pasa reducido a silencio.

Inminencia

Contra furiosos vientos, valiéndose
de las paredes, de los barandales
del hábito, para sostenerse.
Sueño, rey de la selva.

Ráfagas crueles de lucidez.
Válvula, bomba del corazón, portazo.
Ramas llevadas por la tempestad: secretarias
en vilo, por la tromba de un elevador.

El rictus del ahogo en este limbo de la morgue,
en esta lata de sirenas *à la crème du Barry*.
El tiempo suspendido,

mientras no se demuestre lo contrario.
A las puertas del cielo había un reloj
dando la comunión.

PATRICIA MONTELONGO

La poética en clave zaidiana

Patricia Montelongo, periodista y directora de la revista *ISTMO*, trabaja actualmente una tesis sobre Gabriel Zaid. A partir de estos estudios, se detiene en este artículo en la búsqueda del motivo central en la producción literaria de Zaid: la concepción de la poesía como algo que tiene que ver con todas las actividades humanas parece ser el eje de su comprensión de la vida.

AL ASOMARSE A LA EXTENSA OBRA EN PROSA de Gabriel Zaid destacan algunas cualidades constantes. Se trate de ensayos literarios, políticos, sociológicos, económicos o poéticos, todos aportan puntos de vista diferentes, originales.

Son textos lúcidos, penetrantes, con frecuencia de crítica aguda, dicen cosas que aparentemente todo el mundo ya sabe y que no se hacen públicos, pero que en realidad no se saben. Por lo general son propositivos, buscan soluciones; no destilan ese pesimismo paralizante, común a muchos intelectuales.

Suelen ser además didácticos en el sentido clásico: al autor le gusta mostrar los caminos, el proceso que siguió su pensamiento para llegar a una cuestión, una duda o un conflicto, y luego cómo planteó un nuevo enfoque.

Al leer algunos ensayos se ve que el objetivo del autor no es llenar espacios en publicaciones, cumplir compromisos o exponer sus teorías, sino explorar con sus lectores algunas respuestas a cuestiones que a él le interesan, "cosas que me han dado qué pensar; preguntas con qué leer, contemplar o escuchar; motivo de reflexión o diálogo con amigos; asunto de notas escritas de improviso",¹ y sobre todo, encontrar verdades. "Si escribir no da dinero ni poder, debería dar al menos un poco más de verdad entre unas cuantas personas."²

Los comentaristas de la obra zaidiana coinciden en subrayar la notoria originalidad en esos textos que buscan un poco más de verdad. Lo lógico es preguntarse en dónde está la clave, qué da unidad a esa multiplicidad.

En el texto preparado para el 60 aniversario del escritor, Adolfo Castañón se pregunta:

"¿Tiene un sistema Gabriel Zaid o sólo es dueño de una forma categórica de pensamiento que le permite buscar la verdad en cualquier terreno? ¿Y si lo tiene, en qué consiste? Ya él nos lo decía pero no le creíamos: está en juego el saber de la poesía, una poética generalizada, una filosofía (es el nombre del amor secreto de Zaid) fundada en el saber literario, en la conciencia dramática de que la verdad depende del género literario, de la escala y de que en la retórica está el talón de Aquiles no sólo de la poesía sino -cuidado con Cicerón- de la política y aun de la economía. Una filosofía fundada en el arte de saber hacer libros y ordenar bibliotecas".³

Cuando lei en Castañón esa frase de "no le creíamos", simplemente me sumé a ella. Más por no entenderla que por no creerla. El diccionario define la poética como: 1. El arte de

componer obras poéticas, 2. el conjunto de principios y reglas de la poesía, 3. la teoría de la creación literaria. Como Zaid es poeta y escribe ensayo literario, parecía lógico que aplicara allí esa poética, pero ello no aclaraba cómo podía constituir una llave para incursionar en distintos terrenos.

Finalmente, en la búsqueda, descubrí la poética en su acepción filosófica, concretamente en Aristóteles, que considera que es un modo de entender, no sólo la poesía sino la comunicación, el contar historias, la representación. La poética es uno de los saberes del ámbito práctico que junto con la política, la ética, la estética y la retórica integran la vida humana, donde el ámbito de la libertad, de la creación de lo inesperado, es lo normal.

Parece ser que Zaid, como otros intelectuales contemporáneos, parte de la noción

¹ Obras 2, El Colegio Nacional, México, 1993, p.18.

² *Leer poesía*, Joaquín Mortiz, México, 1972, p.14.

³ "Gabriel Zaid: el poeta que el devolvió a la República la hora exacta", *Vuelta* 219, México, 1995, p. 53.

aristotélica de poética que analiza “el proceso creador humilde y magnífico, insignificante y grandioso que se da en cada una de nuestras actividades mentales. No es más que una figura retórica de la inteligencia: la antonomasia del poder creador”.⁴

Aristóteles consideraba la composición poética como algo natural, parte de la naturaleza humana. El hombre es el animal que cuenta historias, y parte del placer humano está en representarlas.

Esta forma de entender la poética, atraviesa y da unidad a toda la obra zaidiana, aunque la desarrolla concretamente en *La poesía en la práctica*. Menciona que en parte la vio con claridad y se integró en su mente, junto con otras, cuando lo invitaron a leer sus versos en Monterrey en 1963. Para explicar allí las muchas dificultades que le impedían hacerlo (entre otras, la posibilidad de enredarse en la timidez o la soberbia), escribió el discurso *La poesía, fundamento de la ciudad*, que luego dio origen a otra serie de ensayos sobre el tema.

En los primeros párrafos que presentan el libro, Zaid aclara: “Hay que ver la poesía en la práctica: en el mundo del trabajo y los negocios, del prestigio social y el poder político, de la ingeniería y las computadoras, de la vida amorosa y cotidiana.

“La inspiración creadora no sólo hace versos: sopla y mueve todo. En ese movimiento, la práctica no es algo estrecho, mecánico y sin misterio, sino creación; y la poesía es práctica: hace más habitable el mundo.

“Alguna vez la música fue todo lo inspirado por las musas, no una especialidad. Alguna vez poesía y práctica fueron sinónimos, con poca diferencia. Hacer cosas (productos, construcciones, escritos en prosa o en verso)

era *poiein* (de donde viene *poesía*). Hacer cosas (en el mundo de la acción) era *práttein* (de donde viene *práctica*). Desgraciadamente la poesía se ha vuelto cosa de especialistas y como muy opuesta a la práctica. Pero hay poesía en todo hacer inspirado.”⁵

Y en ensayos subsecuentes, con ejemplos de la vida diaria y entreverando una y otra vez asuntos poéticos con financieros, mercantiles o estadísticos para dejar claro los puntos de unión, explica su noción de poética que abarca desde el inicio del proceso creador. Empezar por una irre realidad, por un sueño que puede ir tomando cuerpo: “[...] lo práctico en general, la actividad humana, como actuación poética, encaminada a realizar prácticamente una imagen deseada o aceptada, un orden contemplable, una cierta visión de las cosas y de uno, actor y contemplador”.⁶

En el ensayo “La teatralidad en los negocios”, va desgranando, con gracia y esa cierta ironía que acompaña a la mayoría de sus textos, en qué consiste la conciencia dramática o idea de representación. Narra cómo en todo lo que hacemos nos situamos como personajes en un universo imaginario y hacemos de actor y espectador. Novelamos la empresa de nuestra vida y actuamos “por los mismos móviles que mueven a hacer versos, deportes, arquitectura o metafísica”.⁷ Y explica que lo mismo que una obra de teatro podría también encuadrarse financieramente, toda operación económica o de otro tipo también puede encuadrarse teatralmente.

En este actuar continuo surge también la idea de algo externo a nosotros, la unidad contemplable. Cita a Kunkel (no tenemos ilusiones: las ilusiones nos tienen) y a Ortega y Gasset (somos animales fantasiosos) y agrega una metáfora sencilla y clara: somos como el girasol, *heliotrópicos*. “No hay móvil humano que no apunte en la dirección de una unidad contemplable que nos mueve, nos atrae, nos inspira. No es algo que esté en el hombre, sino aquello sólo en lo que el hombre puede estar”. Termina el párrafo citando a Dieste, diciendo que actuamos orientados, necesitados de esa unidad. Inventamos lo necesario para estar en claro. La razón crea lo que el amor demanda.

Al darnos la capacidad de desdoblarnos para actuar como espectadores de nuestro propio actuar y del de los otros, la poética presenta ante los ojos lo que nos puede pasar a cada uno en distintas situaciones. En ese narrar o inventar historias, busca cómo se relacionan unas cosas con otras, tarea nada fácil porque la realidad no se presenta como algo textual, sino que es muy compleja.

Aristóteles consideraba la composición poética como algo natural, parte de la naturaleza humana. El hombre es el animal que cuenta historias, y parte del placer humano está en representarlas. Se refería a las imágenes que nos damos los hombres en el teatro. Para eso está el teatro, para reconocernos, identificarnos en lo que nos presenta. ¿Por qué interesan las representaciones? Porque, aunque sean ficción, detrás está la libertad y ver las consecuencias de lo que viene tras actuar libremente es interesante. La ficción del teatro, de la dramaturgia, no es mentira, sino representación de la realidad.⁸

Muchas historias que se cuentan tienen que ver con la propia identidad, el amor a la patria, a la familia, lo que me han dado, lo que

tengo y lo que sé. No sólo los avances científicos, sino también el conocimiento informal compartido. Eso, más que ninguna otra cosa, va integrando a la sociedad. Seguramente el interés por la poética se relaciona con el aprecio que muestra Zaid por la cultura popular en todas sus formas: poesía, canciones, juegos infantiles, arrullos, adivinanzas, mitos y leyendas... Está pendiente y se congratula cuando alguien recoge esas manifestaciones, las valora y hace algún levantamiento folklórico.

Por lo mismo, puede afirmar, por ejemplo, que las interpretaciones de nuestra realidad que hicieron Octavio Paz, Daniel Cosío Villegas, Jorge Ibargüengoitia, incluso los “corridos” (que narran sucesos históricos), son comparables con “obras públicas, sin cargo al presupuesto, que van integrando el país como las carreteras, los canales de riego, las redes de microondas”.⁹

Pero no sólo el teatro o la literatura cuentan historias. Lo hacen también los medios de comunicación, hablan de lo que ocurre aquí, allá o de lo que podría haber ocurrido. Pero relacionar ese acontecer cotidiano con cosas más complejas, como los fines ocultos, perdidos o tergiversados en el camino, no es fácil, porque la realidad no es una situación textual, hay que rastrear por debajo u otear por encima de los acontecimientos, de las historias, para establecer relaciones.

A lo largo de su obra, Zaid ha desarrollado esa capacidad para ver desde ángulos distintos, para encontrar esos fines subyacentes, para establecer relaciones y poder decir “esto es como...”. Su obra está llena de ejemplos concretos, sus razonamientos resultan de una lógica aplastante a la que llega por caminos inéditos. Con frecuencia toma una realidad de un ámbito y la presenta en otro para hacer ver, para resaltar la relación que ha encontrado.

4 José Antonio Marina, *Teoría de la inteligencia creadora*, Anagrama, Barcelona, 1993, p.27.

5 *Obras 2*, p. 13.

6 *Ibid.* p. 28.

7 *Ibid.* p. 25.

8 Varias ideas sobre la poética en Aristóteles provienen de apuntes de una clase de Juan José García Noblejas.

9 *Cómo leer en bicicleta*, “Los escritores y la política”, p.181.

Hasta que logra que exclamemos: “¡claro, así es!”, “efectivamente”.

Por ejemplo, cuando en *El progreso improductivo* habla de cuánto cuesta “producir” un campesino y un universitario dice: “Paradójicamente, en un régimen pobre, de actividades primarias, un hombre hecho de maíz (como en el *Popol Vuh*) puede producir más maíz del que costó. En cambio, en un régimen de lujo, no está tan claro que un hombre hecho de atención personal (como piden los mitos modernos) pueda llegar a producir más atención de la que cuesta”.

La vida no se puede limitar a hacer teorías y luego ver cómo se aplican, eso es lo adecuado para la técnica, pero no para la vida.

Y a continuación, con un giro sorprendente, añade a su cálculo de costos, un concepto de calidad, y descubre una nueva aplicación de la ley de Malthus. “La vida de una persona puede costar más atención personal de la que es capaz de producir. Aunque nadie es capaz de producir más de una hora de atención por hora, sí puede consumir muchas horas por hora. De aquí se sigue un límite malthusiano inesperado (que ya se empieza a notar): el tiempo que podemos dedicarnos unos a otros, y en particular los padres a sus hijos, los maestros a sus discípulos, los médicos a sus pacientes, las parejas y los amigos entre sí, etcétera”.

En otro texto titulado “Crear en el público lector”, se pregunta, por ejemplo, qué habría ocurrido en este país si dos grandes intelectuales, Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano, fundadores ambos de partidos políticos de oposición, hubiesen creído más en un medio que les era más afín, la palabra impresa: “Si en vez de tratar de crear una base electoral independiente,

hubiesen intentado crear un público exigente, una zona de la vida nacional regida por las exigencias de la verdad pública. Si, para poner ejemplos de acuerdo con sus inclinaciones, Gómez Morín hubiese hecho un *The Economist* y Lombardo Toledano un *New Statesman*.¹⁰

Entendida y aplicada así, la poética trae un aire fresco a un mundo racional y tecnificado. La vida no se puede limitar a hacer teorías y luego ver cómo se aplican, eso es lo adecuado para la técnica, pero no para la vida. En la técnica se deducen cosas y luego se

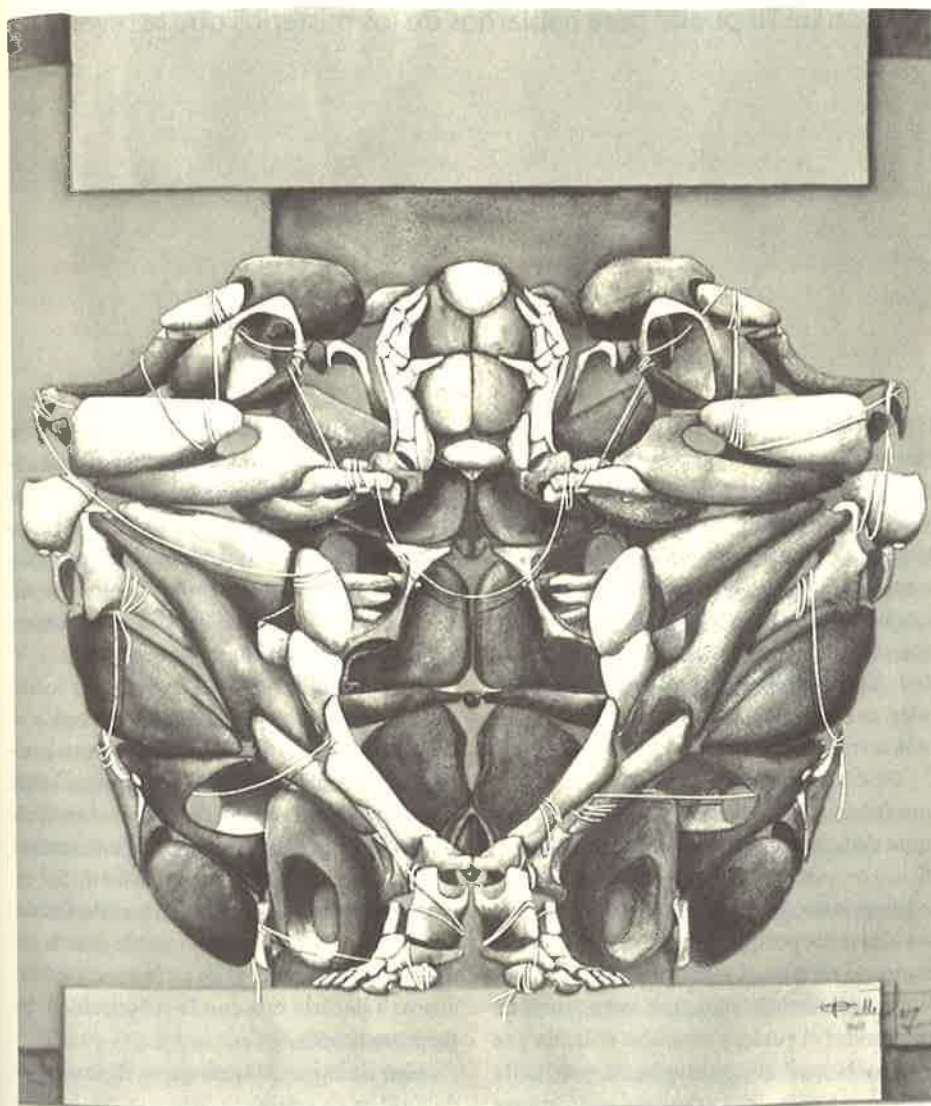
comprueban y aplican. La vida práctica supone más, es el “decidirse” sobre uno mismo y decidir sobre otras personas y cosas con libertad. En este ámbito, más que por las teorías nos movemos por esas ideas que soñamos en las que está implícita la búsqueda de la felicidad.

Lo práctico es un mundo lleno de aventura, de novedades que hemos de entender, y en un diálogo auténtico y genuino nos jugamos nuestro sistema de valores. Eso es lo que Zaid busca con sus reflexiones. Lo más práctico es una buena teoría, que implica una adecuada contemplación de lo que las cosas son para saber qué decisiones tomar. Así, se cuestiona sobre la pobreza en el campo, sobre los móviles con los que se trabaja en las pirámides de poder o sobre los porqués de las manifestaciones culturales...

Dice Ramón Xirau en relación con la obra zaidiana “Toda palabra lleva a otra, todo poema implica otros, todo libro es parte de esta conversación interminable, inabarcable que llamamos cultura”.¹¹

Por eso, cuando habla de sociología, economía, cultura o política, no se limita al análisis de las variables de esas disciplinas, sino que se pregunta sobre el bienestar interior, el crecimiento en plenitud de los actores y su felicidad. Y con la poética, habla continuamente de la ética y la estética. Se interesa por lo bello y se niega a considerar la belleza como un toque añadido al final.

“Una mayor conciencia del lado físico y material del conflicto entre amor, obra y libertad, como conflicto y como oportunidad creadora, no sólo en los grandes momentos, sino en las veinticuatro horas diarias, haciendo versos o política, ciencia o quehaceres domésticos, obra o diálogo íntimo, producción que es ocio y es negocio; tal parece ser el desbordamiento creador de la ambición de una poesía total.”¹²



¹⁰ *Ibid.*, p.175.

¹¹ Ramón Xirau, “Saludo a Gabriel Zaid”, *Vuelta* 96, p.17.

PATRICIA ABUXAPQUI

Frente al tiempo de un Reloj de sol

En *Cuestionario*, Gabriel Zaid, lanzó un desafío a sus lectores: abordar su poesía para cambiarla, seleccionarla, transformarla. El resultado fue *Reloj de Sol*. La poeta Patricia Abuxapqui se sumerge en esa nueva reunión de su poesía para hablarnos de los misterios que le revela.

HAY COSAS, PALABRAS QUE LE HABLAN A UNO con un lenguaje que no surge de la inmediatez; son una especie de eco surgido de un tiempo sin memoria, universal en la medida que lo entendemos en todas las lenguas de esta infinita Babel, y particular, íntimo, que casi desnuda la secreta parte que nos habita; nos revela y devela fragmentos de una realidad que nos atañe y nos sostiene, de una realidad que intuimos y vivimos a veces con los ojos cerrados.

Un día, en la exacta latitud, se encuentra uno frente a la poesía de Gabriel Zaid que te toma de la mano y te lleva al borde del precipicio y te invita a volar con ella, a lanzarte... y te lanzas o no, y una vez en el aire vuelas con sus alas o no, porque pueden no ser de tu tamaño, no ser para ti, o ser tan tuyas como las plumas remeras de cualquier ave a punto de emprender el vuelo; y entonces te habla y te dice cosas que sabías sin saberlo, y te invita a mirar y a ser mirado desde el ojo siempre

abierto de una pecera, que no es sólo bella a causa del "pez que no se violenta en circunloquios sucesivos", sino también de ese "verde olvido en declive" que pronto será devorado en un momento, que ya no veremos y que imaginamos y casi tememos por no romper el encanto de la tensión de la espera... como en el vientre materno.

En *Cuestionario*, Zaid invita a sus lectores a comentar sus poemas, a completarlos, a buscar en otro lado o a escribir nuevos poemas que se integren bien dentro de una serie determinada, a cambiar el orden o el título, a decir cuáles gustan y cuáles no y a descartar los que permanezcan mudos; *Reloj de Sol* es el resultado de esa depuración y es de donde hoy parto en su compañía, y desde donde, en un tiempo diferente al de su invitación, me atrevo a hacerla mía con la subjetividad de un gusto propio.

Algo de lo que más me gusta de la poesía de Zaid es su cotidiana sorpresa por lo que

sucede una y otra vez; se asoma a la vida cada día para volverla a ver, para volver a sentir, como si una novedad aguardase para ser revelada; el descubrimiento de un pez, de una palabra, de una mañana, de una certeza.

No te levantes, temo
que el mundo siga ahí.

Una advertencia desde una temida certidumbre que hemos vivido desde la fatalidad circular, como en "Las ruinas circulares" de Borges, y la medida de verso que se repite como han de repetirse los asombros.

Las nubes imponentes,
el encinar umbrío,
los helechos en paz.

Y un porqué que se esconde en vecindad con el miedo y que acorta la respiración al ritmo que el mismo verso se acorta.

Todo tan claro
que da miedo.

Otro asombro poético surge del arte de Ovidio y Botticelli y me hace volver a mirar el "Nacimiento de Venus", e imagino a Zaid fascinado frente al lienzo imponente en la Galería de los Uffizi, y algo de aquello que permanece intocado me habla desde su poesía.

Así surges del agua,
clarísima,
y tus largos cabellos son del mar todavía,
y los vientos te empujan, las olas te
conducen
como el amanecer, por olas, serenísima.

Así llegas de pronto, como el amanecer,
y renace, en la playa, el misterio del día.

Ahí, una imagen que conocemos y de pronto descubrimos que vuelve dibujada

nuevamente; palabra e imagen surgidas del misterio. Algo aún no dicho vuelve a vivir en la región en donde afloran las emociones, y un soplo de ese viento alejandrino nos vuelve al mar, con las olas.

Hay poemas-canciones, emisarios de una forma de decir y de pensar de nuestro pueblo; salen de adentro, desde la misma sangre que baila un mismo son.

Dame las alas, paloma,
para volar a tus vuelos,
para subir a los cielos
de otro cielo que no asoma.
Este cielo que me toma,
nieve y silencio temía;
y ha de caer todavía
mientras su voz se sustraiga:
- Si está cayendo, que caiga;
no ha de durar más de un día.

A mí, inevitablemente, me dan ganas de bailar.

A veces, Zaid llega a ser tan sintético, tan esencial, que sus poemas parecen nacer del relámpago y nos dejan en la pupila imágenes que no se van:

El agua se hace pájaros
contra la piedra azul.

Y nos acerca otra vez desde el mar hasta un acantilado, no sólo a verlo, lo escuchamos, lo sentimos salpicarnos la piel de pájaros y azul.

Los misterios de Dios
Perdido en el abismo
de un vaso de agua
demasiado visto

Con todas sus interrogantes, acuden también a su espíritu; también son su mundo y responde a él desde su sentido del humor, como en "Teofanías": "No busques más, no hay

taxis", o desde el "Desfiladero" en el que tarde o temprano, siempre a deshoras, transitamos desde que hombres somos y hombres nos decimos y hombres nos hermanamos con otros hombres de ayer:

[...] Pues tú, Dios displicente, no estás
hecho para el hombre.
Igual cierras el mundo que dejas ver su
hermosura.

[...] ¿Nos vas llamando, acaso, para
mejor estrellarnos?
Guárdame Dios de ti, que yo de mis
quimeras.
Agua mansa, buen Dios en jaula, ¡mal te
conoce quien te compra!

En ese eco de todos los hombres se escucha a Dostoievsky hablando en boca de Ras-kolnikov (el que utiliza la razón): "¡La belleza es cosa terrible y espantosa! Es terrible debido a que jamás podremos comprenderla, ya que Dios sólo interrogantes nos plantea."

El poeta también viaja, nos hace viajar en velero hasta Estambul, hasta Mikonos desde donde se ve caer el sol:

Un huracán de sol desmantela las casas.
La isla, dando tumbos, pierde sus velas
blancas.

Son imágenes claras, verdaderas; el poeta ve más cosas y las ve y las nombra diferente, como un dios desde el Olimpo; imaginamos desde su palabra, siempre así ese sol sobre Mikonos y sólo hasta hoy lo descubrimos desde sus ojos que nos vuelven a revelar lo que estaba ahí y que había que nombrar para volver a crearlo.

A Zaid también le gusta jugar y juega desde el dominio de las palabras y la experiencia; de ahí sale lo que yo llamaría su poesía cerebral porque es inteligente y ágil; puede deslumbrar desde su agudeza y

su ingenio, desde su sonrisa, pero a pesar de algunos versos luminosos, no me habla al corazón. De ahí ha surgido la Fábula de "Narciso y Ariadna", dedicada al Pequeño Larousse Ilustrado, llena de imágenes como un jardín de variegatas; nos reconocemos en el laberinto de espejos, en la incansable y somnolienta búsqueda para encontrar "horizontales decepciones filosas" que a tiempo mueren y a tiempo resucitan, siempre a ritmo sostenido del endecasílabo. Alcanzamos la luz en la Revelación, en la perseverancia del "...amante aquel que nunca quiso / abrir la sucursal de su sollozo".

Hace poco leí que Baudrillard menciona a la hermana gemela de Narciso y esto ha sido una novedad para mí; según él, Narciso estaba enamorado de su gemela; se vestían igual y eran indistinguibles. Un día, muere la hermana y comienza el ritual angustioso de Narciso de contemplarse a diario en un estanque para buscar, no su imagen, sino la de su hermana perdida para siempre. Este castigo que parece no salir de la plegaria que Aminias hace a los dioses y que es escuchada por Artemisa, me habla del manantial al que acudimos a vernos, a ver a nuestros gemelos, a buscar el rostro de la poesía para intentar encontrar una respuesta, un eco, un rastro de nosotros en el tiempo, en la eternidad. Zaid nuevamente retoma el mito de Narciso para agregarle un nuevo significado que lo embellece aún más:

En el espejo está la eternidad
que se queda mirada.
Cuando, por fin, dichosa parpadea,
el tiempo nace como interrupción.

El tiempo, la costilla de Narciso,
es una astilla de la eternidad,
espejo roto de Eco en Eco.

Creo que este es uno de mis poemas favoritos dentro de *Reloj de Sol*; es muy pensado, muy conceptual, y al mismo tiempo

nos descubre un algo más de lo perpetuo en la poesía que no hubiéramos sabido decir mejor.

De su análisis y su perplejidad surgen otros poemas que piensan, juegan y concluyen muchas veces con una duda, con una pregunta implícita.

Si te hundiera en una tina,
vería el volumen que desplazas.
Si te colgara de un pie,
hasta que punto eres un bulto.

Estoy perplejo porque eres.
Porque eres eso, eso y más que eso.
¿Acabaré de entenderte?
Te muerdo y sólo te desprendo un grito.
Te aprieto y vuelas en una carcajada.
¿Dónde está el alma, dicen los cirujanos?
¿Quién eres tú, digo yo?

Me fui de bruces en tus ojos.
No tenían fondo.

Otra cosa muy presente en la poesía de Zaid es su ingenioso humor, el juego con las palabras, la sonrisa en la mirada, como en "La Selva":

Me gusta acariciarte el hipopótamo.
Husmear lo que apenas perdices.
Acechar tu bostezo furibundo.
Disparar al vuelo de tu aullido.

O el juego con sonidos e imágenes que devienen en un Adán también jugueteón en "El Nacimiento de Eva":

[...] Mar de encaje: archipiélago de sillas.
El astillar me dejaste hecho astillas.
Salpicadas de hielo las costillas[...]

Al llamado de la muerte también acude Zaid, con sorpresa y claridad, sin dolor y refugándose en la imagen clásica de un cementerio; tan sereno el reposo:

Clara posteridad
de tranquilos cipreses
que entre las tumbas blancas
hacen clara la muerte

Zaid no roza el dolor con su poesía, no hay desgarramientos ni abismos; quizá enmudezca frente a él, quizá en esos momentos la pluma se le caiga de la mano; "*Il tempo è muto fra canneti immoti...*"¹ o quizá simplemente no quiera mostrarse. Grandes poemas ha dado el dolor:

"Pero yo sé que para mí no hay muerte.
Porque el dolor –¿y qué cosa soy más
que dolor?– me ha hecho eterna."²

Sin embargo, el amor está presente a lo largo de todo el libro:

Yo soltaba los galgos del viento para
hablarte.
A machetazo limpio, abrí paso al poema.

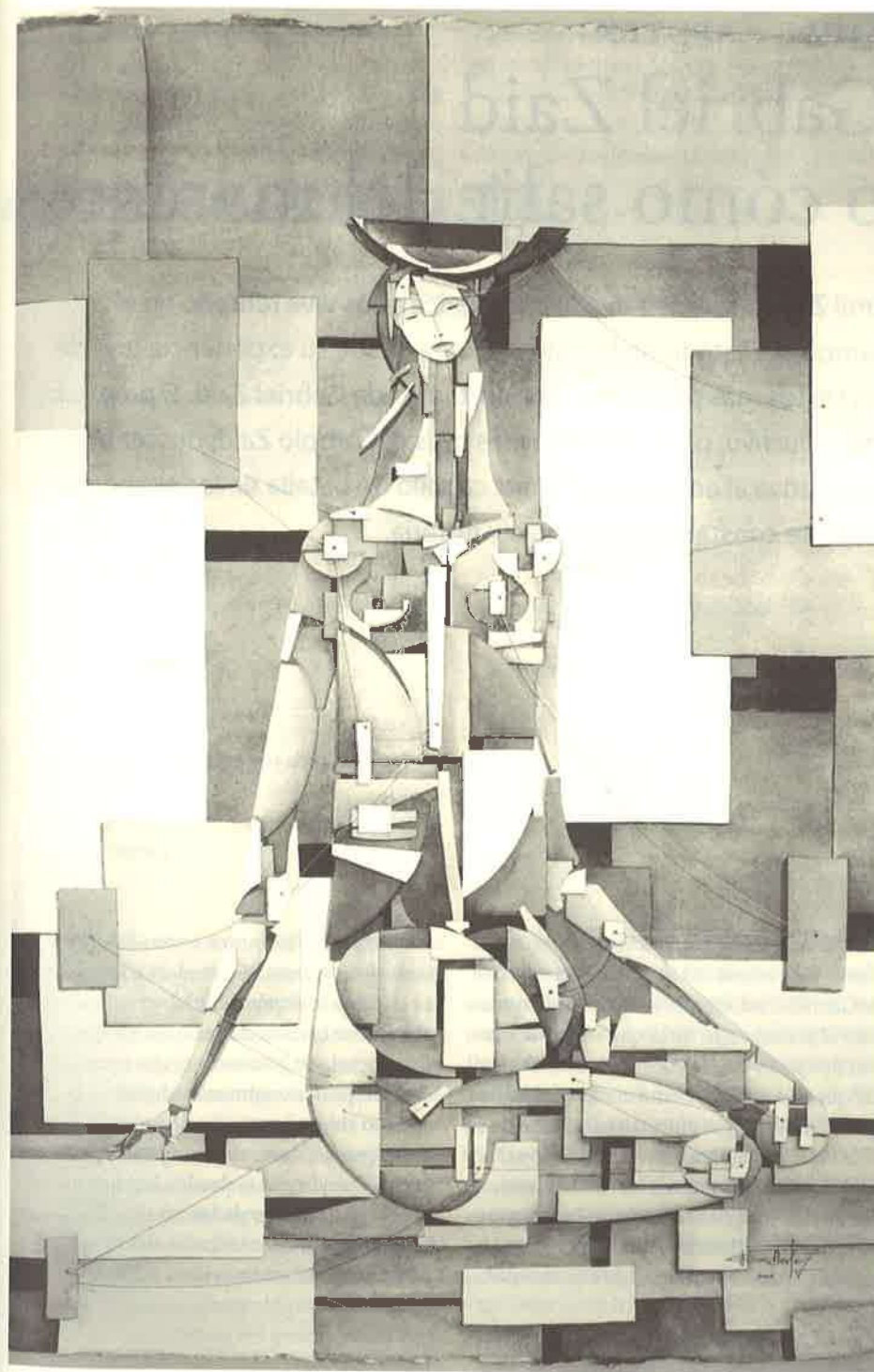
Es un amor alegre y agradecido, un amor
de aguas tranquilas, constante y cotidiano en

el que poco o casi nada está presente el
erotismo:

Mi amada es una tierra agradecida.
Jamás se pierde lo que en ella se siembra.
Toda fe puesta en ella fructifica...

Alguna vez Borges dijo que no sabía si era o no un buen escritor, lo que sí sabía con certeza es que había sido un gran lector, un lector agradecido; yo tomo ese último calificativo para mí y agradezco la poesía, la que se lee, la que se vive. Hoy algunos de estos poemas me han vuelto a abrir la puerta para asomarme al conjunto de cifras que nombra y devela la poesía, y esto siempre es un regalo.

He querido pararme frente a la poesía de Zaid desde todos mis sentidos, ajena y lejana a una respuesta teñida de tecnicismos y de análisis literarios; quiero ser ese lector (porque así he leído y disfrutado de la poesía) que está con su historia, su presente, sus miedos y sus sueños: "Una tarde con árboles, / callada y encendida", con su vida toda, en la rivera de un inesperado río por atravesar, a la "hora extraña" que marca su *Reloj de sol*. ➤



¹ El tiempo está mudo entre los cañaverales innóviles, *Il Dolore*, G. Ungaretti.
² "Lamentación de Dido", Rosario Castellanos.

ÉMILE ZAPOTEK

Gabriel Zaid o cómo salir del marasmo

Émil Zapotek, quien desde hace varios años vive retirado en el campo del Estado de Morelos, aborda desde su experiencia uno de los textos más profundos e importantes de Gabriel Zaid, *El progreso improductivo*, para, a partir de las tesis del propio Zaid, buscar una alternativa al empleocentrismo, caballo de batalla de los economistas y fuente constante de despojo y miseria.

*Ho nous mou oos pote mes sion marasmon
auton tha me*

Cavafis, He polis

DESDE HACE MÁS DE TREINTA AÑOS, EL AUTOR de esta reseña del *Progreso improductivo*,¹ de Gabriel Zaid, estudia la movilidad humana bajo el presupuesto de lo que se puede hacer con dos pies y dos buenos zapatos. Cabe indicar que ello me ha transformado en el hazmerreír de mis colegas universitarios, sobre todo de los que profesan un interés profesional por la locomoción humana. Llamam al tema de sus doctos estudios “ciencia de los transportes”. No hay nadie como ellos para ignorar las verdades fundamentales sobre la movilidad.

Creen que los hombres nacen lisiados y necesitados de llantas. Su modelo antropológico es el *homo transportandus*, por antonomasia el hombre carente de pies. Quien quiere ser miembro de su gremio tiene que compartir su ceguera profesionalmente adquirida: la caminata no sirve, el progreso llega por la autopista. Ya que sus deseos son improductivos, que no generan divisas ni deudas, hay que mandar al peatón al museo de los rezagos históricos. En cambio, las necesidades del *homo transportandus*, sea automovilista o pobre usuario

empleocentrista

de los autobuses, son respetables y deben ser fomentadas: contribuyen significativamente al incremento de la Deuda Nacional.

Una reflexión crítica sobre los transportes motorizados es inevitablemente una imagen simplificada —una especie de radiografía— del conjunto de las ilusiones de las cuales se nutre la ciencia económica. El sacrificio de la amenidad urbana para fomentar las necesidades del *homo transportandus* ejemplifica el saqueo de toda subsistencia fundada en la cultura para la propagación del *homo oeconomicus*, el modelo antropológico de los economistas. Los miembros del gremio económico son magos de la corte muy respetados en los

centros de poder: sus vaticinios no dejan de influir en la “toma de decisiones”. En cambio, mis colegas urbanistas y planificadores de autopistas y pasos a desnivel son sólo los primos pobres, poco prestigiosos y socialmente invisibles: ejecutan decisiones que toman otros. Sin embargo, es menos peligroso criticar las ideas económicas que resistir la tiranía vehicular. Rectificar aquellas certidumbres, que serán pronto monstruosas absurdidades, expone a risas burlonas hoy y a alabanzas póstumas mañana. Torear coches puede ser mortal. Pero tanto a los críticos de la economía (y hasta a sus historiadores) como a los defensores de la libertad de caminar se les excluye

¹ Siglo xxi, México, 1979; y Libros de Contenido, 1991.

de los debates políticos. En los foros públicos, los que hablan desde el podio profesan una forma popular de creencia en el *homo oeconomicus* y en su primo pobre.

Hace treinta años que me ejercito en responderles desde el público. Para conocer a mis contrincantes, he intentado entender lo que dicen los economistas cuando platican entre sí. Me he percatado de que definen su quehacer como la *observación de fenómenos de formación de valor bajo la presión de la escasez*. La escasez es el axioma fundamental de su ciencia. Un francés cercano a los "nuevos economistas" del Club de l'Horloge escribía al respecto: "El orden económico surge de la repartición de los recursos escasos entre individuos racionales interesados en satisfacer sus necesidades y deseos."²

Para Aristóteles, la oikonomía era específicamente el dominio en que no podía ocurrir lo que hoy define a la economía: la desproporción entre medios y fines.

"Escasez", "escaso" son palabras que no pueden faltar en las páginas introductorias de cualquier tratado de economía para principiantes: "Si los recursos fuesen ilimitados... no existirían bienes económicos, es decir, bienes relativamente escasos, y no tendría caso estudiar la economía [...]"³

Lo hemos entendido: "económico" y "escaso", *escasez* y *economía* son prácticamente palabras sinónimas. La escasez es el dogma o axioma según el cual los deseos y las necesidades de los hombres están irremediamente

desproporcionados en relación con sus medios o "recursos". La ciencia económica no es otra cosa que el conjunto de teoremas que se pueden elaborar a partir de esta desproporción axiomática. Otra definición de libro de texto de la economía es la siguiente: *la economía es la asignación de recursos limitados a fines alternativos* (léase: ilimitados). "Resulta difícil exagerar la importancia que la idea de la asignación de recursos tiene en la teoría económica y en su aplicación."⁴

La primera definición de la "ciencia de la asignación" expresa la pretensión de los economistas de saber mejor que usted lo que usted hace cuando va al mercado. La segunda habla de las asignaciones virtuales del *homo oeconomicus*, que es el títere sin vida propio del economista. Como el *homo oeconomicus* es producto de las mismas mentes que pretenden observar la manera en que usted "revela sus preferencias" cuando compra verduras, las dos definiciones son equivalentes para el economista. Para él, la economía es: 1) la observación de la asignación de recursos limitados a fines ilimitados y de los valores (manifiestos, por ejemplo, en precios) que esta asignación genera "bajo la presión de la escasez"; 2) un conjunto de hipótesis sobre las asignaciones efectuadas por el *homo oeconomicus* en el laboratorio-en-la-mente que es la ciencia económica.

Como yo no creo que la vida real y el "laboratorio" sean la misma cosa, tampoco doy por sentado que la primera definición sea equivalente a la segunda. La presión de la escasez que se resiente en las grandes tiendas cuando los clientes se desesperan al constatar que siempre hay más cosas que comprar que dinero para ello es una percepción endémica de la modernidad. Llámemosla *escasez* 1. El desequilibrio estructural con el cual el

economista ha programado a su títere, *homo oeconomicus*, es una construcción mental. Llámemoslo *escasez* 11. El postulado fundamental de la economía es que la escasez 1 es la consecuencia práctica de la escasez 11. En otras palabras, los economistas creen que, como la gravedad de Newton, la escasez es parte de la estructura del universo. Ambas se expresan en teoremas (la ley de la caída de los cuerpos y la escasez 11) y se verifican en la práctica (la manzana madura cae del árbol y uno siempre experimenta que tiene más deseos que medios para satisfacerlos).

En realidad, la escasez es *histórica*. En *La Gran Transformación*,⁵ Karl Polanyi describió el auge y la decadencia de la Era Económica que es la Edad de Hierro de la Escasez. Como concepto fundamental de la economía, la escasez hizo su aparición en el siglo de Hume y de Burke (quien aún la llamaba por su salvaje nombre de "Hambre"). Como experiencia, la escasez (re)sentida es un síndrome de inmunodeficiencia cultural adquirido en las instituciones mayores de las sociedades modernas: la escuela, los servicios de salud, las infraestructuras de transporte. Por ejemplo, el saber distribuido por las escuelas es por definición escaso: el penoso ascenso de la pirámide universitaria produce más reprobados que doctorados. A su vez, la movilidad administrada por las instituciones de transporte es escasa; de lo contrario no produciría ni deuda ni divisas. Y por supuesto que la salud suministrada por los hospitales es escasa, es decir, económica; de lo contrario no serviría de base a la prosperidad de las profesiones de la salud, ni permitiría que operarse la próstata en Houston fuera un signo de prestigio social.

La escasez 1 es la frustración inherente a los contextos institucionalizados para el fomento y el mantenimiento de la escasez necesaria para que haya economía. La escasez 11 es una simple desproporción aritmética: en el juego matemático del *Homo oeconomicus*, la primera regla dice que habrá siempre más funciones maximizables que poderes de maximización. El gran engaño de los economistas consiste en hacer creer que la regla de su juego es una ley natural, que, por lo tanto, la penuria es una característica intrínseca del mundo y que la naturaleza no sólo es una madrastra, sino que sus "leyes" prohíben imaginar algo mejor de lo que ofrece el Mercado. Por supuesto que si una sociedad restringiera los deseos posibles de tal forma que fueran adecuados a los medios disponibles, no habría escasez ni sentida ni teórica y, en tal sociedad no habría ciencia económica. Es lo que más o menos hicieron todos los pueblos hasta el inicio de la "tradición liberal" en el siglo XVIII.⁶ Antes, economía quería decir simplemente administración de la propia casa. Para Aristóteles, la *oikonomía* era específicamente el dominio en que no podía ocurrir lo que hoy define a la economía: la desproporción entre medios y fines.⁷ "La escasez es una institución social. Instituye el mundo moderno como lo sagrado instituía a las sociedades primitivas".⁸

La ciencia económica es un conjunto de tapa-ojos destinados a ocultar el carácter histórico, social, institucional de la escasez. Los economistas son especialistas costosamente entrenados para una forma contagiosa de ceguera. Sin embargo, a pesar del contagio, nadie puede ser tan ciego como un economista. Aquí vamos a hablar de un libro del que

2 Henri Lepage, *Demain le capitalisme*, Le livre de poche, Paris, 1978, p. 47. La traducción es mía.

3 Paul Samuelson, *L'Économie*, t.I, Armand Colin, Paris, p. 32.

4 E.J. Mishan, *Economía del bienestar*, Madrid, Ediciones Rialp, 1969, p. 185.

5 Karl Polanyi, *The Great Transformation. The political and economic origins of our time*, Beacon Hill, Boston, 1957 (1944).

6 Ver Marshall Sahlins, *Stone Age Economics*, Capítulo introductorio, Aldine-Atherton, Chicago, Nueva York, 1972.

7 Karl Polanyi, *The livelihood of man*, Harcourt, Brace, Jovanovitch, Nueva York, 1977.

8 Paul Dumouchel, "L'ambivalence de la rareté", en Paul Dumouchel y Jean Pierre Dupuy, *L'enfer des choses. René Girard et la logique de l'économie*, Seuil, Paris, 1979.

podemos adivinar que los economistas profesionales fueron renuentes a abrir. Y los que lo hicieron, podemos suponer que no lo entendieron. De haberlo hecho se sabría, porque seguramente habrían cambiado algo de su desastroso rumbo. *El progreso improductivo* de Gabriel Zaid fue publicado por primera vez en 1979 y una segunda edición salió en 1991. Se puede afirmar con seguridad que no fue acogido en el gremio económico, porque Zaid profesa un agnosticismo frente al dogma de los economistas: no cree en el *homo oeconomicus*. No ha sido entrenado para esa forma de ceguera selectiva que es la economía. No ve en la "ley de hierro de la escasez" el equivalente social de las leyes de Newton.

Zaid demuestra que el prejuicio empleocentrista amenaza con poner a los trabajadores del mismo lado de la ventanilla que a los políticos y a los capitalistas: del lado de los defensores del Empleo a toda costa.

Es más –y esto amén de que la reprobación de los economistas lo exponga al ostracismo de los educadores–, Gabriel Zaid es autodidacta. Su ciencia no es un bien escaso. Peor aún, ¿Zaid es generoso con sus inmensos saberes! Y los más preciosos de esos saberes se refieren precisamente a aquellas cosas que los economistas *deben* ignorar para poder funcionar como economistas. Así que, economistas profesionales, absténganse de leer las siguientes líneas. No están a su altura. Su ceguera les impide radicalmente entenderlas.

Zaid reformula la pregunta fundamental de todos los críticos de la economía que los economistas nunca contestan: ¿por qué existe una extraña coincidencia entre lo que la gente hace en un supermercado y las piruetas del *homo oeconomicus* en el laboratorio mental de los economistas, entre la observación de la realidad y la modelación, entre la *escasez I* y la *escasez II*? Escribe: "La práctica de los hombres prácticos, dijo Keynes, suele ser la teoría de algún economista difunto. Conviene recordarlo, hoy que ciertas teorías del difunto Keynes parecen la cosa más práctica del mundo; en particular, que es bueno dar empleo, aunque sea para abrir zanjas y volverlas a cerrar.

"En efecto, la proliferación de organismos, choferes y otros gastos suntuarios de la administración pública, la multitud de gente improductiva y frustrada que se ve en las oficinas estatales, muestran la fe keynesiana que se tiene en el empleo como algo valioso por sí mismo. Esta fe la comparten algunos empresarios privados, conscientes de que 'el gran reto para la iniciativa privada es la creación de empleos'".⁹

Las ideas que los economistas venden a los políticos son irremediabilmente *empleocentristas*. Más que nunca, los economistas creen 1) que su deber es fomentar el empleo con una gran E y 2) que hacerlo está en su poder. Esta doble falacia, nos dice Zaid, es un rezago de la teoría del "pleno empleo" del difunto Keynes. En cuanto a la coincidencia entre observación y elaboración mental, pienso que su carácter de aparente armonía *preestablecida* es un "efecto de tapa ojos" debido a la negación del carácter histórico, artificial, *instaurado* de la escasez. "La escasez *instaura* un orden [...] en que todos son exteriores a todos. La escasez es la exterioridad de los miembros de la sociedad".¹⁰



De percibirse la historicidad de la escasez, mi irritación frente al exceso de cosas en un supermercado no tendría nada que ver con el desequilibrio programado del *homunculus* de los economistas.

Para demostrar la absurdidad del empleocentrismo, Zaid cita sin nombrarlo a Ezra Mishan, uno de los representantes de la "economía del bienestar". Éste contaba el siguiente chiste: para fomentar el pleno empleo, el Secretario de Economía de Jaujalandia repartió a todos los desempleados en dos filas a la largo de una carretera. El primer grupo cavó una interminable zanja y el segundo grupo la rellenó, y cada quien recibió un sueldo merecido. Comenta Zaid: "Pero [...] abrir y cerrar zanjas que no le sirven a nadie, tampoco es muy creador: ha sido un método de tortura, como lo es convertir a una persona en burocrata. Ésta sería otra razón para dar dinero simplemente y no cualquier absurdo empleo a los pobres desocupados: no torturarlos".¹¹

La tortura no consiste en el uso del pico y la pala, sino en la ausencia de sentido de "abrir y cerrar zanjas". Forzar a ciudadanos a vivir en Absurdistán a cambio de un sueldo es una indignidad. La proliferación de las burocracias multiplica las situaciones que, por su sin sentido, son análogas a la de "abrir y cerrar zanjas". Podemos imaginar la conclusión feliz del cuento de Mishan: después de largas negociaciones, los que cavan zanjas y los que las rellenan obtuvieron el privilegio de administrar ellos mismos los fondos públicos destinados a sus salarios. Ya que el resultado de abrir y cerrar zanjas era prácticamente el mismo que el de no abrirlas ni cerrarlas, decidieron que seguirían recibiendo su sueldo sin necesidad de librarse a un trabajo sin sentido. Esto me recuerda debates que tuvieron lugar en París alrededor de 1975. El entonces presidente de la filial francesa de Volvo, el Sr. Gyllenhammar,

decretó que, ya que, directa o indirectamente, los transportes ocupaban a entre la cuarta y la tercera parte de los trabajadores franceses, habría que redefinir que su función social primaria era la creación de empleos. Escucharon bien: primeramente los transportes sirven para crear empleos y muy secundariamente para mover gente y cosas. Si es así, es permitido pensar que, tanto en París como en México, uno se movería mejor en su barrio si hubiera menos autopistas, ejes viales, pasos a desnivel y "segundos pisos", porque, por muy "necesarias" que sean estas estructuras para crear empleos, todas causan también distancias, que –lo que otra vez es bueno para el Empleo– hacen que su uso se vuelva compulsivo. En unas famosas "mesas redondas sobre el futuro del automóvil", Gyllenhammar increpó a los Verdes de Brice Lalonde oponiéndoles el ejemplo de los norteamericanos que, "en un gran afán de patriotismo, vuelven a los grandes carros de antaño". El chiste de Mishan sirve evidentemente para desactivar insensateces como las de las cúspides de la industria para las que lo "que se produce, a quien le sirve, para qué sirve [...] resulta secundario", no importa en tanto las necesidades creadas mantengan la demanda y con ella el empleo.¹² La pregunta que no quieren enfrentar es: si los transportes sirven ante todo para dar empleo, y, por tanto, para justificar sueldos, ¿cuál es la proporción de los trabajadores de los transportes que haría un bien a la sociedad si permanecieran en casa?

Zaid ataca el mismo predicamento desde el otro lado de la frontera, entre el campo y la ciudad. De los pobres que abandonan el campo para conseguir empleo en la ciudad, muchos serán obreros temporales en la construcción de nuevas infraestructuras de vialidad, otros serán choferes, taxistas o empleados del Gobierno. A su pesar, se

9 Op. cit., p. 88.

10 Dumouchel, op. cit., p. 184.

11 Zaid, op. cit., p. 92, 93.

12 Zaid, op. cit., p. 89.

volverán instrumentos de la *Alianza Tripartita contra el Público*,¹³ conformada por el Estado, la Empresa y los Asalariados. Contra la predicación usual de la lucha de clases, Zaid demuestra que el prejuicio empleocentrista amenaza con poner a los trabajadores del mismo lado de la ventanilla que a los políticos y a los capitalistas: del lado de los defensores del Empleo a toda costa: "[...] puede observarse una afinidad de intereses econó-

Más allá de ciertos límites, la creación de empleos no tiene sentido: ata a los ciudadanos a tareas tan desprovistas de sentido como abrir y cerrar zanjías.

micos entre el Estado, las grandes empresas privadas y el personal de ambos sectores, que explica lo que pudiéramos llamar la Alianza Tripartita contra el público".¹⁴ Esta "afinidad" legitimó el "Pacto Capital-Trabajo" preconizado por el Partido Comunista Mexicano a fines de los años cincuenta. Los empresarios lo justificaban por su supuesta contribución al crecimiento de la oferta de empleo a gente desterrada de sus pueblos —es decir, a la "proletarización" de los campesinos. Por su parte, los comunistas, "conocedores de las grandes Leyes de la Historia", añadían con un guiño que proletarizar a los campesinos era acelerar el advenimiento de la Revolución. En la izquierda como en la derecha, no se requiere mucha audacia para practicar un franco desprecio por los campesinos, como Marx, "que

exaltó la creatividad burguesa frente a la idio-
teza de la vida del campo".¹⁵

Zaid revela también que la falacia empleocentrista está íntimamente ligada con la visión de la economía desde la perspectiva de los productores, la *supply-side economics*. Sin la espiral "empleo-oferta-consumo", la industria no encontraría clientes solventes y sus mercancías se acumularían en las bodegas; es lo que entendió Henry Ford cuando lanzó el "modelo T", el coche de "sus" obreros.¹⁶

En la época en que Zaid escribía su libro, muchos críticos mexicanos del "Pacto Capital-Trabajo" preconizaban reorientar la mirada de los economistas hacia los efectos de su ciencia sobre el bienestar de los ciudadanos. A mi parecer, la parte más flaca de la obra reseñada aquí es precisamente la de su flirteo con esta corriente, entonces a la moda. Ezra Mishan impugnaba la economía-vista-desde-la-ventanilla-de-los-productores con estas palabras: "En esencia, se pensaba que el bienestar social era función de los bienes comprados, de los factores de producción ofrecidos por los individuos de la comunidad y, por último y para completarlo, de otras variables pertinentes",¹⁷ y añadía: "...un estudio del bienestar que se limita a la medición de cantidades de bienes y su distribución, no solamente se encuentra gravemente limitado, sino que es un estudio que positivamente está mal orientado [...]. Y ello porque las cosas de las que depende esencialmente la felicidad, como la amistad, la fidelidad, la percepción de la belleza [...] quedan fuera de su campo..."¹⁸

Zaid le hace eco: "Aumentar el empleo es una meta ridícula: la verdadera meta es aumentar la satisfacción de las necesidades, empezando por las necesidades básicas [...],

ya sea dentro o fuera del mercado, y a través de actividades que sean empleos o no lo sean [...]".¹⁹

Bien pensado. Desgraciadamente, Zaid no somete el concepto de *satisfacción* al mismo rigor crítico que aplica para el empleo. Parece olvidar que, como lo ha mostrado William Leiss, la excesiva abundancia de las mercancías limita las posibilidades de satisfacción porque este enriquecimiento ilusorio destruye las condiciones naturales y culturales de la satisfacción.²⁰ En vez de situarse decididamente fuera del espacio de la escasez instaurada, que es la economía, los abogados del bienestar pensaron que podían defender "las cosas de las que depende la felicidad" desde su posición de economistas. Más que acelerar la espiral empleo-salario-oferta-consumo y maximizar con ello la producción y circulación de mercancías vendibles, preconizaban bienes y servicios más adaptados a las "necesidades" de los pobres. Era caer en la trampa que denunciaba el mismo Zaid: "La pretendida ayuda a la población más pobre, a través de la transferencia de servicios en especie, ni llega a esta población [...] ni corresponde a sus necesidades: consiste en ampliar la oferta de servicios costosos, dando empleo burocrático, institucional, académico, a la clase media urbana, y sobre todo a la universitaria, que es la que más partido le saca a los problemas nacionales para aumentar la venta de sus servicios [...]".²¹

En nombre de las necesidades de los más pobres, se les "ayuda" mediante bienes y servicios inadecuados cuyo suministro "sirve" principalmente a los que los suministran. En

condiciones de economía, es decir, de escasez instaurada institucionalmente, la "ayuda" institucional no es más que una forma de desprecio,²² un subirse en las necesidades de los demás y servirse de ellas.²³

Zaid, que no es economista y no pretende serlo, se ha sin embargo dejado seducir por el canto de sirena de la Economía del Bienestar. A veces parece compartir su orientación: la cuestión central de la economía es el consumo (o la pertinencia de la oferta), no el empleo.²⁴ Si los economistas pudieran dejar de gestionar la escasez en la perspectiva de los productores y lo hicieran en pro de los consumidores, entonces, la magnitud que habría que maximizar sería la *satisfacción*. En esta visión, los bienes económicos —es decir escasos— podrían nuevamente evaluarse como *satisfactores*. Zaid entiende que el complemento de la palabra "satisfactor" es la locución "de necesidades", pero no parece ver que hablar de satisfactores (necesariamente escasos) de necesidades (inevitablemente imputadas por expertos) cierra otra vez la jaula que todo su libro pretende abrir. En una sociedad dominada por los "universitarios", es decir, por profesionales y expertos, las necesidades las diseñan los mismos que pretenden satisfacerlas.²⁵ He llegado a pensar que en el fondo Zaid entiende esto perfectamente —ver la cita anterior—, pero que no dispone de un vocabulario a la altura de su comprensión. Creo que esta discrepancia entre comprensión íntima y palabras para expresarla es, desde el título mismo, el escollo mayor de *El progreso improductivo*. Véase al respecto el contexto cambiante en que Zaid habla de "los satisfactores" y de

13 *Ibid.*, p. 88.

14 *Ibid.*, p. 88.

15 *Ibid.*, p. 60.

16 *Ibid.*, p. 92.

17 E. J. Mishan, *Economía del bienestar*, Ediciones Rialp, Madrid, 1969, p. 34; (título original *Welfare Economics*, 1969).

18 *Ibid.*, p. 119.

19 Zaid, *op. cit.*, pp. 16 y 17.

20 William Leiss, *The Limits to Satisfaction: on Needs and Commodities*, Marion Boyars, Ideas in Progress, London, 1978.

21 *Ibid.*, p. 21.

22 *Ibid.*, p. 59.

23 *Ibid.*, p. 60.

24 *Ibid.*, p. 92.

25 Ver Iván Illich, "Profesiones inhabilitantes", en Iván Illich, Irving Zola, John McKnight, Jonathan Caplan y Harley Shaiken, *Profesiones Inhabilitantes*, Blume Ediciones, Madrid, 1981 [1977].

la satisfacción que supuestamente procuran: habría que "aumentar la satisfacción de las necesidades".²⁶ Para ello, sería preciso crear una oferta de "satisfactores rústicos",²⁷ evitando "la falsa satisfacción de demandas populares",²⁸ que no es más que una modernización de la pobreza. Pero la vivacidad del pensamiento

El crecimiento de cada servicio nuevo se alimenta de la muerte de una capacidad otrora común de hacer y de decir, de caminar o cantar.

trasciende la torpeza de las palabras: no se trata de ofrecer bienes y servicios mercantiles a los campesinos o "pobres", sino "medios" para la autoproducción de los "satisfactores de su elección".²⁹ Finalmente, lo que es una de las tres grandes propuestas de Zaid: hay que darles dinero para que ellos mismos gestionen la obtención de los satisfactores de su elección,³⁰ y lo que es más importante, ofrecerles herramientas para producirlos.³¹ Retomemos los pasos del razonamiento: 1. Más allá de ciertos límites, la creación de empleos no tiene sentido: ata a los ciudadanos a tareas tan desprovistas de sentido como abrir y cerrar zanjas. 2. La ausencia de sentido es una tortura: conmina a vivir no en una República, sino en Absurdistán. 3. Para escapar de esta tortura, Zaid propone realizar el corto circuito implícito en el cuento de Mishan: que se garantice una renta de base a los ciudadanos a fin de que nadie tenga que "abrir y

cerrar zanjas". Es evidente que esta propuesta es un intento de recobrar el sentido de la actividad productora y, con ello, del "trabajo", *proscribiendo el encadenamiento a labores insensatas*. Es una propuesta que ataca de frente el dogma de la escasez. Para ponerla a debate, me veo obligado a reinsertarla dentro de las innovaciones imaginadas por el autor.

El autor de *El progreso improductivo* propone tres líneas de acción para salir del marasmo de la economía empleocentrista: 1. *Imponer límites al consumo de atención personal*, 2. *Reestructurar el mercado interno para que su oferta sea "pertinente", es decir, apropiada a la cultura y al arte de vivir del "México profundo"* y 3. *Repartir [parte de] el ingreso nacional en efectivo más que en "servicios en especie" no pertinentes*.

Límites al consumo de atención personal

Hasta el más laborioso de los autores tiene momentos de iluminación. Me dirigía lentamente hacia la conclusión de este artículo cuando Jean Robert y Javier Sicilia me invitaron a una tertulia en torno a la obra de Iván Illich, *El género vernáculo*.³² Leímos la nota 112 de ese libro, y en ese momento yo no hubiera podido leer nada más pertinente. Illich habla ahí de la *atención* profesional y la define como "la máscara del amor". La solicitud cristiana, la "caridad" se ha transformado en atención institucional. En una sociedad sobreproductora de bienes y servicios, la primera utilidad del ciudadano consiste en ser objeto de atención por parte de los que detentan el monopolio radical de su producción: los profesionales y los expertos. Zaid fue precursor. Tres años antes de que Illich hiciera

esta aclaración, Zaid escribía: una limitación de la atención institucional "...pudiera convertirse en una oportunidad de vivir pobremente en el campo, sin necesidad de emigrar, pero contando con satisfactores básicos, y otros que son un lujo en las grandes ciudades: aire, espacio, tiempo".³³ La milpa "...da más semilla que la sembrada. Lo mismo sucede con la atención barata [no profesional, no institucionalizada]: la de los hombres de maíz. La atención personal, como el maíz, es [aquí] al mismo tiempo insumo y producto, costo y beneficio, bien de consumo y bien de capital, de un proceso reproductivo que puede operar con superávit o con déficit".³⁴

¡Pensamiento justo!, en la camisa de fuerza de terminajos innecesariamente retomados de la teoría de la escasez. Zaid hubiera podido recordar que, tradicionalmente, los hombres de maíz definen sus necesidades en los mismos actos que las satisfacen: para ellos no hay desequilibrio estructural entre las herramientas y los fines. La escasez no es el horizonte de su cultura. Por lo tanto, sería preciso no contaminarlos con una teoría cuya función principal es promulgar el desequilibrio entre medios y deseos. Pero Zaid es profético al advertir que los fanáticos de la palabra "auto" (auto-ayuda, auto-producción, auto-construcción, auto-gestión) abren paso a los *facilitadores* de lo que Illich llamó alguna vez la "economía de la masturbación", es decir, la contabilización económica de lo que la mano izquierda puede hacer de la mano derecha. Por su parte, Zaid increpa las ominosas "Juntas Coordinadoras de Elefantes Blancos",³⁵ invención verbal digna de la "Conatole" de Rius. Sin *facilitadores* en auto-ayuda,

elefantes blancos o Conatole, en una sociedad más equitativa que el orden económico, "...muchos intercambios dejarían de ser costosos, y la gente se atendería a sí misma [sin masturbación contabilizada] siempre que los costos/beneficios de la división del trabajo, en condiciones de igualdad [equidad], resultaran bajos o negativos. Esto cambiaría la distribución de actividades: unas se reducirían o aumentarían, otras aparecerían, desaparecerían o se modificarían [...]".³⁶

La misma "división del trabajo" de la sociedad industrial es producto del prejuicio de la escasez. Un jardinero que gana veinte pesos la hora no va a pagar quinientos pesos por la atención de un psicólogo y no quiere tener que pagar doscientos por la consulta de un médico. La incosteabilidad de estos intercambios limita de por sí la proliferación de los servicios de atención personal y la gente inventa estrategias de evitamiento. Limitar los servicios de atención personal tiene como contraparte apoyar estas estrategias y practicarlas. Por su parte, Zaid, otra vez profético, recomienda la auto-marginación de las "carreras trepadoras" y de los servicios que ofrecen.³⁷

Desde los albores de la modernidad, el mecanismo de creación de la escasez necesaria para la intensificación del despotismo mercantil fue el *desvalor*. "Más allá de ciertos umbrales, la producción de servicios puede hacer más daño a la cultura que la producción de mercancías lo ha hecho a la naturaleza", objetaba Iván Illich a la idea de una economía reestructurada en torno a los servicios que propagaba el Club de Roma alrededor de 1970.³⁸ Lo que destruye la naturaleza es la

26 Zaid, *op. cit.*, p. 17.

27 *Ibid.*, p. 21.

28 *Ibid.*, p. 20.

29 *Ibid.*, p. 12.

30 *Ibid.*, p. 17.

31 *Ibid.*

32 Iván Illich, *El género vernáculo*, Joaquín Mortiz/Planeta, México, 1990 (título original, *Gender*, New York, Pantheon Books, Nueva York, 1982; Heyday, San Francisco, 1989 [1982]).

33 Zaid, *op. cit.*, p. 14.

34 *Ibid.*, pp. 35 y 36.

35 *Ibid.*, p. 37.

36 *Ibid.*, pp. 43 y 44.

37 *Ibid.*, p. 56.

38 Donella y Dennis Meadows *et al.*, *Los límites del crecimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, citado por Zaid, en *ibid.*, p. 358.

acumulación del Desecho. Lo que destruye a la Cultura es el *Desvalor*, definido como la destrucción de capacidades innatas –por ejemplo la de caminar– o culturales –como el arte de sufrir y de morir–, previas a la creación de los valores que supuestamente las sustituyen.³⁹ Por ejemplo, para fomentar el valor de las construcciones dirigidas por arquitectos, se tiene previamente que prohibir que un maestro albañil construya su propia casa sin la supervisión de un arquitecto. O, para dar

Los bienes ofrecidos deben mantener el equilibrio entre “lo que puedo hacer por mí mismo” y lo que “necesito que otros hagan para mí”.

valor de mercado a sus recomendaciones, los economistas y los educadores tienen que desalentar la lectura del libro de Zaid. Edward P. Thompson ha mostrado que la constitución histórica del “valor trabajo” fue precedida por la desvalorización de la vieja “economía moral”.⁴⁰ Por supuesto que hay que limitar la proliferación de los servicios: más allá de un umbral crítico, el crecimiento de cada servicio nuevo se alimenta de la muerte de una capacidad otrora común de hacer y de decir, de caminar o cantar.

Fomentar “ofertas pertinentes” en los mercados internos

En tiempos de Allende, el Ministerio de la Salud de Chile tomó la valiente decisión de reducir la farmacopea, es decir, la “oferta de

fármacos”, a una centena de productos identificados por su composición química. Siento cierta afinidad entre esta medida y las que propone Zaid: “Se han diseñado conjuntos de satisfactores para circunstancias tan restrictivas como el viaje a la luna [...]. ¿Será imposible diseñar modelos satisfactorios con la restricción contraria, modelos de vida pobre que tengan muchísimo sentido humano, sin hacer consumo de recursos costosos, pero cumpliendo por supuesto con todas las condiciones necesarias para una vida sana, limpia, culta y [...] elegante?”⁴¹

El proyecto es claro: elaborar *criterios de diseño* cualitativos y cuantitativos para una oferta adecuada o pertinente en el mercado interno, particularmente en el campo y en las pequeñas ciudades. Después de un cuarto de siglo, ya es tiempo de empezar.

La afirmación de la pobreza como ideal lleva a distinguirla de la miseria. Según el escritor francés Charles Péguy,⁴² un abismo separa a una de la otra: ambas se ubican en lados opuestos de la línea que separa la moral de la economía. Dentro de las reglas de la subsistencia o “economía moral” tradicional, el más pobre tiene acceso a los ámbitos de comunidad y no muere de hambre a menos que todos estén hambrientos. La escasez instaurada por la economía moderna es una máquina para transformar la pobreza en miseria: “...la alteración moral del carácter de la vida, que es la marca indeleble de la miseria, es universal en la institución social de la escasez”.⁴³ Una oferta pertinente para un modo de vida pobre y para una regla moral respetuosa de este modo de vida debe deslindarse de la máquina de producir escasez, es decir, miseria. En

otras palabras, no puede resultar de la planeación económica. Requiere decisiones políticas, y quien dice decisión política dice actores políticos. En otras palabras, la propuesta de Zaid no debe mantenerse al nivel del “¿qué hacer?”, sino que debe preguntar también “¿con quién?” y, sobre todo, “¿por quién?”.

Como articulista, sólo puedo poner mi imaginación a soñar con *una* manera de crear una oferta adecuada para un modo de vida pobre y respetuoso de la pobreza.

Primero, como lo suele decir Gustavo Esteva, “hay que cercar a los cercadores”. Históricamente, la propagación de la economía de la escasez ha devastado el modo de vida de los pueblos transformando el campo en un mercado de predios cercados. El mercado cerca, reduce los ámbitos de comunidad, confina a los comuneros en especies de reservas o los condena a la suburbanización forzada. Para que la oferta sea adecuada con un modo de vida respetuoso de la pobreza, tanto los lugares y tiempos como la extensión de los mercados deben estar estrictamente limitados, como son las “plazas” y los tianguis tradicionales, con sus días y sitios adscritos por decisiones comunitarias o por tradición.

Segundo, los bienes ofrecidos deben mantener el equilibrio entre “lo que puedo hacer por mí mismo” y lo que “necesito que otros hagan para mí”. Coincido plenamente con Zaid en que, en el “buen mercado”, es decir, en el *mercado constreñido por el modo de vida local*, una buena proporción de los bienes ofrecidos debe ser herramienta para la acción autónoma.

Tercero, estas herramientas deben favorecer actividades productoras que, a su vez, fomenten otras actividades tendencialmente autónomas. Creo que el autor de *Hacen falta empresarios creadores de empresarios*⁴⁴ no me contradeciría.

Cuarto, en su mayoría, los criterios de diseño para bienes y herramientas adecuados en mercados restringidos deben ser *negativos*: deben definir lo que estas herramientas *no* deben ser más que lo que deben ser. Por ejemplo: ninguna herramienta ofrecida deberá poner un poder desmedido en manos o bajo las asentaderas de quien la compre.

En 1979, Zaid aún no había reconocido a los campesinos e indígenas como *sujetos*. En vez de ello, habla de un conglomerado amorfo que él llama “los pobres”. Es la gran deficiencia de esta sección del libro. Hoy queda claro que hay que invertir la cuestión de los ricos de entonces, “¿qué hacer con los pobres?”. (En este contexto, la referencia a la “modesta propuesta” de Jonathan Swift me entristeció).

Dar dinero...

Estoy convencido de que el obstáculo mayor a la propuesta de garantizar una renta en dinero a los que se comprometen en seguir viviendo en el campo no es la “falta de recursos”. Bastaría con limitar el despilfarro de las “Juntas Coordinadoras de Elefantes Blancos” para que cada Estado tuviera recursos con qué asegurar un ingreso decoroso a los mexicanos que se comprometen con el modo de vida tradicional de su pueblo. Por otra parte, ¿qué cuestionamiento de la escasez puede ser más práctico que el que consiste en negar su imperio practicando el don? También entiendo que, como alternativa al “abrir y cerrar zanjás”, la propuesta es racional.

Quizá mi objeción mayor sea que un don sin contraparte visible es contrario a la reciprocidad propia de los pueblos que, de una u otra forma, aún practican el don.

Ahora bien, si un economista con cierta cultura histórica lee estas líneas, objetará: “¡Speenhamland!”. De 1798 a 1834 prevaleció en Inglaterra una ley que garantizaba

39 Iván Illich, “Disvalue and the social creation of waste”, conferencia pronunciada en la Universidad Meiji de Tokyo en respuesta a Yoshiro Tamanoi, Atsushi Tsuchida y Takeshi Murota, “Toward an entropic theory of economy and ecology”, *Economie Appliquée*, Vol. XXXVII, 1984, No 2, pp. 279-294.

40 E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Random House, New York, 1966.

41 Zaid, *op. cit.*, p. 61.

42 Charles Péguy, “De Jean Coste”, en *Oeuvres Complètes*, t. II, Slatkine Reprint, Ginebra, 1974, p. 47.

43 Dumouchel, *op. cit.*, p. 207.

44 Gabriel Zaid, Océano, México, 1999.

el pan a los pobres si permanecían en su parroquia natal. La Ley de Speenhamland fue complementaria del llamado Acto de Residencia, y los primeros economistas liberales se afilaron los dientes en la crítica de ambos. Los economistas suelen criticar el Edicto de Speenhamland por haber retrasado la creación de un "mercado nacional del trabajo" y la transformación de los pobres rurales en proletarios urbanos. Al contrario, los historiadores suelen alabarlos por haber sido, para Inglaterra, una suerte de seguro contra la serie de revoluciones que ocurrieron en Francia entre 1789 y 1848. Como crítica a la propuesta de Zaid, el argumento "Speenhamland" es ambiguo.

Quizá sea más caro encerrar a los que cometen delitos que darles un premio si se abstienen de ello, pero lo último sería inmoral.

Finalmente, no faltará el argumento de que el premiar a los que no entran en el juego absurdo de "abrir y cerrar zanjas" —y por lo tanto se quedan en el campo en vez de engrosar las filas de los demandantes de empleo en las ciudades—, es un subsidio a la abstención del mal. Quizá sea más caro encerrar a los que cometen delitos que darles un premio si se abstienen de ello, pero lo último sería inmoral.

Pero hay que volver a la propuesta original de Zaid, un verdadero plan de distribución alternativa de la "riqueza" de las familias: "El conjunto de las familias aportaría parte de sus ingresos [...] a una charola común, de la cual se repartiría a partes iguales en todos los hogares [...] Esto quiere decir (con base

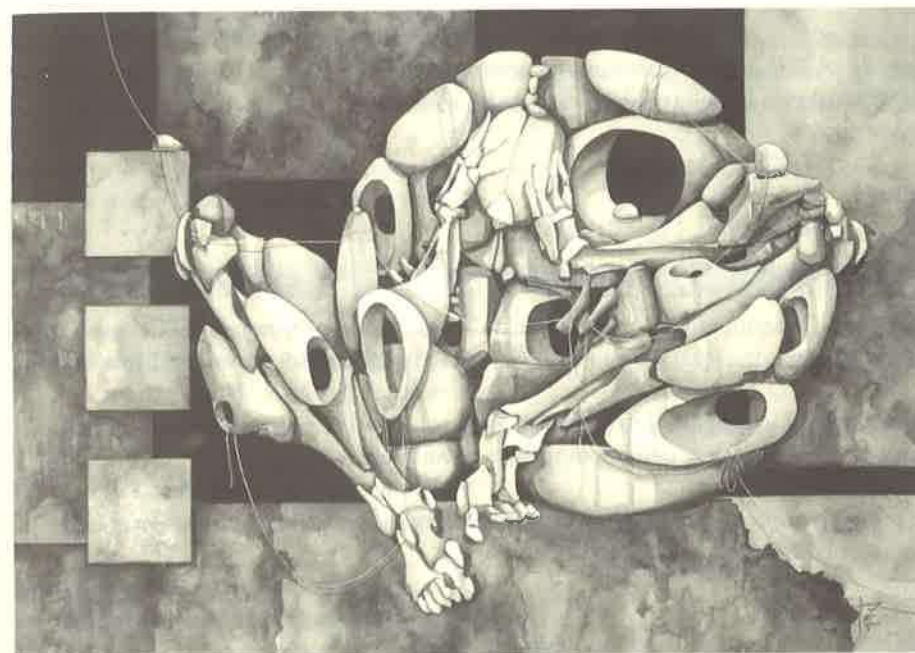
en cifras de 1979) que la familia con el mínimo ingreso (\$300) daría \$30 y recibiría \$1,520 (el 10% del promedio), lo que quintuplicaría su ingreso a \$1,250 (\$300 menos \$30, más \$1,250). La familia promedio quedaría igual (daría \$1,250 y recibiría \$1,250). La familia con ingresos de más de \$12,500 tendría una pérdida neta, mayor en cuanto mayores fueran sus ingresos (pérdida tolerable políticamente porque, en términos porcentuales, crecería de 0 a 10% de sus ingresos). La desigualdad del promedio al mínimo se reduciría a la quinta parte: en vez de 42 a 1 se volvería de 8 a 1."⁴⁵ Creo que Zaid pone el arado frente a los bueyes. Es por el párrafo final que tendría que empezar. No habrá equidad social sin una reducción drástica de la escala de los ingresos. En la medida en que funcionó como una empresa comercial, el CIDOC de Cuernavaca mantuvo una escala de 3 a 1. La decisión de mantener tal proporción era resultado de una decisión común de todos los colaboradores. A escala mayor, tal decisión requiere de consejos anclados en lugares reales: empresas, comunidades, pueblos, municipalidades. Como reconoce Zaid, le pertenece tomarla a quienes actúan como socios.

En las primeras etapas de la industrialización, la atención del público crítico se concentró sobre la propiedad de los medios de producción y sobre la distribución equitativa de los productos. En este aspecto, la propuesta de Zaid sigue siendo una propuesta de *justicia distributiva*. Hoy, en cambio, los acuerdos comunitarios deberían enfocarse cada vez más hacia la autolimitación de aquellas dimensiones que constituyen la base para el control social sobre la producción. "En la etapa por la que atravesamos desde los años 60, la definición social de un máximo, en relación con ciertas características básicas de los productos de una sociedad, debería ser la meta

política más importante".⁴⁶ Puedo imaginar la creación de comunidades en las que la aceptación de un tope tanto para el poder tecnológico como para la porción de la riqueza social de cada uno, sea una condición de admisión. También se puede predecir que el Sr. Slim y sus semejantes, en monstruosa inflación plutocrática, no pedirán ingresar a estas comunidades autolimitadas. Estas tienen más posibilidades de arraigarse en las comunidades rurales en que ya existe una larga tradición de equidad práctica.

En 1996, la novelista francesa Viviane Forrester escribió un libro que puso radicalmente en duda la legitimación social del empleo como sistema de producción y

de distribución de la riqueza social.⁴⁷ Zaid se adelantó diecisiete años a sus críticas. *El progreso improductivo* es un libro que hay que volver a leer absolutamente. Es necesario, también, repensar sus argumentos bajo la despiadada luz de la destrucción de patrimonios, seguridad, dignidad de la pobreza e insalubridad, debida al Desarrollo⁴⁸ durante los últimos veinticinco años. Tenemos que decir un adiós definitivo a nuestras ilusiones económicas. Por lo pronto, hay que gritar un no radical al espejismo de riqueza con el que los destructores de los patrimonios nos tratan de seducir: fuera Costco del Casino de la Selva en Cuernavaca y Walmart de Teotihuacán.



46 Valentine Borremans e Iván Illich, "La necesidad de un techo común; el control social de la tecnología", en CIDOC Documento IV, CIDOC Cuadernos Núm. 82, Cuernavaca, julio 1971-Agosto 1972, pp. 71/4/1-3, reproducido en Iván Illich, *Némesis médica: La expropiación de la salud*, Joaquín Mórtilz/Planeta, México, 1984, pp. 367-371.

47 Viviane Forrester, *El horror económico, una nueva dictadura*, Anagrama, 1996 (título original: *L'Horreur économique*, Fayard, París, 1998 [1996]).

48 Wolfgang Sachs, *El diccionario del desarrollo*, Pratec, Lima, 1996, Título original: *The Development Dictionary*, Londres, Zed Books, 1992.

Obras de Gabriel Zaid

Poesía

Seguimiento, Fondo de Cultura Económica, 1964.

Campo nudista, Joaquín Mortiz, 1969.

Práctica mortal, Fondo de Cultura Económica, Letras Mexicanas, 1973; Conaculta, 1992.

Cuestionario, Fondo de Cultura Económica, 1976.

Sonetos y canciones, El Tucán de Virginia, 1992.

Reloj de sol, El Colegio Nacional, 1995; Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998; ISSSTE, 1999.

Ensayo

Los demasiados libros, Carlos Lohlé, 1972; Anagrama, 1996; Océano, 2000.

Leer poesía, Joaquín Mortiz, 1972; Fondo de Cultura Económica, 1987; Océano, 1999.

Cómo leer en bicicleta, Joaquín Mortiz, 1975; SEB, Lecturas Mexicanas, 1996; Océano, 1996.

El progreso improductivo, Siglo XXI Editores, 1987; Editorial Contenido, 1991; Océano, 1999.

La poesía en la práctica, SEB, Lecturas Mexicanas, 1985; Fondo de Cultura Económica, 1986; Editorial Contenido, 1992.

De los libros al poder, Grijalbo, 1988; Océano, 1999.

La economía presidencial, Editorial Vuelta, 1990; Editorial Contenido, 1992; Océano, 2000.

Ensayos sobre poesía, El Colegio Nacional, 1993 (incluye: *La poesía en la práctica*, *Leer poesía* y *Tres poetas católicos*).

La nueva economía presidencial, Grijalbo, 1994.

Adiós al PRI, Océano, 1995.

Hacen falta empresarios creadores de empresarios, Océano, 1999.

Tres poetas católicos, Océano, 1997.

Crítica del mundo cultural, El Colegio Nacional, 2004 (incluye: *Los demasiados libros*, *Cómo leer en bicicleta* y *De los libros al poder*).

Antología

Ómnibus de poesía mexicana, Siglo XXI Editores, 2000.

Asamblea de poetas jóvenes de México, Siglo XXI Editores, 1980; Editorial Contenido, 1991.

IXTUS

Formato de suscripción

Nombre _____
 Dirección _____ Colonia _____
 Ciudad _____ Estado _____ C.P. _____
 R.F.C. _____
 Estado civil _____ Ocupación _____ Edad _____
 Teléfono _____ e-mail _____

Forma de Pago

Suscripción 1 año (6 ejemplares, \$200), en el extranjero 120 U.S.D.

Suscríbase hoy mismo a *Ixtus* depositando a la cuenta de Scotiabank Inverlat No. 8151547 a nombre de Editorial Jus S.A. de C.V. y envíe su ficha de depósito junto con este formato de suscripción vía fax al (55) 5093 1921 y/o 75. **Reciba como regalo el libro *El bautista* de Javier Sicilia.**

Para cualquier duda, queja o sugerencia, contáctenos a suscripciones@jus.com.mx o visítenos en www.jus.com.mx

Queremos conocer su opinión

¿Cómo califica el contenido de *Ixtus*?

Excelente ☐ Muy bueno ☐ Bueno ☐ Regular ☐ Malo ☐

¿Cuántas personas, además de Ud., acostumbran leer su ejemplar de *Ixtus*?

1 a 2 ☐ 2 a 3 ☐ 3 o más ☐

¿Qué le gustaría encontrar en nuestra revista?

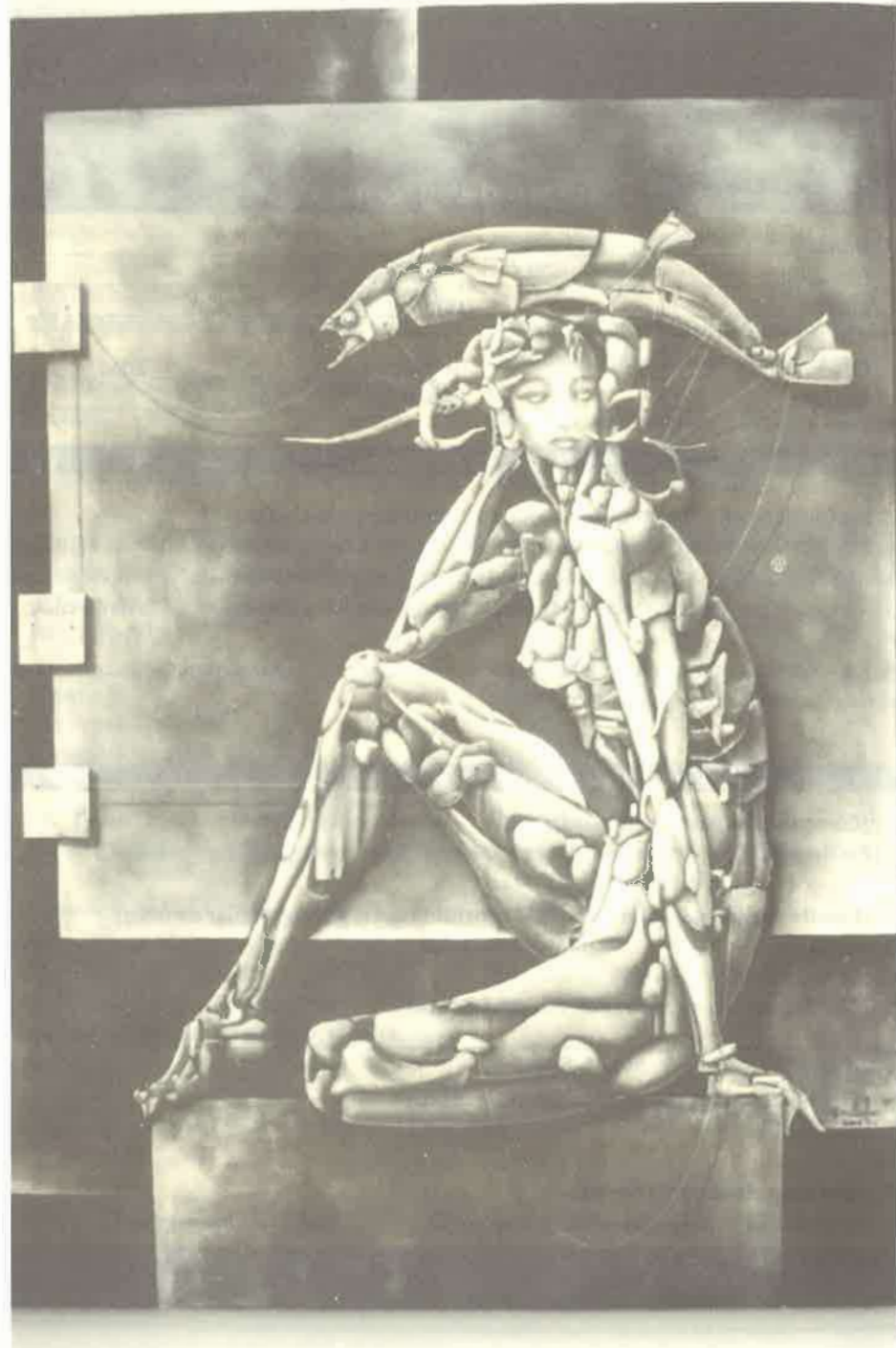
¿Cuánto dinero gasta mensualmente en libros?

100 a 200 ☐ 300 a 400 ☐ 500 ó más ☐

¿Qué clase de seguros posee?

Automóvil ☐ Gastos médicos mayores ☐ Vida ☐ Inversiones ☐

¡Nos cambiamos! Estamos a sus órdenes en:
 Av. Constituyentes 647, 3er piso,
 Col. 16 de Septiembre, C.P. 11810, México, D.F.
 Tel. (55) 5093 1923, Fax (55) 5093 1910



Sección a cargo de Roberto Ochoa y Humberto Beck

Comida, no bombas

"Comida, no Bombas" es una organización no lucrativa y completamente voluntaria dedicada a la no-violencia y al reparto de alimentos en la ciudad de Guadalajara. Constituye uno de los capítulos mexicanos de la agrupación internacional *Food Not Bombs*, nacida en Cambridge, Massachussets, en 1980. El mensaje de las tres palabras de su eslogan, que son las mismas de su nombre, se podría desarrollar en un enunciado: nadie debería carecer de comida en un mundo tan ricamente provisto de tierra, sol e ingenio.

Al no contar con líderes formales, "Comida, no Bombas" se esfuerza por incluir a todos sus miembros en las decisiones. Entre sus principales actividades destaca la recuperación de alimentos en tiendas, dependencias y restaurantes, que de otro modo serían tirados a la basura. Con estos alimentos preparan comida vegetariana que sirven a cualquier persona, sin ninguna restricción, en parques y lugares públicos.

En el mundo hay cientos de capítulos autónomos de *Food Not Bombs* que comparten comida gratuita con la gente hambrienta, y que protestan en contra de la guerra y el despojo. En México, además del capítulo de Guadalajara, se han organizado otros en Hermosillo, Monterrey, Culiacán, Nogales, Oaxaca y Tepoztlán.

Para "Comida, no Bombas", ninguna consideración de orden monetario o lucrativo debe evitar que se dé respuesta a las necesidades de una persona hambrienta. Esta agrupación se propone hacer frente al doble reto de alimentar de inmediato a gente que carece de comida y reemplazar un sistema

cuyas prioridades son el poder y el beneficio por otro que satisfaga las necesidades de todos. Además del reparto de comida, entre sus metas y objetivos cuenta con realizar acciones a favor de las personas necesitadas y el bien común, como la celebración de protestas simbólicas, la difusión de formas cooperativas de organización, ayuda mutua y solidaridad, así como del vegetarianismo y el veganismo.

"Comida, no Bombas" sostiene una actitud pacifista, antimilitarista, ecológica y solidaria, y realiza, adicionalmente, acciones en contra de la globalización de la economía, las restricciones al movimiento de personas y la destrucción del medio ambiente.

A finales de 2003, la agrupación llevó a cabo un plantón pacífico enfrente de un McDonalds del centro histórico de Guadalajara —durante el cual repartió comida gratuitamente—, con el fin de informar acerca de los daños que McDonalds y sus productos ocasionan a la salud, el medio ambiente, los animales y la sociedad en general.

"Comida, no Bombas Guadalajara" cuenta con una dirección de correo electrónico (cnbgdl@yahoo.com.mx) y una página de internet (<http://www.geocities.com/cnbgdl/>). Para más información acerca de los capítulos de *Food Not Bombs* de México y otros países, se puede visitar la página <http://www.foodnotbombs.net/>.

Comida, no bombas

cnbgdl@yahoo.com.mx
www.geocities.com/cnbgdl/
www.foodnotbombs.net

Hugo de San Víctor

El Bien es Uno, y se insinúa en nosotros para que aprendamos a buscarlo, pues quiere ser deseado; y se adapta a nosotros para provocarnos a buscar el amor.



¡Libérate de esos lentes!

Omnilaser®

Corrección láser de la vista

llama al
5543-1007

